

LA PASIÓN ÚLTIMA DE CARLOS V

MARÍA TERESA ÁLVAREZ

Bárbara Blomberg, la nostalgia de la amante

Bárbara Blomberg fue la última mujer que ocupó el corazón de Carlos V. Unas cartas enviadas poco después de su muerte revelaron a su nieta doña Ana de Austria, recluida de por vida en un convento, la verdad de sus relaciones con el emperador. El 27 de noviembre de 1629 moría doña Ana, última abadesa perpetua del monasterio de Santa María de las Huelgas. Sorprendentemente, su tumba permaneció vacía. Sus restos nunca fueron localizados.

María Teresa Álvarez

La pasión última de Carlos V



Título original: *La pasión última de Carlos V*
María Teresa Álvarez, 1999

-

Revisión: 1.0

21/09/2023

A Sabino, mi marido, que no me impidió escribir esta historia.

INVIERNO DE 1617

Nueve de la noche de un día cualquiera

El frío de Burgos es tan intenso que a veces me siento paralizada. Nunca me ha gustado el frío.

¿Acudirá esta noche mi querida Jacinta? No entiendo por qué se resiste; en mi casa, en mis aposentos, el ambiente es más cálido, la cena mejor y la compañía agradable. Además, es una forma de distinguirla con mi afecto.

Estas reuniones, a las que sólo invito a unas cuantas hermanas de la comunidad, constituyen el momento más agradable de la jornada… Me siento sola… No conozco del mundo más que lo amargo, pues parece que todo se ha guardado para mí.

Tengo más de cuarenta años y todavía soy hermosa. Mi talle sigue siendo esbelto. ¿Me importa? Sí, claro que sí, aunque no sé muy bien para qué. No, no debo engañarme, sí que lo sé: experimento placer al observarme, me gusta acariciarme, y me ilusiona que me miren. Tal vez ella tenía razón y yo heredé sus defectos.

Hoy, después de haber releído sus cartas muchas veces, creo que Bárbara Blomberg fue una mujer sincera; ¡era mi abuela! La odié con todas mis fuerzas. Nunca quiso conocerme. Se comportó como si yo no existiera; sin embargo, escribió unas cartas para mí con el expreso deseo de que sólo después de su muerte me las hicieran llegar. Con ellas venía la reproducción de un cuadro: *Eva*, del pintor Lucas Cranach el Viejo. Representaba a una joven rubia, muy

hermosa, desnuda… Mi abuela me decía que era su vivo retrato. Recuerdo que estuve contemplando aquella imagen detenidamente y que un impulso irrefrenable me llevó a observar mi cuerpo… Nunca me había visto desnuda.

Cuando tenía seis años me encerraron en un convento. Fue en el otoño de 1575. Desde entonces siento miedo cada vez que llega esta estación; las hermosas tonalidades del campo son engañosas, duran poco, preludian la muerte.

Esa fue mi sensación cuando la puerta del convento de Madrigal se cerró tras de mí. Habíamos recorrido muchos kilómetros de paisaje castellano donde el amarillo de los abedules y el blanco de los álamos se fundían, imprimiendo una tonalidad a los atardeceres que jamás podré olvidar. ¡Cómo disfruté cada momento de aquel viaje! Aún puedo escuchar los chasquidos de los cascos de los caballos en la hojarasca, y el bullicio de las posadas donde nos deteníamos a pasar la noche.

Nunca hubiese sospechado cuál iba a ser el final de mi nueva experiencia. Me esperaba el silencio. Sí, en el jardín del convento eso es lo único que se oía, el silencio…

Entre aquellos muros todo estaba seco, hacía frío, mucho frío, me sentí morir.

No guardo recuerdos felices de mi niñez. No conocí a mis padres. No sabía quiénes eran y cada vez que preguntaba por ellos, me respondían: «Todos somos hijos de Dios. Tú también, Ana».

Sí, tal vez por eso, por ser hija de Dios, me llamaban Ana de Jesús.

En la casa donde vivía no había más niños que yo. Doña Magdalena de Ulloa, una dama muy principal que decía ser mi tía, era la dueña de todo. No se portó mal conmigo pero siempre se mantuvo distante. Su frialdad fue mi certeza de que nada nos unía. ¿Por qué se ocupaba de mí? ¿Quiénes eran mis progenitores? ¿Habrían muerto? ¿Por qué nadie me hablaba de ellos?

Cuando doña Magdalena, después de recomendar a las monjas

que me cuidaran, se despidió de mí, me dijo:

—Pórtate bien. Estudia y trabaja. El convento, Ana, es tu destino. Aquí pasarás toda la vida.

¿Se puede encerrar a una niña en un monasterio? ¡Deberían existir leyes que lo prohibieran!

Al recordar aquellos años siento que me hundo en el abismo. Todo cuanto me rodea adquiere dimensiones desproporcionadas y yo me noto más y más pequeña. Es como si dejara de ser; me veo diminuta, desaparezco, desaparezco…

El crepitar de la leña en la chimenea me saca de mi ensimismamiento. ¡Dios mío!, otra vez he vuelto a acurrucarme en un rincón.

Mientras poco a poco me levanto del suelo, trato de volver a la realidad repitiéndome: «No estás en Madrigal, Ana. Mira a tu alrededor, el fuego te brinda su calor. Ya no eres la niña indefensa. Hace años que te has convertido en abadesa perpetua del monasterio de Santa María la Real, de las Huelgas. Eres una de las personas con más poder en el reino de Castilla».

La verdad es que en el tiempo que llevo al frente del Real Monasterio he dado muestras de mi buen gobierno. He devuelto la autoridad al cargo de abadesa, aunque no podía ser menos dado mi origen.

Cuando conocí mi verdadera identidad tenía catorce años. Hacía algún tiempo que doña María y doña Luisa —las dos novicias de mi edad, mis únicas amigas— me habían hablado de ciertos rumores sobre quiénes podrían ser mis padres. Recuerdo que un día, doña Luisa me dijo:

—Doña Ana, en el registro de entradas del monasterio está anotado el nombre de vuestro padre. Esta mañana me lo han asegurado, pero no han querido desvelarme el secreto.

No podía creer lo que me decía. Llevaba más de siete años en el convento, el nombre de mi padre siempre había estado allí y yo sin saberlo. No sé cómo atravesamos el claustro sin ser vistas, ni cómo conseguimos distraer a la hermana tornera, que se encontraba muy cerca de la puerta de acceso al despacho donde se guardaba la

documentación del monasterio, pero ya estábamos en el interior de la habitación. Doña Luisa localizó rápidamente el libro y buscó las entradas de novicias en 1575. Yo apenas podía respirar.

—Mirad, mirad, doña Ana, aquí está.

La emoción me impedía ver con claridad…

—«… en la tarde de hoy ha ingresado en el convento de Nuestra Señora de Gracia la Real doña Ana de Jesús. Esta señora es la hija de don Juan de Austria».

¡Era hija del héroe de Lepanto!

—Señora, sois sobrina del rey. Nieta del emperador —manifestó doña Luisa con respeto y admiración.

—Sí, pero mi padre está muerto, nunca podré abrazarle. ¿Conocería él mi existencia? ¿Y mi madre? ¿Quién es mi madre? Debo saberlo por si aún vive —dije entre sollozos, aunque ella sí tenía que saber que yo existía.

Las lágrimas se deslizaban silenciosamente por mi rostro. Pedí a doña Luisa que me dejara sola. Necesitaba pensar. Con los ojos enrojecidos acudí a la maestra de novicias. De rodillas le confesé mi falta al leer el libro de registro y le supliqué me dijera quién era mi madre.

La maestra me miró con gesto sorprendido.

—¿De qué hablas? ¿Qué dices que has visto en el registro?

—El nombre de mi padre, y ahora lo que quiero saber, hermana, es quién era mi madre.

—¡No es posible! En el libro de registros no figura ningún nombre. Doña Ana, decid la verdad, lo habéis inventado.

—Os aseguro que yo misma lo he leído. Es la pura verdad.

La maestra de novicias me agarró de la mano y me llevó a la habitación donde se guardaban los documentos.

—¿Cómo puede ser? —gritó enfadada cuando localizó la hoja correspondiente—. Si yo misma anoté vuestra entrada, y jamás escribí lo que decís. No pude hacerlo, doña Ana, por la sencilla razón de que lo ignoraba. Debo contarle inmediatamente a la prelada lo que ha sucedido y averiguar quién ha escrito esto.

La miré asustada.

—Entonces, ¿ha sido una broma? ¿Es todo mentira?

—No. En la corte ya se conoce vuestra existencia. Después de la muerte de don Juan de Austria, Alejandro Farnesio, su primo, escribió una carta al rey nuestro señor, don Felipe, y en ella cuenta que don Juan tuvo una hija natural. Además, nosotras hemos tenido noticias de que dentro de muy poco os reconocerán como miembro de la casa de Austria.

—Y mi madre, ¿quién es?

—No podría aseguraros quién fue vuestra madre —me respondió—. Desconozco su nombre. Creo que pertenecía a una familia noble y que murió no hace mucho tiempo. Dicen, querida doña Ana, que no pudo soportar la realidad de no volver a ver a vuestro señor padre. Mas no debéis preocuparos —añadió mi maestra—, pronto gozaréis de los privilegios de ser familia del rey.

Mi madre también estaba muerta. ¿Sabría que yo vivía en un convento? ¿Por qué nunca me visitó? ¿Quién sería el autor de la nota en el libro de entradas? ¿Con qué finalidad lo hicieron? ¿Velaba alguien por mí? Habrían de pasar algunos años antes de que descubriera el porqué de aquel escrito.

Por la noche no conseguía dormir dominada por las emociones. La pena por la muerte de mis padres se mezclaba con la alegría de saberme una persona importante. Además, tenía la sensación de que alguien, a quien todavía no conocía, se preocupaba en la sombra de mí. Pero sobre todo me sentía muy esperanzada pues, al reconocerme como miembro de la Casa de Austria, me permitirían abandonar el convento.

Los siguientes días, en cuanto disponía de un momento libre, me reunía con doña María y doña Luisa y juntas sonábamos con mi nueva vida. Nos imaginábamos los hermosos trajes que luciría entonces, el colorido de las sedas y brocados, el brillo de las joyas, la suntuosidad de los salones… Me esperaba un mundo maravilloso. Recuerdo que prometí llevarlas a la corte, y mientras tanto seguíamos disfrutando de lo que pensábamos sería nuestro futuro.

Pasaron varios meses antes de que llegaran a Madrigal noticias de la corte. La espera me resultaba insoportable. ¿Me reconocerían

como hija de don Juan de Austria? ¿Podría abrir casa? ¿Con quién viviría? ¡Sentía tan gran deseo de abandonar el convento!

Por fin, un día del mes de mayo, en una mañana prometedora de cielo inmaculado, ese cielo que siempre te hace concebir ilusiones y te invita a mirar con optimismo a tu alrededor, se presentó en el convento de Nuestra Señora de Gracia, en Madrigal, un mensajero de su majestad el rey.

Nunca podré olvidar la emoción que sentí cuando, acompañada de la madre superiora y de la maestra de novicias, me dirigía hacia las gradas… Subí las escaleras emocionada. Iba a conocer la decisión del rey mi señor.

—¡Nooo!

Aún me parece escuchar mis gritos

—¡No quiero ser monja! ¡Jamás he sentido ni sentiré vocación! ¡Me escaparé del convento!

La maestra de novicias me abrazaba cariñosa, tratando de calmarme.

—Sosegaos, doña Ana. Necesitáis reflexionar sobre lo que os proponen. La vida en el monasterio no es tan mala y, además, por vuestro origen disfrutaréis de muchos privilegios.

—Pero, madre —le dije llorando—, yo deseo vivir, casarme, tener hijos y amarles, quererles, quererles mucho, darles todo lo que a mí me han negado. ¿Qué mal he hecho? ¿Cuál es mi pecado para que me condenen a vivir encerrada?

La ingenuidad siempre fue uno de mis mayores defectos. Creía que el rey me recibiría como a un miembro de su familia. Pero eso era imposible, yo pertenecía a una rama bastarda; no debía contaminar con mi presencia a los hijos legítimos, a los seres normales. Los que como yo éramos fruto del pecado debíamos expiar, alejados del mundo, la falta cometida por nuestros progenitores.

Esas eran las normas sociales. Eso es lo que me exigía el rey: profesar como monja y permanecer siempre en la clausura de las reverendas madres agustinas de Madrigal.

Nadie que no haya pasado por una situación similar puede llegar

a conocer las dimensiones de la soledad de los hijos naturales. Algunos, en su dolor, llegan a pedir perdón a Dios por haber nacido, y otros se alían con el demonio para vengarse de la sociedad.

Yo no me identificaba con ninguno. Mi origen, aunque no fuese reconocido, me había dado seguridad; confiaba en mis fuerzas, sabía que podía desempeñar cualquier papel en la vida, y estaba dispuesta a conseguirlo.

Todas las hermanas de la comunidad, y muchas personas que no conocía y que decían estar muy cercanas a mí, acudían al convento para animarme a tomar el velo.

Incluso doña Magdalena de Ulloa, la dueña de la casa donde me criaron, mi supuesta tía, se dignó visitarme. En los casi nueve años que llevaba en el monasterio, ni una sola vez se había molestado en venir a verme; sin embargo, allí estaba. Doña Magdalena me esperaba en la grada. Me reuní con ella. Aprovecharía aquel encuentro para que me aclarase muchos interrogantes.

Estaba muy delgada y visiblemente envejecida. Iba vestida, como siempre, con gran severidad. Yo no pude disimular mi excitación y le pregunté por mi madre. ¿Cómo se llamaba? ¿Quién era? ¿Cuándo había muerto? ¿Se había enterado de que yo vivía encerrada en un convento? ¿Por qué ella se ocupó de mí? ¿Conocía que don Juan de Austria era mi padre? ¿Por qué no me lo dijo?

Doña Magdalena permanecía silenciosa. Su cara inexpresiva se mostraba inalterable. Me miraba fijamente produciéndome una sensación extraña. Sus ojos no se detenían en los míos, sino que los atravesaban para fijarse en algo ajeno a mí. Era como si yo fuese transparente, como si no existiera.

Lentamente, doña Magdalena, con voz clara y firme, dijo:

—Si me he preocupado por vos, doña Ana, ha sido por amor a vuestro padre. Don Juan de Austria fue para mí más que un hijo. Yo cuidé de su educación, yo le enseñé a creer en Dios y a comportarse como buen cristiano, y yo me encargué de que vos no fuerais un obstáculo en su vida. Nadie debía conocer que existíais.

—¿Y mi madre, qué opinaba?

—Nada os puedo decir. Está muerta. Rezad por ella.

—¿No tengo abuelos, tíos, primos? ¿Quién es mi familia, además de la Casa de Austria?

—Vuestra madre no tenía hermanos, y sus padres también han muerto. No contáis con nadie.

—Pero creo que la madre de mi padre vive.

—Sí, aunque para ella es como si no existierais. De verdad, doña Ana, es mucho mejor así. Vuestro camino, ya os lo dije hace tiempo, es el convento. Debéis sentiros muy feliz porque el rey nuestro señor, don Felipe, esté dispuesto a reconoceros como miembro de su familia si profesáis como monja.

—¡Por favor, doña Magdalena, ayudadme! No tengo vocación, nunca seré una buena religiosa. Prefiero seguir siendo Ana de Jesús y poder abandonar el convento.

—Eso ya no es posible. Tu identidad es conocida de todos. Debes tomar el velo y pedirle a Dios te conceda vocación. Él es muy misericordioso. Adiós, doña Ana.

Y se fue. Se fue dejándome sumida en una profunda tristeza.

Los días pasaban y yo tenía que tomar una decisión. En aquellos difíciles momentos la única persona que me entendía y apoyaba era fray Miguel de los Santos, un padre agustino portugués que vivía en Madrigal, decían que desterrado por cuestiones políticas. Fray Miguel me animó a profesar asegurándome que más tarde, llegado el momento, mis votos podrían ser anulados, al realizarse por imposición. En aquel momento no podía sospechar la ligereza de fray Miguel, en este y en otros temas. El religioso agustino había de jugar un papel decisivo en mi vida. Él me causó muchas desgracias, pero era entonces mi confidente y amigo. El único en ofrecerme consuelo, y así, alentada por la seguridad que me garantizaban sus consejos, accedí a tomar el velo de las profesas.

Me convertí en monja de clausura, en un miembro más de la comunidad de agustinas del convento de Nuestra Señora de Gracia, en Madrigal.

Sólo entonces su majestad el rey tuvo a bien concederme el apellido Austria, el título de excelencia y una pensión anual para mi manutención.

A partir de aquel momento podría vivir en la zona del convento reservada a las monjas pertenecientes a la realeza, en donde gozaría de cierta independencia; tenía varias criadas y estarían conmigo doña María y doña Luisa, mis amigas. Ellas se habían convertido en mi única familia.

Durante mucho tiempo esperé la visita de mi abuela, Bárbara Blomberg, la «Madama», como la llamaban. Era la madre de mi padre, el señor don Juan de Austria, la última amante del emperador. Decían cosas terribles de ella. Yo la odiaba, porque tampoco me quería y nunca deseó conocerme…

> … no te quiero y no deseo hacerlo. Sé que eres mi nieta. Cuando mi hijo Pyramo, tu tío, el hermanastro de tu padre, fue a verte al convento de Madrigal, llevaba el encargo de examinarte minuciosamente. Te pareces a mí; eres rubia, de facciones menudas y muy bellas, y además, en tu cara está la huella de los Austrias. Tienes la barbilla un tanto pronunciada, es el prognatismo que heredaste de tu abuelo, el emperador Carlos.
>
> Si tu padre te hubiera visto, se sentiría orgulloso y tranquilo. En ti está la prueba que tanto buscó y que yo me negué a darle. ¿Sabes?, siempre le aseguré que era mi hijo, aunque jamás le dije quién era su padre. Algún privilegio teníamos que poseer las mujeres, pues sólo nosotras conocemos de quién son nuestros hijos.
>
> Mi hijo don Juan pudo haberlo sabido nada más mirarte y morir tranquilo con la certeza de que era hijo del emperador, pero a él tú no le importabas, y en el pecado fue implícita la penitencia. Él se olvidó de ti. Cuando tu madre, una joven y enamorada mujer, que sólo vivía para tu padre, sin darse cuenta que era una aventura más en la vida amorosa del galante señor don Juan de Austria, murió, a ti te recogieron unos parientes lejanos, aunque muy pronto fuiste entregada a doña Magdalena de Ulloa…

Sin quererlo, en aquella carta mi abuela me había dado la mayor alegría de mi vida: ¡mi madre me quería!, y mientras vivió estuve a su lado.

Era muy triste no poder recordar sus facciones, sus besos, y una pena que hubiera muerto tan joven, pues sólo contaba veintidós años. Cuánto debió de sufrir al sentir el olvido de la persona amada,

y cómo me quiso para no importarle su deshonra. Fue muy valiente. En su testamento —hoy sé que murió el 18 de enero de 1572, cuando yo tenía tres años—, hace especial mención de mí:

> … dejo y nombro por universal heredera a doña Ana de Mendoza mi hija, la cual dejo encargada al padre fray Alonso de Mendoza, para que procure ponerla en estado donde se críe con buenas costumbres, y le busque su remedio. Y por descargo de mi conciencia declaro que la dicha mi hija es hija del ilustre señor don Juan de Austria, por lo cual pido y encargo a dicho fray Alonso de Mendoza tenga mayor cuenta de ella. La cual dicha doña Ana de Mendoza mi hija, herede todos mis bienes, cumpliendo este mi testamento. A la cual hago mi heredera, por la vía y forma que mejor hubiere lugar…

¡María de Mendoza fue mi madre! Qué poco sé de ella, aunque sí lo más importante: ¡me quería! Me dio su apellido. ¿Por qué tuvo que morir? ¿Por qué me dejó sola? Mi vida a su lado habría sido muy distinta.

Todos se confabularon para ocultar mi existencia. Borraron las posibles pistas y me pusieron de apellido Jesús. El Mendoza desapareció. Era demasiado destacado e invitaba a preguntarse de qué rama de este noble linaje descendía yo. La verdad es que ni yo misma lo sé.

Doña Magdalena de Ulloa cumplió a la perfección sus objetivos. ¿Sería su cariño por mi padre lo que la llevó a comportarse así? O tal vez creía que era lo mejor para mí.

> … nunca nadie sabría de tu existencia Ana, si Alejandro Farnesio no llega a escribir al rey.
>
> No creo que tu padre, mi hijo, le pidiera que escribiera la carta, pero Alejandro conocía todos los amores de su íntimo amigo y también las consecuencias de los mismos, y sobre todo, Alejandro siempre se mostrará sensible al tema de los hijos naturales. Su madre, doña Margarita de Parma, lo era. Margarita nació del primer desliz amoroso del emperador Carlos con una joven flamenca.
>
> La vida hubiera sido muy distinta para ti, Ana, si esta señora fuera la encargada de tu futuro y no doña Magdalena de Ulloa.
>
> Más adelante te contaré una historia que te demostrará la verdad de

esta afirmación.

Para doña Magdalena de Ulloa siempre fuiste el fruto del pecado. No podía ser de otra forma, ella era una mujer muy buena, y muy cristiana, casi santa, la llamaban «la limosnera de Dios» por todo el bien que hacía. Fue benefactora de la Compañía de Jesús.

Yo debería estarle muy agradecida pues fue la madre perfecta para mi hijo, ¿sabes? A él sí le quería. Cuando el rey don Felipe pensó en la posibilidad del capelo cardenalicio para don Juan, doña Magdalena le animó a protestar y a rebelarse contra aquella decisión del monarca. Sin embargo, a ti trató de convencerte sobre la conveniencia de tu ingreso en religión. Como podrás comprobar, no siento simpatía por esta buena señora. Ella fue la primera persona que vi al atracar el barco en el puerto de Laredo. Me habían traído a España con engaños. Recuerdo que arrojé a doña Magdalena y a sus acompañantes todo lo que encontraba al alcance de la mano…

Sucedió hace tanto tiempo.

Sé que moriré pronto y que mi cuerpo reposará para siempre en esta tierra que no es la mía.

No sé por qué te cuento todo esto. Cuando lo leas, yo ya no existiré.

Llegué a España en 1577. Me obligaron a abandonar los Países Bajos porque representaba un estorbo para mi hijo don Juan de Austria. No había sabido nada de él desde que se lo llevaron de mis brazos. No me importó. Conocía las normas: el hijo natural siempre quedaba bajo la protección directa del progenitor o de su linaje. Acepté las reglas del juego y jamás me interesé por saber nada de él. Por ello no contesté a su carta y rechacé la propuesta que me hacía de desplazarme a Luxemburgo para verle. Cuando insistió y me envió dinero para realizar el viaje con comodidad —yo vivía entonces en Flandes—, decidí complacerle, aunque nada tenía que decirle, me dejaba bastante indiferente la idea de conocerle y estar a su lado.

Habían pasado más de veinticinco años desde que lo traje al mundo, y ahora deseaba conocerme.

Don Juan era una persona romántica y sentimental, supongo que de ahí su insistencia en verme.

Acudí a nuestro encuentro con mis mejores galas y afeites.

Me arreglé como si fuera a una fiesta. Lo hice a propósito. No quería defraudar al duque de Alba y a los otros que tanto me «querían» (más tarde te contaré lo que este personaje, el duque, escribió de mí al rey Felipe II). El duque era el encargado de vigilarme.

Debo reconocer que don Juan era encantador, guapo, elegante, seductor… Se mostró cariñoso y muy emocionado. Inmediatamente

advertí su habilidad para gustar y conquistar, y también sus deseos de poder. Me hizo prometerle que acudiría a él siempre que lo necesitase y que le escribiría regularmente.

De regreso en casa, organicé una fiesta para celebrar aquel encuentro, y después me fui a la cama con uno de los dos jóvenes que a lo largo de la noche me habían cautivado con su belleza adolescente.

Reconozco que estas experiencias me hacían sentir bien.

Con relativa frecuencia organizaba este tipo de reuniones, en las que se comía y bebía en abundancia. Después, todo resultaba más fácil.

¿Cómo se atrevía mi abuela a contarme sus horribles intimidades? Seguro que quería escandalizarme.

Al oír la voz de la criada que pedía permiso para entrar a avivar el fuego de la chimenea, instintivamente guardé la carta. Me avergonzaba de los escritos de mi abuela. Sería espantoso que alguien los leyese.

—Reverenda madre, ¿deseáis alguna cosa? ¿Queréis que os sirva unos dulces o preferís fruta?

—No, Rita, podéis retiraros.

Me apetecían muchísimo unos orejones, pero debía cuidarme, aunque, por una vez…

—Rita, por favor, traedme unos orejones y una copa de malvasía.

¡Ay!, qué difícil resulta dominarse, sobre todo cuando tienes a tu alcance lo que deseas.

Es posible que si la abuela no dispusiese de medios económicos su comportamiento habría sido distinto, pero ella disfrutó de una posición bastante desahogada.

Al quedarme viuda en 1569 mi vida mejoró sensiblemente. El Rey Felipe II me pasaba una renta de 4.944 florines. Disponía de una buena casa, con un servicio reducido pero suficiente: una dueña, un mayordomo, seis doncellas, cuatro criados, dos pajes, un despensero y un capellán. También poseía coche y caballerías con el personal apropiado para atenderlo. Los Austrias siempre se ocuparon de mí. Después de mi aventura con el emperador, me casaron con Jerónimo Kegel Pyramo. Fue la reina doña María quien lo decidió.

Ana, una vez que hayas leído todas mis cartas, te darás cuenta de que hablo sin ningún respeto de la mayoría de las personas que conocí a lo largo de mi vida; sin embargo, con doña María hago una excepción.

La reina María era cinco años más joven que su hermano, el emperador Carlos. Había sido soberana de Hungría y Bohemia desde 1522 a 1526, año este en que el sultán Solimán II el Magnífico se apoderó de Hungría. El marido de doña María, el rey Luis II, murió a manos de los turcos, y doña María, que no tenía hijos, acudió al lado de su hermano, el emperador, que muy pronto la nombró, en 1531, gobernadora de los Países Bajos.

Inteligente, culta y sobre todo astuta y conciliadora, doña María supo siempre aplicar el antídoto eficaz para frenar cualquier tipo de problema. El emperador confiaba en ella. Doña María era la única persona que conseguía hacerle cambiar el rumbo en determinados momentos.

Un día, la hermana de Carlos V, mandó llamarme. Ella sabía que continuaba viendo al emperador.

Doña María me dijo:

—Uno de los empleados de la corte, Jerónimo Kegel Pyramo, está dispuesto a daros su nombre y a ocultar vuestra deshonra. Es un buen hombre. Yo creo, Bárbara, que deberíais casaros con él y formar una familia.

—Señora, supongo que el emperador estará totalmente de acuerdo. ¿Puedo verle para despedirme?

—Ya tendréis oportunidad de hacerlo.

En aquel momento supe que la decisión la había tomado doña María y que Carlos V simplemente se limitó a aceptar.

Lo cierto es que el emperador había decidido prescindir de mí muchas veces, y después rectificaba.

Aún recuerdo la primera vez que el emperador me planteó su deseo de que no volviéramos a vemos. Decía tener problemas de conciencia.

—Bárbara, la salvación del alma es para mí lo más importante, y mi conciencia no está tranquila. Debo prepararme para la vida eterna.

Yo no podía disimular mi asombro. En los últimos tiempos sólo la cerveza y yo conseguíamos animarle. ¿Pensaría también renunciar a sus otros placeres, la bebida y la comida? Apenas con un hilo de voz le dije:

—Señor, ¿qué mal cometemos con nuestra relación? Nos gratificamos mutuamente y no causamos daño a nadie. ¿Es insuficiente el placer que os proporciono? Además, señor, sabéis que mi discreción es absoluta.

—Nos ve Dios, Bárbara. El Todopoderoso no puede aprobar nuestro comportamiento.

—Majestad, ¿vais a suprimir también parte de vuestra comida y bebida? La gula es un gran pecado.

—Por favor, no es comparable.

—Perdonadme, pero yo creo que sí. Aunque, bien es verdad, que es más fácil prescindir de aquello que ya no se desea.

La expresión de su cara cambió y por un momento me pareció que reaccionaría a mi provocación, pero se limitó a decir:

—Me habéis proporcionado momentos muy agradables. Siempre os estaré agradecido, Bárbara. Podéis retiraros.

Me besó en la mejilla y cuando acercó mi mano a sus labios, le miré directamente a los ojos, pero el emperador rehuyó mi mirada.

Te mentiría, Ana, si te dijera que no me disgusté. Claro que lo hice; me fastidiaba perder su favor, aunque era consciente de que aquello tenía que suceder.

Al cabo de quince días, cuando casi había asimilado el final de mi historia con el emperador, éste deseaba volver a verme.

Después me acostumbré a los adioses temporales de Carlos V, que siempre coincidían con sus frecuentes crisis de conciencia. A veces he llegado a pensar, Ana, que a tu abuelo le pesaban las infidelidades de su padre. Carlos había sido testigo del enloquecedor sufrimiento de su madre, la reina doña Juana, aunque él hizo muy poco por aliviar su dolor, y es posible que su conciencia no estuviera tranquila.

Pero ahora era doña María quien, como en otras muchas ocasiones, trataba de solucionar los conflictos, internos y externos, de su hermano.

A mí me daba lo mismo formar una familia, mas consideré que la reina tenía razón y accedí dándole las gracias. Deseaba agradarle. Una de mis mayores aspiraciones era poder asistir algún día a una de las fiestas que organizaba doña María en sus palacios. Los más destacados artistas e intelectuales acudían a sus celebraciones.

Siempre me atrajo el mundo de la pintura. La belleza de algunos cuadros hace que me sienta bien.

Decían que Tiziano era el mejor. Lo conocí en Ausburgo. Coincidí con él cuando acudía a palacio para pintar al emperador.

Estaba trabajando en aquel hermoso cuadro que inmortalizaría la victoria del emperador Carlos V en Mühlberg. Tiziano había sido nombrado pintor de la corte. Todos los personajes importantes de la época se sometieron al juicio de su mirada. Muchos consideraban al pintor veneciano como un genio y lo calificaban de revolucionario en la técnica del retrato. Recuerdo que ponían como ejemplo el cuadro que Tiziano había realizado en Roma al papa Paulo III. En el lienzo aparecía, decían, de una forma totalmente innovadora, el Pontífice

hablando con sus «sobrinos», Alejandro y Octavio Farnesio. Éste, Octavio, era el marido de Margarita, la hija natural del emperador que antes te mencionaba y de quien te hablaré en seguida. Bueno, pues a pesar de todo lo que significaba Tiziano, yo prefería la pintura flamenca.

Los cuadros de Van der Weyden, con sus escenas religiosas, me parecían fantásticos, pero quien de verdad me entusiasmaba era Lucas Cranach el Viejo y sus desnudos.

Guardo copias de muchos de sus cuadros; los retratos eran buenos, los desnudos espléndidos. Te enviaré uno de ellos, el de *Eva*, que se parece a mí. Claro que me hubiese gustado posar para un pintor y no dudaría en hacerlo desnuda. ¡Era tan hermoso mi cuerpo! Cuando me contemplaba y pensaba que mi marido tomaría posesión de él me entraban náuseas.

Y a pesar de ello me casé.

Me casé con Jerónimo Kegel Pyramo en 1555, que fue un año decisivo para el Imperio. Mis esperanzas de conseguir el favor de la reina doña María se desvanecerían para siempre. La decisión del emperador de abdicar cambiaría la vida en los Países Bajos. Doña María también renunciaría a su cargo de gobernadora para acompañar a Carlos V en su regreso a España. Hacía algún tiempo que se hablaba de la posible renuncia del emperador, pero nadie se lo creía porque, en el fondo, no les gustaba.

El rumor empezó a crecer un año antes, 1554, cuando el emperador delegó en su hermano Fernando, rey de Romanos, la responsabilidad de solucionar, en la Dieta, los problemas religiosos. Esta decisión era muy significativa y reflejaba su estado de ánimo.

Después del cerco de Metz, Carlos V no volvió a ser el mismo: no pudo derrotar a sus enemigos; estaba enfermo, los ataques de gota le tenían inmovilizado, y la sospecha de que su hermano Fernando había pactado con los príncipes protestantes consumían su energía.

Entonces comprendí, Ana, por qué tu abuelo accedió a prescindir de mí: había decidido dejarlo todo y regresar a España. Y aunque no le amaba, me sentí orgullosa, pues no significaba un fracaso atribuible a mi comportamiento.

Me sentí fortalecida en mi interior ya que siempre alardeé de mi encanto y de saber retener a los hombres que me interesaban y, como comprenderás, Carlos V ocupaba el primer lugar.

Hacía nueve años que le había visto por primera vez. Ya era entonces un hombre mayor, pero ¡tan distinto! Ahora la melancolía le dominaba. A veces se pasaba horas mirando con los ojos perdidos en un punto indefinido de la habitación.

Yo pensaba, Ana, que no tenía derecho a estar triste; era el dueño del mundo, el emperador, el hombre más grande. Pero Carlos V no podía asumir la división religiosa. Sabía que ello significaba una herida en el corazón del Imperio. Una herida imposible de cerrar.

El luteranismo reunía, sin duda, atractivos. Era una forma nueva de relacionarse con Dios.

Yo estuve a punto de abrazar el protestantismo. En mi juventud, en Ratisbona, nos reuníamos un grupo de amigos para escuchar las enseñanzas de los seguidores de las doctrinas de Lutero. Conoces quién fue Lutero, ¿verdad? Era un monje agustino como tú. Bueno, pues a mí su postura me parecía entonces elogiable; se manifestaba en contra de la venta de bulas para obtener el perdón de los pecados y protestaba por las finanzas de la Iglesia. Lutero creía que el hombre podía alcanzar la salvación gracias a la fe individual. La Biblia era suficiente para entablar contacto con Dios.

Me convencía la doctrina defendida por Lutero, hasta que supe que éste, al no poder conseguir que los campesinos, dirigidos por el teólogo Thomas Munzer, que protagonizaba graves conflictos, abandonasen las armas, no dudó en condenarles a morir.

A Lutero no le importó que en sus tesis estuviese el origen de la rebeldía campesina. Pactó con los príncipes alemanes, que desde entonces apoyaron el luteranismo, pero antes, se apoderaron de las propiedades eclesiásticas y reforzaron su postura frente al Imperio.

Mi conclusión fue muy negativa. Se utilizaba la religión como escudo para medrar tanto política como socialmente. Desde entonces, soy católica oficial, aunque arreglo mis cosas directamente con Dios, sin intermediarios.

Cometí adulterio muchas veces y nunca se lo dije al confesor. No lo hice porque no creía en la confesión y además porque corría el riesgo de ser acusada ante la Inquisición. Aquel horrible Tribunal no sólo se ocupaba de velar por la pureza de la religión sino que castigaba cualquier comportamiento sexual fuera de lo establecido por la sociedad.

No te escandalices, Ana, pero si no le hubiese sido infiel a mi marido, no habría podido vivir con él. Gracias al placer que me ofrecían mis aventuras conseguía soportar su presencia.

También le fui infiel al emperador, aunque por otras razones.

Poco tiempo después de celebrarse mi matrimonio, sentí deseos de acudir a ver a tu abuelo. Se había firmado la Paz religiosa de Augsburgo; la doctrina luterana era legalmente reconocida en todo el imperio, y sabía que al emperador le costaría asimilar aquel golpe a sus proyectos de unidad religiosa.

Deseaba ayudarle con mi presencia; recordarle momentos más agradables, hacerle olvidar las preocupaciones, puesto que él siempre me trató con respeto y delicadeza.

Ana, guardo el mejor de los recuerdos del emperador. Pero no corrí a su lado, como hubiese hecho un año antes, porque yo ya no era nadie.

El temor que todos compartían sobre el abandono de Carlos V se hizo realidad en octubre de ese mismo año de 1555.

Aquel día, nunca se lo conté a nadie, acudí disfrazada de hombre a la ceremonia de despedida del emperador. Uno de sus servidores, un «íntimo» amigo mío, me había facilitado el acceso a palacio. Y allí, mezclada entre los numerosísimos asistentes al acto, pude presenciar todo cuanto sucedía.

El emperador iba vestido de negro. La única nota de color en su atuendo la ponía el collar de la Orden del Toisón de Oro. Se le veía cansado. Cruzó despacio el salón hasta el trono. Le acompañaban su hijo, el príncipe Felipe, sus hermanas doña María y doña Leonor, así como otros familiares y consejeros.

La emoción flotaba en el ambiente y muchos no pudieron reprimir las lágrimas al escuchar al emperador en su discurso de despedida.

Después de hacer una exposición sobre su actividad al frente del Imperio, Carlos V pidió perdón por los errores que había cometido, manifestando que jamás quiso hacer daño a nadie. Dejaba el Imperio y las posesiones alemanas en manos de su hermano Fernando. Los reinos, los dominios en América y el gobierno de los Países Bajos, a su hijo Felipe.

El príncipe don Felipe se arrodilló ante su padre reconociéndose públicamente como su fiel y humilde servidor.

Yo había visto a don Felipe cuando, cumpliendo los deseos de su padre, visitó los Países Bajos. Juntos recorrieron estos territorios que tanto amaba el emperador, y en los que siempre creí que don Felipe se sentiría extranjero.

En una de las innumerables fiestas que se celebraron en honor del príncipe, pude observarle desde una distancia no muy lejana. Contaba entonces don Felipe veintidós o veintitrés años. Era un poco mayor que yo. Destacaban sus ojos de un sugerente azulgris. Me pareció algo retraído y demasiado serio para su edad, pero resultaba atractivo.

La voz del príncipe me devolvió a la realidad del momento; don Felipe se disculpaba por no poder hablar ni en francés ni en flamenco. Granvela les leería su mensaje.

Era un extranjero, esa fue la sensación de los allí reunidos. No, no empezaba bien el gobierno de Felipe II en los Países Bajos.

Desde aquel día, el emperador Carlos, aunque no se fue de Bruselas, dejó de vivir en el palacio real, y se trasladó a una casa que había en el parque del palacio.

En el verano de 1556, acompañado de sus dos hermanas, doña María y doña Leonor, y más de cien personas de la corte, abandonó Bruselas.

Decían que el viaje hasta la costa, donde embarcaría para España, había sido lento porque el Emperador deseaba despedirse de su tierra.

Te preguntarás, Ana, si tu abuelo y yo nos vimos entonces para decimos adiós.

Sí. Cuando tuve la certeza de que el emperador abandonaba los Países Bajos, le comenté a doña María mis deseos de despedirme de su hermano.

Doña María lo organizó para que pudiera entrevistarme, de forma totalmente privada, con Carlos V.

En esta ocasión no tuve que esperarle, como había sucedido en nuestro primer encuentro.

Me llevaron directamente a la estancia donde se encontraba el emperador. Estaba sentado, con una de sus piernas estirada. La enfermedad que padecía así lo aconsejaba. De espaldas a la puerta, Carlos miraba de forma obsesiva los relojes, colocados en una de las repisas. Los relojes eran sus objetos preferidos, su colección más querida.

—Señor, ¿cómo os encontráis?

—¡Bárbara, habéis venido! Perdonad que no me levante, pero últimamente me encuentro peor.

El emperador, Ana, siempre me trató como a una dama. Era un hombre de espíritu galante y refinado. Jamás se comportaría de forma grosera con una mujer.

Sólo hacía unos meses que no le veía, y había envejecido mucho. Busqué sus ojos, igual que la primera vez, y él respondió a mi mirada.

¡Ay, Ana! Aquel hombre envejecido por la enfermedad y la melancolía todavía era capaz de despertar en mí el deseo.

Hacía mucho tiempo que yo centraba mi felicidad en el sexo. Me resultaba excitante, y además había descubierto que el placer sexual no te lo proporciona sólo una persona determinada. Por ello, la conclusión era sencilla: no es necesario el amor para mantener relaciones sexuales.

—Majestad, qué amable sois al recibirme. Siempre os recuerdo, señor.

—¿Sois feliz en vuestro matrimonio, Bárbara?

—Sí, sí.

Para qué le iba a contar que mi esposo me producía náuseas.

—Pronto tendréis hijos y formaréis una hermosa familia.

Se produjo un silencio incómodo. El emperador se dio cuenta de que haría mejor en no mencionar aquel tema, aunque podía estar tranquilo, yo nunca le preguntaría por nuestro hijo.

—Venid, Bárbara, acercaos.

Yo contaba entonces veintisiete años. Mis formas rotundas no habían perdido turgencia y mi belleza seguía intacta. No era la joven de dieciocho años que conoció en Ratisbona, pero sí una mujer muy hermosa y atractiva.

Me acerqué despacio, sabiéndome observada y disfrutando con ello.

Cuando llegué a su lado, obedeciendo a un impulso que no quise dominar abracé su cabeza y la apreté contra mi pecho.

Al marcharme, le pregunté:

—Señor, ¿os llevaréis toda la colección de relojes a España?

—Sí, Bárbara, los necesito para aligerar la soledad.

Tu abuelo, Bárbara, el emperador Carlos, se despedía del mundo. Yo, que fui su pasión última, le miraba por última vez.

¡Qué duro es envejecer!

Cuando te escribo estas notas, Ana, estoy a punto de cumplir los setenta años.

Todos mis huesos se han ido deformando, apenas puedo escribir. Me sienta mal el clima húmedo, y vivo al lado del mar.

Yo elegí este lugar porque pensaba que desde aquí mis posibilidades de huir a España serían mayores.

Hace tiempo que olvidé esos viejos proyectos, y hoy, gracias a la presencia de doña Magdalena de Bangos, mi querida dama flamenca, y a Juan de Mazateve, el fiel y leal mayordomo, mi vida discurre con relativa felicidad. Ellos son el referente de mi pasado. Su memoria sirve de apoyo a la mía, que ya empieza a titubear con los años.

¡Es tan importante la memoria! Sin ella no seríamos los mismos. Me siento orgullosa de lo que fui, quiero seguir siendo yo misma hasta el final. Probablemente ésta sea la razón de que te escriba: pretendo mantener vivo el recuerdo ahora que ni siquiera reconozco mi propio cuerpo.

Espero, Ana, que cuando recibas estos escritos no estés ya en la cárcel. Pobrecita. Todos te engañaron. Yo tampoco hice nada por ayudarte. No quería verme implicada en aquel asunto tan «feo», por ello di cuenta, inmediatamente, al rey Don Felipe, cuanto tu criado intentó refugiarse en mi casa…

No. No debo seguir leyendo las cartas de mi abuela. No deseo

ponerme triste reviviendo mis años en prisión. He tomado dos copitas de malvasía y me siento animada. Dentro de un rato llegarán las hermanas, pasaremos una velada agradable, espero que acuda Jacinta.

El calor de la malvasía recorre todo mi cuerpo. Una dulce sensación me invade, necesito recordar alguno de los textos de la abuela y rebusco entre las cartas.

> Es probable, Ana, que nunca descubras el placer de acostarte con un hombre. Yo disfruté enormemente. Al goce que siempre produce el simple contacto físico con la persona que despierta tu instinto sexual, se unía una sensación de poder y de dominio inigualable. Los hombres, Ana, pierden la razón ante un hermoso cuerpo de mujer. ¡Cómo me desearon! ¡Y con qué intensidad!
>
> Mi historia con el emperador despertó la curiosidad de muchos «personajes». Me halagaron, me llenaron de regalos, y algunos, en su despecho, me difamaron.
>
> Mi marido —el único hombre por el que sentí auténtico rechazo— nunca supo de mis infidelidades. En realidad, fui buena con él. Como ya te conté en otro momento, si no hubiese encontrado compensaciones en otra parte, no podría hacerle feliz. Y te juro, Ana, que lo fue.

Me notaba excitada. Siempre me sucedía lo mismo cuando leía alguno de los relatos de mi abuela.

Yo, como es lógico, desconocía todo lo relacionado con el sexo. Me gustaban los hombres; incluso estuve enamorada, pero nunca había tenido contactos carnales con varón.

No creo que ninguna de las hermanas que llegarían dentro de unos momentos a mis aposentos supieran del tema, pero aquella noche pensaba preguntarles sobre ello, aunque corría el riesgo de que se asustaran.

Llamé a una de las criadas y le pedí me trajera unas vihuelas. Rosita, así se llamaba la sirvienta, me dijo:

—Excelencia, ¿me permitiréis quedarme esta noche hasta que os retiréis? Porque me imagino que vais a cantar y ¡son tan hermosas vuestras voces! Reverenda madre, no os molestaré, permaneceré en la cocina por si se os ofrece algo.

—Así que te gusta la música.

—Sí, muchísimo. Además, las hermanas cantan tan bien que parecen ángeles.

—¿Y qué canciones prefieres, Rosita?

—¡Ay!, señora, *El conde Olinos* y *El día de los torneos* me gustan mucho.

—También a mí me gusta *El conde Olinos*, sobre todo la última estrofa. ¿Conoces la letra?

—Sí, señora.

Y empezó a tararear

y de él nació un olivo,
y de ella nació un rosal,
para que sus tiernas ramas
se pudieran abrazar.

Yo la seguía bajito. Unos golpes en la puerta nos sobresaltaron. Rosita salió corriendo a ver quién era.

Las hermanas doña Angela Sandoval y doña Constancia Sarmiento venían ateridas.

—Doña Ana, puede que hoy sea la noche más fría de lo que llevamos de invierno. Ni la carrera por el paso de las conversas nos ha hecho reaccionar. No sé si las otras hermanas se atreverán a venir esta noche, aunque lo difícil, reverenda madre, es marcharse.

Existía una notable diferencia de temperatura entre mis dependencias y el resto del convento. Era imposible evitar el frío en Santa María, pero desde mi llegada había acondicionado la parte de residencia de las religiosas.

—Si queréis quedaros a pasar la noche aquí, no seré yo quien os lo impida, mas ya sabéis que no dispongo de camas.

—Doña Ana, uno de los frailes del hospital me ha comentado esta mañana el malestar entre los obispos ante vuestra decisión de cesarlos como visitadores.

—Ya me lo imagino, aunque doña Constancia, vos sabéis tan

bien como yo el caos que habían organizado tanto en esta real casa como en el monasterio; los gastos del hospital no cesaban de aumentar, mientras que los ingresos de Santa María disminuían. Era necesario tomar medidas drásticas.

—Pero, tal vez, reverenda madre, deberíais haber elegido dentro del obispado los dos mejores para nombrarlos visitadores y no excluirlos de esta forma.

—Perdonad, creo que estáis equivocada. Si doña Ana no conociera ya las dos personas idóneas para ocupar esos cargos, podría ser factible vuestra propuesta, pero nuestra madre poseía las mejores referencias sobre los dos prelados que ha nombrado visitadores.

La hermana doña Ángela Sandoval, que era quien defendía mi postura, conocía muy bien el tema, uno de los más importantes a los que hube de enfrentarme nada más llegar a Santa María.

La misión de los visitadores consistía, exclusivamente, en informar de forma honesta y veraz sobre las anomalías observadas en el funcionamiento del hospital y en el resto de filiaciones. Pues bien, esto no sucedía. No sé si por negligencia, intereses personales o desidia, los visitadores no daban cuenta de nada, con el consiguiente desorden. Yo, haciendo uso de mi poder, corté el problema de raíz. Presentía cuáles serían las reacciones, pero no me importaba. Además, sabía que era necesario introducir cambios en el funcionamiento del hospital.

—Hermanas, ya que estamos hablando del hospital, ¿por qué no me dan ideas para la elaboración de un nuevo reglamento?

—Que el comendador mayor no sea el fraile más antiguo, así se evitaría que un hombre viejo, con las facultades ya disminuidas, esté al frente de la institución —dijeron las dos hermanas al unísono.

—Tenéis razón, pero eso sí que resultaría complicado.

—¿Habéis pensado, doña Ana, en la posibilidad de limitar su mandato?

—Doña Ángela, explicaos, por favor.

—Simplemente que el cargo no sea perpetuo, sino que cuando el comendador mayor no reúna las condiciones necesarias para

desempeñar la dirección del hospital, pueda ser sustituido.

—Me parece una solución magnífica. Trabajaré sobre ella.

—No puedo creerlo. Hablando de trabajo a estas horas, cuando se supone que venimos aquí de tertulia, a divertirnos, a olvidamos un poco de la dura realidad.

Había entrado como una exhalación. La hermana doña Rosario Muñoz era un torbellino de vitalidad asombrosa.

—Ha empezado a nevar, así que ya saben, hermanas, lo que nos espera a partir de ahora. Reverenda madre, me tomaría algo para entrar en calor. Me parece una idea estupenda hacer música esta noche. Lo sé porque he encontrado a Rosita, que iba en busca de unas vihuelas.

La hermana doña Rosario siempre daba un toque mundano a nuestras conversaciones y pensé que era el momento de iniciar el tema que rondaba por mi cabeza. Lo cierto es que no sabía cómo hacerlo, sentía un poco de vergüenza.

—¿Creéis, hermanas, que el matrimonio reporta grandes satisfacciones? No, no os asustéis, no estoy pensando en abandonar el convento para casarme pero, a veces, trato de imaginar cómo sería mi vida si no me hubiesen encerrado en un cenobio a los seis años.

—Pues seguramente estaríais casada. Tendríais varios hijos e infinidad de problemas; los niños, la casa, el marido… Doña Ana, mejor el convento.

—Cómo se nota, doña Rosario, que vos elegisteis libremente la vida religiosa, sino no opinaríais así.

—No tan libremente, reverenda madre. Tenía dos opciones: el matrimonio con una persona a quien detestaba o el monasterio. Lógicamente, elegí el monasterio.

—Tal vez —dijo la hermana doña Constancia—, si os hubieseis concedido un poco de tiempo, llegaríais a quererle y a desear que fuera el padre de vuestros hijos. ¡Tiene que ser tan hermosa la maternidad! —Y añadió—: A mí me gustaría ser madre, pero sin tener relación con un hombre.

Doña Rosario no la dejó seguir.

—Un milagro, ¿verdad, doña Constancia? Me imagino que

estáis bromeando.

Con la cara enrojecida, mirando al suelo y con voz apenas audible, respondió:

—No es broma. Es que me dan mucho miedo los hombres. He oído contar cosas horrorosas acerca de la noche de bodas.

—A mí me han dicho que no existe mayor felicidad que el placer proporcionado por las relaciones sexuales —tercié yo.

—¡¿Quién os ha dicho semejante barbaridad?! Tuvo que ser una mujer promiscua. Las honradas no encuentran ningún placer. Las mujeres sólo mantienen relaciones sexuales para procrear, todo lo demás es pecado.

Doña Angela estaba verdaderamente escandalizada.

—¿De verdad creéis que es pecado disfrutar sexualmente? —insistí.

—Sí, y pensar en ello también.

Rosita nos había servido unos dulces. Estábamos sentadas a la mora cerca de la chimenea. Doña Rosario me miraba con un gesto un tanto malicioso. Yo no podía evitar el pensar en lo que mi abuela decía en sus cartas. ¡Ay, si las hermanas se enterasen!

No me sorprendía que la mayoría de la gente tuviese una opinión tan mala de Bárbara Blomberg. Sin embargo, algo en mi interior, que yo intentaba acallar, me inducía a comprenderla.

La hermana doña Constancia levantó la mano. Quería intervenir, pero antes debía terminar de tragar un pastel de membrillo.

—Yo estoy de acuerdo con la hermana doña Ángela, —dijo. Y añadió—: La sexualidad está inspirada por el demonio. Quiero seros muy sincera: hace unos meses, sustituí a la hermana tornera que estaba enferma. Entonces tuve la oportunidad de conocer a Manuel, el hombre que nos hace los encargos en la ciudad. Es guapo, simpático y muy amable. Después de verle varias veces, empecé a notar que me agradaba su presencia, y frecuentemente pensaba en él, incluso me imaginaba qué sentiría si me abrazara. Era la primera vez que hablaba a solas con un hombre y descubrí que no les tenía miedo como creía, aunque más tarde el confesor me demostró que

estaba equivocada. Recuerdo que me dijo que también el demonio se muestra bajo apariencias agradables. Gracias a la penitencia y a la oración pude olvidarme de aquel incidente y volver a mi vida normal.

—Habéis tenido suerte —manifestó la hermana doña Rosario —. Nunca os habéis detenido a pensar que los sacerdotes son hombres también. Sí, ya sé que me diréis que han consagrado su vida a Dios, y es cierto que la mayoría nos ayudan en nuestro camino hacia el cielo, pero algunos no. Debemos saber distinguirlos y prescindir de ellos, para evitar males mayores. Ahí tenemos el caso reciente de una de nuestras filiaciones, el convento de San Bernardo de Aranda, donde el confesor se dedicaba a cortejar a las religiosas jóvenes, ¿verdad, doña Ana?

—Sí, y lo más grave es que a pesar de que la reverenda madre priora le prohibió la entrada en el convento, el sacerdote sigue acudiendo al locutorio para entrevistarse con las novicias. Además, desde el púlpito se dedica a insultar y a difamar a las religiosas.

—Doña Ana, ¿no vais a intervenir en el asunto?

—Ya lo hice. He enviado una carta al padre general de los cistercienses, pidiéndole retirase al confesor de Aranda. Aunque es muy probable que no me haga ningún caso. Ya sabéis que mis relaciones con él no son muy buenas.

—Es porque le cuesta aceptar vuestra autoridad en algunos temas.

—Sin duda, y en el tema de los confesores yo tengo la última palabra, y no voy a ceder. Es mucho el daño que pueden hacemos.

La entrada de la hermana doña Carmen de Bobadilla interrumpió la conversación.

—Disculpadme, ya sé que es muy tarde, pero deseaba veros y disfrutar de un rato agradable. ¿No ha venido doña Jacinta?

—No, y es una pena que se haya olvidado de nosotras. ¿Os acordáis, doña Ana, cómo nos divertíamos con sus danzas?

—Imposible olvidarlo, doña Rosario. Nunca había visto bailar a nadie con tanta gracia.

Jacinta era una de las novicias. Tenía diecisiete años. Era

hermosa. Toda ella irradiaba juventud. Dentro de muy poco profesaría como monja. Me daba pena. Me acordaba de mí cuando contaba su misma edad e intentaba compensarla con afecto y con todo tipo de atenciones. Olvidaba que Jacinta estaba deseando tomar el velo.

Me había encariñado con aquella muchacha desde mi llegada al monasterio de Santa María la Real, en las Huelgas, de Burgos. Siempre la distinguí de todas las demás. Sólo a ella le permitía quedarse a dormir en mi habitación.

—Reverenda madre, ¿conocéis lo que se comenta en la comunidad sobre Jacinta?

—Algo he oído.

—Dicen que la han visto, después de comulgar, elevarse sobre el suelo, y que muchas veces en el jardín pierde el conocimiento.

—Ya sabéis, hermanas, cómo frecuentemente se exageran las cosas. Jacinta come muy poco y está muy débil. Es, pues, normal que sufra algún desvanecimiento.

Eso era lo que yo le había dicho cuando me entrevisté a solas con ella, pero Jacinta se mantuvo firme asegurándome que eran ciertos los rumores. Le pedí que rogara a Dios para que cesasen aquellas exterioridades, ya que amenazaban con romper la paz diaria del monasterio.

—Doña Ana, ¿habéis visto terminada la casulla que doña Carmen estaba bordando?

—No.

—Pues es la más hermosa que ha salido de este convento. Ya puede sentirse orgulloso el señor arzobispo.

—Doña Carmen, me la enseñaréis mañana, antes de que se la lleven.

—No hagáis caso a doña Rosario, ya la conocéis y sabéis cómo exagera. Es una casulla normal. Reverenda madre, hoy ha venido María, la mujer de Isidoro Pérez, el arrendatario de la finca cercana a Zilleruelo de Arriba.

—¿Qué quería?

—Pobre, nos traía unas patatas, y cuando le pregunté por sus

hijos se echó a llorar; me dijo que no tenía con qué vestirles. Sentí tanta pena que le di una pieza de tela.

—Seguro que ya la ha vendido. Hubiese sido mejor, doña Carmen, entregarle los trajes hechos.

—Ya, pero no lo pensé. Lo siento.

—No importa, habéis cumplido con el mandato cristiano de la caridad. Es bueno tener un corazón compasivo.

Doña Constancia tocaba una de las vihuelas y cantaba bajito:

Retírate, mora bella,
retírate, mora linda,
deja beber mi caballo
de estas aguas cristalinas.

—Cantad más alto y os acompañamos.

No soy mora, caballero,
que soy cristiana cautiva,
me cautivaron los moros
desde chiquitína y niña.

Mientras cantábamos, yo observaba los rostros de mis hijas en religión. Todas parecían concentradas en la canción, pero quién sabe en qué estaría pensando cada una.

¡Qué monótona resultaba mi vida! Siempre lo mismo, un día, otro y otro. Siempre en los mismos escenarios, viendo las mismas caras. Siempre encerrada…

Es posible que tuviese razón mi abuela cuando me decía que el problema de las hijas naturales se agravaba en Castilla, donde habían ideado la mejor de las soluciones: ¡criar hijas para el cielo!

Desgraciadamente, a mí me tocó aquella despiadada solución. Mi hermana, sin embargo, pudo escapar de ella.

Conocí la existencia de mi hermana, Juana, por una de las cartas de la abuela. Juana era fruto de los amores de mi padre, don Juan de Austria, con una joven napolitana, pero quien de verdad me habló de Juana fue nuestra prima, Bárbara Pyramo, la hija de Conrado Pyramo, la única persona de mi familia que se había dignado visitarme.

Bárbara fue la encargada de entregarme las cartas de la abuela.

Recuerdo que llegaron a mis manos en el año 1603. En aquel tiempo me encontraba, de nuevo, en el convento de Nuestra Señora de Gracia en Madrigal. Hacía un tiempo que mi señor, el rey don Felipe III, me había permitido abandonar la cárcel del monasterio de Ávila.

A pesar de que las hermanas se esmeraban en cuidarme, mi salud todavía se resentía del tiempo pasado en prisión. No conseguía recuperarme ni olvidar aquellos cinco años en que permanecí encerrada en una celda.

El convento me parecía ahora el paraíso. Recuerdo que estaba sentada en el jardín aprovechando unos rayos de sol, cuando me avisaron de la llegada de una visita. Me asusté, ¿quién podría ser? Doña Magdalena de Ulloa, Bárbara Blomberg —mi abuela— y mi tío, Conrado Pyramo, estaban muertos. Fray Miguel de los Santos y Gabriel de Espinosa —para mí siempre sería don Sebastián— habían sido ahorcados. ¡Dios mío! ¡Don Sebastián! No conseguía dominar la ansiedad mientras corría hacia las gradas. Llegué medio ahogada esperando el milagro.

Sin embargo, quien aguardaba era una mujer muy joven, parecía extranjera. Me miró con cariño. Se identificó como Bárbara Pyramo. Venía a verme cumpliendo un último deseo de nuestra abuela. Bárbara Blomberg me había dejado un regalo póstumo: un paquete de cartas.

¿Qué pretendía mi abuela, que nunca se preocupó de mí y se comportó como si yo no existiera, con aquellas cartas?

Estuve tentada de no aceptarlas y despedir amablemente a Bárbara, pero algo en su mirada me lo impidió. Decidí entonces invitarla a quedarse unos días conmigo en el convento. Podría

contarme muchas cosas.

Compartí con ella la sorpresa, el dolor, la angustia y también la ternura que despertaron en mí muchos de los escritos de mi abuela. ¡Cuántas veces los he leído!

Bárbara Pyramo, mi prima, era encantadora. Sus hermosos ojos castaño oscuro dejaban entrever la nobleza de su espíritu.

La luminosidad de su pelo rubio denotaba fuerza, rebeldía, probablemente herencia de nuestra abuela.

Reconozco que la presencia de Bárbara en el convento me animó. Pasábamos muchas horas juntas.

Su padre, Conrado Pyramo, había muerto.

Todos los hijos de nuestra abuela fallecieron antes que ella. No me explico cómo pudo soportarlo. Claro que Bárbara Blomberg fue una mujer fuerte, egoísta e inmune al dolor. Mi prima, que estuvo algunos años cerca de ella, me sorprendió al decirme lo agradable que resultaba su compañía.

—La abuela, a pesar de los terribles dolores que poco a poco la iban deformando, siempre estaba alegre. Poseía infinidad de recursos para alejar la tristeza y la melancolía. Te juro, Ana, que a veces parecía una niña. Jugaba conmigo como si fuera una de mis amigas; era muy divertida. Conocía todo tipo de entretenimientos. Le gustaba estar rodeada de gente, y muchas veces organizaba reuniones en su casa.

—Pero era mala —le dije—. Nuestra abuela fue una mujer despiadada que nunca quiso a nadie.

—Era distinta. Yo jamás intenté comprenderla. La quise. Tuve oportunidad de tratarla porque nos instalamos muy cerca de su residencia, si no, es posible que no se preocupase de mí, aunque lo cierto es que tampoco lo hizo después de conocerme. Bueno, fue mi madrina de Confirmación, creo que movida sólo porque llevaba su mismo nombre. A tu hermana Juana ni la mencionaba. Una vez la oí decir que Juana sería más feliz que tú.

—Si supieras, Bárbara, lo poquito que se necesita para ser más feliz que yo.

—Pero ¿no podéis huir del convento? ¿Por qué no le pedís al rey

que os ayude? Él os quiere. Vuestra hermana le ha escrito en varias ocasiones y gracias a don Felipe III, que ha consentido y avalado el matrimonio, se ha podido casar con el duque de Petrabona, don Francisco Branciforte, hijo del príncipe de Butera, perteneciente a una de las familias más ilustres de Sicilia.

—Cuánto me alegro por mi hermana. A mí el amor me llevó a la cárcel.

Bárbara me contó que la vida de Juana no había sido fácil. La encerraron, como a mí, en un convento. Claro que el ambiente social italiano, napolitano, era muy distinto al castellano, y las personas que se ocuparon de ella no se parecían en nada a las que velaron por mí. Pero sobre todo lo que influyó decisiva y afortunadamente en el destino de Juana fue la negativa del rey, don Felipe II.

Cuando Margarita de Parma se vio obligada a ingresar —en contra de su opinión— a su protegida en un convento de Nápoles, pidió al monarca trasladase a Juana a un monasterio español, y que aquí se ocupasen de ella. Don Felipe II se negó, pues deseaba mantener alejada a su nueva sobrina. Ésta fue precisamente la suerte de mi hermana, ya que de haber venido a España se hallaría en la misma situación que yo.

Poco importaba que a mí me hubieran autorizado a llevar el apellido, Austria, y a Juana, no. Bárbara se escribía con mi hermana y pensaba viajar a Sicilia para conocerla.

¿Y si yo me escapara del convento? Todavía anhelaba conocer el mundo, ¡vivir!

Recuerdo que Bárbara vestía unos trajes muy bonitos. El colorido de su ropa fue lo que me llevó a pensar, cuando la vi en la grada, que no era castellana. Su madre, la baronesa de San Martín, una guapa y elegante flamenca, seguía usando la moda y costumbres de su tierra a la hora de vestirse.

Bárbara me dijo que muchos de sus trajes habían pertenecido a la abuela. Una tarde los colocó sobre la cama para que yo pudiera contemplarlos juntos, ¡eran preciosos! Como me vio tan ilusionada, me animó a elegir uno.

Casi nunca he tenido la oportunidad de manifestar mi opinión, siempre han decidido por mí, y ahora que podía elegir libremente, me sentía incapaz. Bárbara se reía.

—No pienses que voy a regalártelos todos, porque en el fondo eso es lo que pretendes, ¿verdad? Ana, te voy a ayudar a elegir uno. Vamos a ver, el azul resaltaría tus ojos e iría muy bien con tu tez blanca. El rosa, no, aumentaría tu palidez. Sí, ya sé, el verde. Además, estoy segura de que a la abuela le gustaría que tú poseyeras este vestido.

Era un hermoso traje, sencillo, sin grandes adornos. Sólo unos hilos de oro aparecían entre los pliegues de la falda y las mangas, proporcionándole un aspecto fulgurante.

Por la noche, en mi cuarto, antes de acostarme decidí probarme el vestido. No me atrevía a mirarme, y cuando me vi en el espejo, apenas podía reconocerme; una hermosa y elegante mujer me devolvía una mirada asustada. ¡Dios mío, qué injusta era la vida conmigo al privarme de tantos placeres! Aún estaba a tiempo de ser querida, admirada y deseada; pero mi destino estaba en el convento.

Aquel traje verde, del que nunca me deshice, había jugado un papel importante en la vida de mi abuela. Tal vez la intención de Bárbara al regalármelo encerrase un doble sentido.

Mi prima consiguió con su visita devolverme a la vida. Me hizo sentir, por primera vez, el calor familiar.

Nos despedimos con pena, pero sabiendo que siempre nos apoyaríamos.

—He venido a verte porque nuestra abuela así lo dispuso. —Me dijo Bárbara antes de irse—. Me alegro de haberlo hecho, y porque te quiero deseo contarte algo sobre los sentimientos de la abuela hacia ti. Estoy segura de que en los últimos años de su vida deseaba conocerte. La verdad, Ana, es que tu opinión le importaba, en caso contrario, no te hubiese escrito todas estas cartas. Mi padre decía que, desde el momento que él le dijo cómo eras, la abuela pensó en visitarte, aunque alguna razón que desconocemos se lo impidió. ¿Odio y rencor porque tú le recordabas demasiado el origen de tu padre? ¿Vergüenza y remordimiento al comprobar tu situación?

¿Comodidad y seguridad? Es posible que ésta fuera la causa decisiva. Era más seguro permanecer alejada de ti y, además, la abuela era una persona ya mayor que tenía miedo a perder su posición, y a que el rey, don Felipe II, la privase de la pensión.

> Querida Ana, estoy convencida de que tú y yo no sólo nos parecemos físicamente, ¿recuerdas cuando pediste al rey te pasara mi pensión, si vivías más que yo? ¿Por qué no pensaste en otros nietos que yo pudiera tener más necesitados que tú? No te culpo, yo también me declaré única heredera de mi hijo don Juan de Austria, sabiendo que existíais Juana y tú, aunque vuestro padre no os había reconocido, y legalmente yo era su familiar más próximo. Además, don Juan se acordó de mí encomendándome a la bondad de su majestad, el rey, don Felipe II, a través de su confesor, el padre Dorante. Y así, por real cédula —agosto de 1579—, me concedieron 3.000 ducados anuales.
>
> Tu padre, el pobre, ¿qué culpa tenía de que lo hubieran educado con el dolor de ser ilegítimo?
>
> Desde que nos vimos se preocupó por mí y me trató con cariño y afecto. Aún recuerdo muchas de sus cartas:
>
> «Señora, hace muchos días que no he tenido nueva alguna de vuestra majestad con que me da mucho cuidado, habiéndole yo escrito y suplicado y últimamente de Mesina, que siempre se acordase de avisarme de su salud y de todo lo demás que fuere su gusto, pues además de la obligación que tengo, como hijo que soy de vuestra majestad, de procurárselo, tengo también deseo de dársele, por estar cierto que, como a buena madre y señora que me es, se lo debo…».
>
> Ya ves, Ana, qué carta más cariñosa. Y sin embargo no dudó en engañarme y participar en la confabulación para traerme a España.

¿Es posible que mi abuela no fuera consciente de su vida escandalosa? Ella debería saber que no era libre…

—Qué lejos estáis, doña Ana. ¿Adónde os llevan vuestros pensamientos? ¿Puedo ayudaros? Hace rato que os observo y no os habéis dado cuenta.

—Pensaba en mi hermana, la duquesa de Petrabona —no quería decir a doña Carmen que era mi abuela quien ocupaba mi mente, pues me avergonzaba de ella— Pensaba en lo feliz que es su vida al lado de su marido y de su hija Margarita. Viven en Sicilia, en un

hermoso palacio.

—¿Le han puesto a la niña el nombre de Margarita en recuerdo de doña Margarita de Austria?

—Sí. Mi hermana doña Juana siempre le estará agradecida.

—Creo que era una mujer fabulosa. Y muy católica. Dicen que fue hija de confesión de Ignacio de Loyola.

—Sí. Además, ella influyó en el papa Paulo III para que aprobara la Compañía de Jesús.

—¿Cómo es posible? ¿Tanto poder tenía?

—Doña Carmen, ¿acaso no sabéis que doña Margarita estaba casada con el nieto del papa, y que vivían con él en Roma?

—¿Cómo nieto del papa?

—Antes de ser papa y de recibir las órdenes religiosas, Alejandro Farnesio (así se llamaba en el siglo Paulo III) tuvo un hijo natural, Pedro Luis Farnesio, al que no sólo reconoció sino que se preocupó de su futuro. En su favor instituyó un título hereditario, el ducado de Parma, convirtiendo a su hijo natural, Pedro Luis, en primer duque de Parma. Éste era el padre de Octavio, el marido de doña Margarita.

—¡Qué historia tan bonita!

—No tanto, doña Carmen, porque el matrimonio se llevaba como «el perro y el gato». No ocultaban sus diferencias en público, organizando auténticos escándalos. Decían que nadie era capaz de doblegar el fuerte carácter de doña Margarita, ni su propio padre, el emperador.

—Doña Ana, me hubiera gustado conocer a una mujer con una personalidad tan destacada.

—A mí también. Además, doña Margarita era hija natural pero, como me contaba mi hermana —se me iba a escapar el nombre de mi abuela, pero rectifiqué a tiempo—, tuvo la suerte de no ser educada como bastarda; la liberaron desde niña de ese pecado.

—Que vos, reverenda madre, no conseguís superar. Y perdonadme la sinceridad.

—No, todo lo contrario, os la agradezco. Doña Carmen, es muy injusto que me hayan obligado a ser monja. No tengo vocación,

aunque ahora como abadesa me siento útil. Sé que estoy capacitada para el cargo; me gusta mandar y creo hacerlo bien. No carezco ni de prudencia ni de energía.

—¡Ay, doña Ana! Ha sido una bendición del cielo que os hicierais cargo de Santa María, porque vos habéis devuelto el esplendor y la grandeza que le corresponde a este monasterio.

—Siempre, doña Carmen, defenderé los derechos y privilegios de las abadesas de Santa María.

—Señora, creo que debemos retiramos. Voy a decírselo a doña Rosario.

Doña Ángela y doña Constancia seguían canturreando al lado del fuego. Doña Rosario había ido a la cocina con Rosita. Seguro que trataba de conseguir algo de la sirvienta.

—No os molestéis en recoger nada. Mañana lo harán las criadas.

—Que paséis buena noche, reverenda madre.

—Lo mismo os deseo. ¡Buenas noches!

La última en abandonar la habitación fue doña Rosario. Antes de salir me miró:

—Espero que algún día me digáis por qué habéis suscitado esta noche el tema de la sexualidad —dijo.

—Seguro que lo haré —le respondí, aunque ¿cómo iba a contarle mis sentimientos y deseos íntimos? ¿Cómo decir a nadie que yo, Ana de Austria, abadesa perpetua de Santa María la Real, de las Huelgas de Burgos, en el fondo de mi corazón envidiaba a mi abuela, Bárbara Blomberg? Deseaba vivir algunas de sus experiencias. ¡Dios mío!, las experiencias de una mujer depravada.

Habrás oído, Ana, cosas terribles de mí. No he sido una santa, pero el duque de Alba se encargó de magnificar mis defectos.

Él, que pasará a la historia como el más duro e implacable gobernante español en los Países Bajos, asumió, cuando enviudé en 1569, la responsabilidad de controlarme.

El duque de Alba se encontraba entonces al frente del gobierno, en Bruselas, y me sometió a estrecha vigilancia.

Colocaba en mi casa gente de su confianza. Yo, en cuanto los descubría, los ponía en la calle y contrataba a otros. Manteníamos una

lucha continua en la que yo no estaba dispuesta a ceder.

Encargué a una de mis damas, la más joven y hermosa, entablar relaciones con uno de los criados del duque para sonsacarle información. Por este conducto conocí las intenciones del duque de Alba, que escribía de mí auténticas barbaridades:

«… la madre del señor don Juan vive con tanta libertad y tan fuera de lo que debe a madre de tal hijo, que conviene mucho ponerle remedio, porque el negocio es tan público y con tanta libertad y soltura que ya no hay mujer honrada que quiera entrar por sus puertas, porque llega a términos que se van mudando los servidores por semanas; y con mi ausencia ha pasado tan adelante que los más días hay danzas y banquetes; y ha echado dos *damoyselles* viejas muy honradas, que yo le di, y metido en su lugar dos ruines mujeres.

»Es terrible, y de una cabeza muy dura. Su majestad vea lo que manda, que yo resuelto estaba hacerla tomar una noche y meterla en un monasterio, pero no he querido sin consultárselo primero».

Los españoles, Ana, no conocían más que una solución para apartar a las mujeres que les estorbaban: el convento.

Por ser la amante y haberle dado un hijo al emperador, seguían ocupándose de mí. Vivía bien, aunque el miedo a que me encerrasen en un convento no me permitía estar tranquila. Entonces se me ocurrió una idea; contaría al duque de Alba mi decisión de casarme de nuevo y de esa forma los liberaba de una carga. No pensaba casarme, lo esgrimía como arma de combate, pues sabía que no lo consentirían, y al renunciar a ello yo conseguiría alguna contrapartida.

Muy pronto me enteré de que el duque de Alba comunicaba mi «proyecto»:

«Temo que vuelva a casarse y darle dinero es arrojarlo al río, porque en dos días lo tiene banqueteado. No faltan hombres que quieran casarse con ella; yo le he enviado a decir que no trate de casarse en ninguna manera del mundo».

Se lo creyeron, y prometieron dejarme en paz con la condición de que no me casara y me fuera a vivir a Mons. Les aseguré que no celebraría segundas nupcias, aunque rechacé ir a Mons, argumentando desconocer el francés, y les propuse Gante.

Así me fui a vivir a una de las ciudades más importantes de Flandes, la primera en producción textil. Aquella en que había nacido el emperador.

Gante es una hermosísima localidad medieval, dividida, como Brujas, por canales. Situada en la confluencia de los ríos Escalda y Lys, su tráfico portuario se había ido incrementando en detrimento de Brujas,

que hubo de enfrentarse a los problemas ocasionados por la acumulación de aluviones que inutilizaron su puerto.

Más del cincuenta por ciento de la población de Gante se dedicaba a la industria textil. Las mejores telas, que después se vendían en Europa, se creaban allí. El buen nivel económico se notaba tanto en las elegantes construcciones de la ciudad como en el ambiente social.

La vida en Flandes era placentera y en Gante de forma especial. Yo mantenía mi atractivo, seguía teniendo éxito entre los hombres, y mi existencia discurría entre fiestas y reuniones mundanas.

Algunas familias conocían mi antigua relación con el emperador y me distinguían con una especial deferencia. No es que yo alardease de mi historia con Carlos V, aunque tampoco la ocultaba.

En Gante recordaban al emperador con respeto, cariño y, sobre todo, con orgullo. Lo consideraban como algo suyo. Él había protegido y favorecido la ciudad, y también castigado.

Fue en la primavera de 1538 cuando los habitantes de Gante se negaron a pagar una nueva contribución exigida por los Estados Generales para la defensa del país; bueno, para sufragar los gastos de las tropas españolas que se encontraban en Italia luchando con los franceses. Al tener conocimiento de lo que sucedía en Gante, Carlos V, acompañado de su hermana, doña María, gobernadora en aquel momento de los Países Bajos, se presentó en la ciudad e impuso un terrible castigo: exigió que los corregidores y los jefes de corporación le pidieran perdón con la cuerda al cuello. Mandó ejecutar a una veintena de ellos y privó a Gante de todos sus privilegios, aplicando una nueva Constitución. Desde entonces los concejales serían nombrados por el emperador.

Carlos V siempre estaba necesitado de dinero, de ahí su vinculación con algunos banqueros alemanes, los Fugger y los Welser, que le ayudaron económicamente recibiendo a cambio ciertas prebendas, como la colonización en exclusiva de Venezuela.

Pero como nos suele ocurrir a casi todos, al recordar, rechazamos, sin damos cuenta, lo negativo y desagradable, mientras lo positivo y grato adquiere dimensiones superiores en nuestro sentimiento. Así, en Gante, la población se sentía orgullosa de que allí hubiera nacido el personaje más destacado de todo el siglo XVI, me atrevería a decir que el más importante de toda la historia.

Yo le había conocido en la intimidad. Imagínate, Ana, ¡cuántas mujeres habrán deseado estar en mi lugar!

Pensé muchas veces en tu abuelo mientras viví en Gante.

Nunca entendí muy bien, creo habértelo comentado en otra ocasión,

por qué abandonó esta tierra que tanto amaba. Carlos V era feliz en los Países Bajos. Le gustaban sus fiestas, su gente. Claro que si lo que de verdad deseaba era hacer penitencia, ningún lugar mejor que España, inundada de conventos.

A mí, el emperador nunca me quiso, sólo le gusté y proporcioné placer; fui su última pasión. Yo disfruté de la ternura de su madurez. Muchas veces, lo único que deseaba el emperador era compañía; la presencia de una joven hermosa que, además, le pudiera incitar a la pasión. Reconozco que yo provoqué muchos de los encuentros con Carlos. Me las arreglaba para ser invitada a algunas de las fiestas a las que él asistiría y entonces, cuando me veía, deseaba hacerlo a solas.

Estoy orgullosa, Ana, de mi relación con el emperador; yo me convertí en el último recuerdo de su perdida juventud.

Carlos V era, como casi todos los hombres, reacio a manifestar afecto. Sin embargo, con sus hermanas se mostraba distinto, sobre todo con doña María, a quien siempre estuvo muy unido.

Doña María y doña Leonor, la reina viuda de Francisco I, rey de Francia, el eterno enemigo del emperador, se fueron con Carlos a España.

Los tres hermanos, Ana, murieron el mismo año de 1558. Casualidades y coincidencias de la vida.

¿Quién iba a decirme que yo también vendría a España a morir? Estaba contenta con mi vida en Gante, pero poco iba a durar mi felicidad.

La política, las guerras religiosas, la lucha por el poder, complicaban nuestra existencia. El rigor del duque de Alba no fue eficaz a largo plazo. Tampoco con la amnistía general, decretada por don Luis Requesens, cuando sucedió al duque de Alba en el gobierno de los Países Bajos, se consiguió la conciliación. En 1576 se produjo un terrible suceso. El ejército, al que se adeudaban las pagas de varios años, se amotinó y saqueó Amberes. Murieron más de ocho mil personas y fueron destruidas unas mil viviendas. Todo esto coincidía, más o menos, con el fallecimiento de don Luis Requesens, que dejaba vacío el cargo de gobernador, y fue entonces cuando el rey, don Felipe II, pensó en su hermanastro, don Juan de Austria, para ponerlo al frente del gobierno de los Países Bajos.

Recibí un correo oficial. ¡El nuevo gobernador! ¡El héroe de Lepanto! ¡El militar con fama y prestigio en toda Europa! ¡El hijo del emperador! ¡Mi hijo! Don Juan de Austria, por primera vez en su vida, se acordaba de mí. Esperé a quedarme sola. No estaba segura de cómo iba a reaccionar y no quería que nadie pudiera observarme.

Leí muy despacio la carta. Don Juan quería verme, deseaba conocer a su verdadera madre. No pude dominar la emoción, y las lágrimas fluyeron libremente. Lloré y lloré, Ana, con todas mis fuerzas, como sólo lo había hecho otra vez en mi vida. En aquella ocasión me juré a mí misma no volver a llorar.

Recuerdo que, entre sollozos, rompí la carta y la arrojé al fuego.

Según las llamas iban convirtiendo el papel en ceniza, recobraba yo mi habitual firmeza. No me importaba mi hijo. Su correo me dejaba indiferente. No acudiría a su llamada.

Creo que ya te he hablado de todo esto en otra ocasión, al final nos vimos, y me mantuve indiferente.

A los pocos meses de mi encuentro con don Juan, en Luxemburgo, supe que tenía que abandonar los Países Bajos. Convencieron a tu padre de que mi vida no era digna y le aseguraron que mi comportamiento sería un freno a su carrera. Una deshonra. Un hombre como él no debía tener una madre como yo. Y me callé. No dije nada. Acepté la invitación de doña Margarita de Parma de visitarla en Aquila, para luego elegir un lugar, en Italia, donde fijar mi residencia —no sé si ya te lo conté— pero todo eran mentiras y me trajeron a Castilla, la tierra que para mí simbolizaba el terror de una espantosa pesadilla.

¡Qué tonta había sido, qué fácil les resultó engañarme! Recuerdo que cuando abandonábamos Gante, miré hacia el Beffroi —así llaman, en Flandes, a la torre que dentro de la ciudad sirve de atalaya—, y pensé que la próxima torre que vería sería la de una hermosa iglesia italiana. Por haber nacido en Ratisbona, las torres encerraban para mí un atractivo especial. ¡Ay, Ana, qué bella es Ratisbona!

Nos alejábamos por el río y yo seguía con la mirada en el Beffroi. Sabía que no regresaría a los Países Bajos, pero me consolaba la promesa de Italia, que podría convertirse en una hermosa realidad.

Soy mala. Todavía hoy, después de haber releído esta carta miles de veces, me produce cierto regusto la desgracia de la abuela; pensaba arribar a las costas italianas y se dio de bruces con doña Magdalena de Ulloa, que la esperaba en el puerto de Laredo.

Me alegra que mi abuela conociera también el rigor del carácter de esta señora y el aburrimiento del convento donde la encerraron. Pero indudablemente, ella era una persona fuerte y tenaz: consiguió de su majestad, don Felipe II, la autorización para abandonar el monasterio en que la tenían recluida.

Es verdad que cuando le permitieron salir, mi padre, el señor don Juan de Austria, ya había muerto; pero, de todas formas, Bárbara Blomberg debió de ser la única mujer que consiguió semejante favor de don Felipe.

Hacía más de un año que vivía en el convento de San Cebrián de Mazote.

Supe que algo grave sucedía cuando vi a doña Magdalena de Ulloa. En todo aquel tiempo no había tenido noticias de ella. Creo que vivía en otro convento, por propia convicción y religiosidad, y no como yo, que cada día odiaba más la vida en el monasterio.

Me tendió la mano, y con voz entrecortada anunció:

—Ha muerto don Juan de Austria.

—¿Le había concedido el rey, don Felipe II, el título de alteza?

Doña Magdalena me miró asustada.

—¿Qué importancia puede tener eso ahora?

—Pero ¿se lo concedió?

—No.

Ana, yo le preguntaba a doña Magdalena por darme tiempo, necesitaba enfadarme, no podía creer que don Juan hubiera muerto.

—Doña Magdalena, seguro que vos conocéis con qué intensidad deseaba don Juan el título de alteza. Además, tenía derecho a esa dignidad. Era hijo del emperador.

—Dejadlo ya, doña Bárbara. ¿No os interesa saber cómo murió vuestro hijo?

—Sí, sí, por supuesto.

—Fueron las fiebres tifoideas o la peste, no se sabe muy bien. La muerte le sobrevino en el campo de Tirlemont, donde se había instalado después de la batalla de Malinas. Su cuerpo fue llevado a la catedral de Namur, aunque creo que será trasladado a España para ser enterrado al lado de su padre, el emperador. Doña Magdalena de Ulloa lloraba silenciosamente. Recuerdo que me miró y me dijo:

—¿De qué estáis hecha, señora? ¿No tenéis sentimientos? Ha muerto vuestro hijo y ni siquiera os emocionáis.

—Era más hijo vuestro que mío. Yo sólo le traje al mundo. Aunque oficial y legalmente los bienes que deje don Juan me pertenecen, porque yo soy su única heredera.

—¿Sólo os interesa el dinero?

—Habéis acertado. —Doña Magdalena me miró con pena y se fue. Antes de que desapareciera por el pasillo le dije—: Espero que ahora que

ha muerto don Juan me ayudéis a salir de este convento.

No lo conseguí hasta casi dos años más tarde. En 1580, don Felipe II me autorizó a dejar San Cebrián de Mazóte. Yo le había rogado me permitiese vivir junto al mar y me lo concedió. Así instalé mi residencia en Colindres, en la casa de don Juan de Escobedo, el que fuera secretario de mi hijo don Juan, y que había sido asesinado en Madrid, meses antes del fallecimiento de tu padre. Más tarde me trasladé a Ambroseros, donde ahora vivo. Por cierto, Ana, supongo que hasta ti habrán llegado rumores del posible envenenamiento de tu padre. Han pasado muchos años desde entonces y nunca se ha contado la verdad. Si algún día puedes hacer algo por aclararlo, sería interesante.

Tenía razón doña Magdalena de Ulloa. ¿Qué clase de persona era mi abuela? La muerte de un hijo la dejaba indiferente, y así me lo contaba ella misma. ¿Qué pretendía al sembrar en mí la sospecha sobre el envenenamiento de mi padre?

Esperaba que todo fueran fantasías de mi abuela, pero poco a poco fui conociendo los comentarios que aún circulaban acerca del fallecimiento de don Juan de Austria.

Casi todos coincidían en apuntar al veneno como la causa de su muerte. En lo que sí existía diferencia de opiniones era acerca de la identidad de quienes habían ordenado el asesinato.

Para muchos era obra del príncipe Guillermo de Orange; para otros, fue la reina inglesa, Isabel, la que ideó el envenenamiento, para impedir la posible invasión de Inglaterra, y además evitar el matrimonio entre don Juan de Austria y María Estuardo, reina de Escocia, y los más apuntaban hacia Antonio Pérez, presunto responsable del asesinato de don Juan de Escobedo.

Antonio Pérez, decían, había hecho crecer la cizaña entre el rey, don Felipe II, y mi padre, don Juan de Austria.

Todas aquellas historias me causaban dolor, pero sobre todo deseaba saber la verdad sobre la muerte de mi padre. Por ello, después de jurar como abadesa del Monasterio de Santa María la Real, encargué al licenciado Baltasar Porreño una biografía de mi padre. Le pedí que estudiara a fondo el proceso de su muerte.

Aún no ha terminado el libro, mas como conoce mi inquietud

me ha permitido leer el parte sobre el fallecimiento de don Juan de Austria, elaborado por su médico, el doctor Ramírez, para informar al rey:

> Porque fue fuerza que escribiese la relación del proceso y suceso de la enfermedad del Sermo. Sr. D. Juan de Austria, mi señor, a dos horas después que espiró, no pude decir algunas cosas más en particular y otras que después se vieron, las cuales es justo que vuestra majestad las sepa. Y para que mejor se entienda, referiré en suma desde el principio de su mal lo que ha pasado. Es, pues, así: que un martes, 16 de septiembre, a las ocho de la noche, sintió su alteza una calentura pequeña con algún desabrimiento de toda la persona, la cual tuvo toda la noche y el miércoles siguiente en el mismo tenor, y aunque la calentura quedó, cesaron los desabrimientos el miércoles a la mañana, y como no le daba mucha pena, no quiso hacer cama, antes se levantó y tuvo negocios en su aposento y Consejo, y salió a visitar alguna parte de los cuarteles. El miércoles en la noche, a la misma hora que le había comenzado el martes, subió la calentura notablemente, de suerte que se sintió fatigado, y así lo estuvo toda la noche, y con muchas angustias; y el jueves a la mañana la tenía en el mismo tenor, y casi en ese duró hasta el domingo, que fue el quinto, en el cual, a las tres de la tarde, tuvo un poco de horror y luego subió un poco más la calentura; y de allí a hora y media sudó por toda la persona un sudor caliente, aunque con muchas congojas, y duró el sudor casi una hora y no era muy copioso; acabado de sudar, quedó sin ningún alivio, y la calentura en el ser que antes.
>
> De allí adelante tuvo crecimientos cada noche, muy conocidos desde las nueve de la noche hasta otro día casi a la misma hora, en que le volvía a crecer; en el cual tiempo el pulso se retiraba notablemente y se enfriaban un poco los extremos, y tardaban en calentarse hasta la una de la noche. De modo que duraba el principio de la accesión cuatro ó cinco horas, y el pulso tardaba más en volver a su ser, y esto era un día más que otro en forma de terciana doble, no tan continua, y esta forma guardó hasta el onceno. Desde el onceno no aparecieron los crecimientos tan manifiestos; mas la calentura siempre perseveraba en el tenor que antes, y esto hasta el fin del catorceno, en el cual creció mucho y duró así hasta seis horas antes que se cumpliese el fin del quinceno día. Esa fué la forma que tuvo la fiebre. El calor era tan mordaz, así de dentro como de fuera, que no se podía sufrir. Los accidentes que la acompañaron desde el segundo día, que fue miércoles en la noche, fueron un dolor tan grande de toda la cabeza, principalmente de la media izquierda, y más en el ojo y

oído izquierdo, que le sacaba de juicio y le tomaban desmayos, y decía que parecía que le quemaban todo aquel medio lado de la cabeza, y principalmente el ojo y oído, y que de poco en poco le daban unas punzadas que le hacían quedar sin sentido, y así de poco en poco le veíamos quedar medio desmayado.

Tenía junto con esto unos saltos de corazón que de cuarto de hora a cuarto de hora (y algunas veces menos) le hacían levantar el cuerpo de la cama, y decía le daban grande pena y angustia de corazón y que se sentía muy apretado de ello.

Tenía asimismo tantas ventosidades y eructos por la boca, que le venían a ahogar, las cuales decía le daban grandísima pena y sentía escocimientos en la garganta cuando las echaba. Sentía asimismo desde ese día tanta pena y escocimiento en la garganta, que no lo podía sufrir, agora comiese ó bebiese algo, ó vomitase, agora no. Sintió luego tanta sed, que no la podía sufrir, aunque la lengua los dos días primeros no se le secaba sino muy poco, y fue de grande admiración que desde este día no fue posible comer ni meter en la boca cosa que no fuese líquida, como caldo delgado ó zumo de capón y destilados; y si de otra forma tomaba alguna cosa, tomábanle unas ansias y unos ascos, y daba tantas voces que parecía que rabiaba, y perdía los pulsos, y algunas veces vomitaba lo que acababa de tragar, cosa en él no acostumbrada, porque jamás podía vomitar.

Tuvo tras esto, desde este día, temblores de manos, brazos, lengua y ojos, y tanta flaqueza en el movimiento, que casi no se podía mover en la cama, y así cuando se levantaba a hacer cámara, era menester levantarle en brazos dos o tres personas, y el tiempo que se detenía en el servicio se desmayaba tres ó cuatro veces, de suerte que perdía el sentido y los pulsos; y cuando volvía al lecho quedaba tan cansado, que no se meneaba por una hora.

No era posible dormir de noche ni de día, sino muy poco y con sueños turbados y desasosegados, y de cosas de enemigos, y que le venían a matar, y de los ingleses que poco antes habían prendido. La respiración era tan cansada, que decía no podía levantar el pecho.

La cámara que hacía era poca y líquida y de color de ceniza, y siempre con mucha dificultad y dolores; la orina delgada y un color de hollín hasta el quinto, y de allí hasta el onceno, rubra, crassa, con el cerco alto verde y oleoso. Estos accidentes le duraron hasta el onceno, salvo el dolor de cabeza, oído y ojo, y los saltos de corazón cesaron algo con los remedios; pero el temblor perseveró, hasta que espiró, aumentándose algunas veces.

Sobreviniéronle al seteno unas manchas de tabardillo coloradas y

pocas; al nono muchas y al onceno tantas, que no había donde poner la cabeza del dedo sin topar en manchas, porque estaba cuajado, y al doceno y catorceno tantas que parecía estar hecho una plasta, y entre ellas había algunas lívidas y casi azules, y otras coloradas, anchuelas, y en medio unas puntas negras y ásperas.

A la salida del seteno le comenzaron unas cámaras que le duraron hasta el nono, en el cual tiempo hacía como trece ó catorce cámaras, y todas más líquidas que moderadas y de color de ceniza y algunas mezcladas de amarillas. Tuvo también desde los primeros días que, para echar una ventosidad, le tomaban ansias de muerte, y asimismo, cuando hacía la cámara, en ese tiempo que tuvo las cámaras, era cosa de compasión el ver las angustias y dolores que decía pasaba, que, como dije arriba, se desmayaba de cada día más.

Tomábanle unos paroxismos semejantes a epilépticos, y esto aunque no se levantase de la cama, sino que se estuviese echado, y primero que hacía la cámara pasaba una hora, y en ese tiempo sentía grandísima pena y ansias. Olía toda la persona tan mal (dejando aparte los excrementos), que no se podía estar en el aposento, y esto hasta el fin.

Al fin del onceno le vino un sueño muy grave, que con dificultad se podía despertar, junto con algún delirio.

Al fin del doceno cesó el sueño y quedóse con el delirio; perseveró hasta el catorceno, en el cual le volvió el sueño, con el cual acabó, aunque desde el onceno hasta el fin volvía a ratos en sí y quedaba en su juicio.

Desde este día la orina fue delgada, con un cerco verde, y perspicua hasta que acabó.

El pulso fue siempre frecuente y parado y débil, y tanto, que no se osaba acometer con remedios que no fuesen leves.

Las ocasiones que precedieron a tanta malignidad y gravedad de enfermedad fueron una retención de almorranas de más de un año que solía purgar mucha sangre por ellas, y en todo este año ni gota, y haberle cesado otra que se solía hacer en el tiempo que le daba su dolor, cólico y ronchas, porque no le había acudido un año había poco más ó menos, y tras esto muchos trabajos y desasosiegos de cuerpo y ánimo, porque era grande su diligencia, solicitud y cuidado que tenía en todas las cosas siempre, y más en estos tiempos que el enemigo estaba pujante y tenía noticias de algunos que le trataban dañar, como eran los ingleses.

Puesto esto ansí como en realidad de verdad pasó, y entendida la gravedad y malignidad de la enfermedad, púsose toda la diligencia luego que pudimos, y así se sangró luego dos veces y se purgó con una purga leve de buena mano con jarabe rosado de nueve infusiones, porque ni las fuerzas ni estado de la enfermedad sufrían cosa más fuerte; y aunque en

todo le sucedió bien, que purgó bien y con facilidad (salvo los dolores de abajo) y se le remitieron algunos accidentes, en especial los dolores de cabeza, ojo y oído y las ventosidades, perdió luego las fuerzas de tal suerte que no se pudo usar más de remedios fuertes; pero usóse con alguna sospecha de remedios contra veneno, agora fuese de fuera, agora de dentro, por corrupción maligna de humores y de otros que se usan en estas fiebres de tabardillo, como es piedra bezaar y confección de jacintos y otras bebidas a propósito, y adelante se le escarificaron las almorranas y sangría de narices y postura de cosas en la cabeza, y muchas ventosas al tiempo que las pedían los accidentes y pintas; y esto sin perder un punto en lo que era de nuestra parte, especialmente que desde el segundo día se entendió la dificultad que traía el negocio.

Allegábase a sospechar esto el ver que en estos tiempos en estos Países andan unas calenturas continuas y continentes, á las cuales se les siguen unos tubérculos á las ingles y subalis, y a otras carbuncos, de las cuales se mueren casi todos, y esto á lo más largo al quinto, y otros en venticuatro horas, en especial los niños, y los que paran en tabardillo duran más, pero mueren asimismo los más, y ésta es la peste que en estos tiempos Dios ha enviado en estos Países. Después de todo esto, por falta de materiales, no se pudo abrir el cuerpo hasta veinticuatro horas después de muerto; y cuando entramos á haberlo de hacer, no se podía sufrir el mal olor del aposento, que era más y más indecible que el ordinario en semejantes casos; y el cuerpo por de fuera, desde los hombros hasta los muslos en longitud, y desde la espina hasta junto á las tetillas en latitud y ombligo, estaba negro, verde negro, y los remates verdes, y detrás de las orejas y á los pies manchas azules á trechos y los brazos hasta los codos negros; y dadas navajadas, estaba la carne del mismo color y no salía humedad ninguna, y la carne parecía engrudo.

Después de abierto vimos todo lo interior, como son tripas, pulmones, hígado y lo demás, negro y verde y mezclado de colorado; y llegado a tomar con los dedos de una parte, así se desasía de la otra como si fuera borra, y el corazón casi no tenía sangre, y tan arrugado y marchito como un paño mojado.

El cerebro y telas en que se envuelve estaba tan seco todo que parecía haberlo limpiado á posta de toda humedad y sangre; y esto es de advertir en los que mueren de tabardillo, especialmente en pasiones de cabeza, como es delirio y sueño, como se ha visto en anatomías, suelen tener en el corazón más sangre y mucha agua entre las telas, y en toda la capacidad y la substancia del cerebro y telas muy húmedas.

Esta es la historia de lo que se vió en el proceso de la enfermedad y en la disección de aquel bendito cuerpo, en suma, aunque me dejo

algunas cosas por la prolijidad y porque no son de tanta importancia como las dichas. Los médicos que se hallaron presentes á la cura fueron el doctor del Excelentísimo Príncipe de Parma y uno del campo, y el licenciado Antonio Pérez y yo, como más obligado, aunque pluguiera á Dios que antes yo muriera que tal suceso viera.

Leyendo este informe no se disipaban las dudas sobre el posible envenenamiento de mi padre, el señor don Juan de Austria, sino todo lo contrario.

¿En qué mundo vivíamos? Se podía asesinar impunemente. La justicia era, a veces, injusta; se condenaba a la torca por conspiración contra la corona y no se hacía nada por buscar a los asesinos de don Juan de Austria.

El licenciado Baltasar Porreño pensaba que el veneno había llegado por manos inglesas.

—Doña Ana, ya sabéis que vuestro padre entrañaba un peligro para los intereses de la Inglaterra isabelina. La reina conocía las intenciones pontificias, y es lógico que reaccionara para evitar la posible invasión que el papa Gregorio XIII había encomendado a don Juan de Austria. Recordad que los proyectos del Santo Padre consistían en derrocar a la reina Isabel y darle el trono inglés a María Estuardo, que se casaría con don Juan de Austria. De esta forma Inglaterra volvería al catolicismo.

—A mí me parece, licenciado Porreño, que la reina Isabel nunca se tomó en serio semejante amenaza. Sobre todo porque conocía al rey don Felipe II.

—Sí, es verdad que su majestad dio largas al asunto, argumentando que los Países Bajos acaparaban todos los medios humanos y económicos disponibles. Sin embargo, todos sabían que Inglaterra era el país que más ayudaba a los protestantes de Flandes. Pero aunque la reina Isabel contara en el monarca español, siempre resulta más eficaz eliminar cualquier tipo de amenaza.

—Porreño, ¿no habrán influido en la decisión del rey don Felipe II las intrigas, rumores y calumnias que parece ser sembraron entre mi padre y él? ¿No creéis que Antonio Pérez tendría mucho que decir en este asunto? ¿Es descabellado pensar en la posible conexión

entre el asesinato de Juan de Escobedo, secretario de mi padre, y el supuesto envenenamiento de éste?

—Nunca, doña Ana, obtendremos las respuestas a todos esos interrogantes. Es posible que a don Felipe II le llegasen comentarios sobre la desmedida ambición de vuestro padre, pero eso no significa nada. Yo creo que los responsables del presunto envenenamiento del señor don Juan de Austria fueron los ingleses.

¡Pobre padre! ¡Qué corto fue su paso por este mundo!

Si viviera ahora, tendría setenta años, y mi madre doña María de Mendoza, sesenta y siete, aunque no estarían juntos ni yo podría disfrutar de su compañía. Pero en mis fantasías puedo imaginarme lo que hubiera sido mi vida con ellos a mi lado.

¡Dios mío!, son casi las dos de la madrugada. Recordar se ha convertido ya en una costumbre. Encontrarme a solas con mis sentimientos, evocando mi pasado y el de los míos, me ofrece consistencia, y este vino maravilloso libera mi imaginación llevándome a paisajes y ambientes que probablemente nunca conoceré.

Frecuentemente sueño con una hermosa isla de casas blancas. Hace calor. El sol abrasador no me molesta, todo lo contrario, me agrada, me infunde una energía desconocida. Jamás he visto un cielo tan azul. Camino por una calle muy estrecha flanqueada de construcciones bajas, de una sola planta. Hay flores en las ventanas. Todas las puertas aparecen cerradas. No se ve a nadie, es la hora de más calor del día y la gente se resguarda en sus casas.

Voy sola, subo por una callejuela muy empinada. Atrás he dejado la iglesia, también blanca.

Me dirijo hacia un promontorio desde el que se puede contemplar el mar en toda su amplitud. Es el lugar en que, en las noches más oscuras, se encienden hogueras para que la luz del fuego sirva de guía y avise a los navegantes de la proximidad de tierra.

Siento que la presencia del mar me envuelve en una especie de ensoñación fascinante.

Llevo como único vestido una túnica verde de gasa muy fina, y mi pelo brilla como el oro.

Estoy sentada cerca del acantilado y escucho la voz del mar. Es un susurro misterioso, monocorde, que me invita a conocer sus interioridades…

El contacto de una mano en mi hombro me sobresalta. Es Jacinta, que viene a buscarme. Le pido que se siente a mi lado y juntas disfrutamos del paisaje. Nos miramos y sonreímos, ¡es tan joven! Su presencia resulta estimulante. Somos felices.

Cuando el sol inicia su adiós, regresamos al pueblo. Vamos cogidas de la mano. Busco la casa en que vivimos y no puedo encontrarla. Miro a Jacinta y ya no está, se ha desvanecido, y entonces despierto llorando en mi cama.

Sólo he recordado el sueño y vuelvo a sentir en mi mano el calor de la suya. Me apena comprobar que no es más que una ilusión, pero ¿por qué me obsesiono de esta forma con Jacinta? ¿Qué siento por ella? ¿Cuál es la naturaleza de mis sentimientos?

Jacinta profesará dentro de un año como monja, y tiene auténtica vocación. No debo desviarla de su camino. ¿Por qué habrá cambiado tanto? Antes era muy distinta.

Recuerdo que en la fiesta de mi bendición como abadesa de Santa María la Real, las novicias realizaron diversas representaciones. Entre aquel grupo de futuras monjas se encontraba Jacinta, que destacaba por su gracia y belleza. Era tal su encanto, que el conde de Revilla se enamoró locamente de ella, pidiéndole relaciones, pues deseaba hacerla su esposa. Jacinta, tímidamente, lo rechazó y nunca más recordó el suceso ni presumió del éxito de su atractivo.

Era una muchacha normal con una alegría natural y una gracia innata que nos subyugaba a casi todos. Sin embargo, en los últimos meses casi siempre aparecía triste y melancólica, con la mirada perdida.

Debo acostarme, aunque antes me tomaré otra copita.

Desde que mi hermana, doña Juana, me hizo llegar unas botellas de malvasía me aficioné a su dulce y exquisito sabor. Dicen que fueron los cruzados quienes trajeron de la isla de Quío la variedad de uva de la que se extrae este vino. Me imagino su empeño para hacer

fructificar los sarmientos, en sus respectivos países, pues de ello dependía el poder volver a deleitarse con este néctar inigualable. Lo consiguieron. Y gracias a ellos hoy disfrutamos de este vino. Mi hermana lo descubrió en Sicilia. A mí, ahora, me lo envían de Cataluña, aunque también se produce en otros lugares de España.

Mi hermana vive muy feliz con su marido y su hija.

Si yo tuviera una niña, ¿qué nombre le pondría? ¿Magdalena? ¡No! La llamaría como mi madre, la única persona que me quiso, aunque yo no pueda recordarla: María.

Pero no he tenido ninguna hija ni nunca la tendré, mas hubo un tiempo en que se me atribuyó la maternidad de una hermosa niña. ¿Qué habrá sido de ella? Ya han pasado veintidós años. He prometido a mi hermana —nos escribimos frecuentemente— ayudarla a buscar un buen partido para su hija, Margarita.

Las relaciones de mi hermana con el rey, don Felipe III, son excelentes, pero yo también me encuentro en una posición relevante y podría influir para que eligiesen al mejor de los candidatos como marido de mi sobrina, Margarita Branciforte, la única nieta de don Juan de Austria.

VERANO DE 1621

23 de junio, cuatro de la tarde

Las hermanas doña Rosario Muñoz y doña María San Cristóbal estaban encaramadas en la fuente del claustro colocando unas guirnaldas, tejidas con ramas de sauce y olivo.

En una esquina del jardín yacían, en el suelo, unas cuantas rosas y verbenas recién cortadas así como jazmines.

Dos criadas llegaban portando un gran barreño lleno de agua.

—Dejadlo ahí mismo —gritó doña Rosario—, y podéis retiraros. Yo me ocupo de las flores.

La hermana doña Rosario lo controlaba todo en aquel día: organizaba los trabajos en la cocina, ideaba las reglas de los distintos juegos con los que siempre nos sorprendía, y decoraba el jardín del claustro para la fiesta de la noche. Una noche, la de San Juan, especial para ella y ahora también para nosotras.

Doña Rosario había disfrutado y participado en su tierra asturiana de muchas noches de San Juan. A pesar del tiempo que llevaba como monja profesa, no olvidaba esta tradicional celebración que tan común era en la mayoría de los pueblos, y que yo, al igual que otras hermanas, desconocíamos por haber sido encerradas en el convento desde la niñez.

Recuerdo que al poco tiempo de llegar doña Rosario al monasterio —venía trasladada de una de nuestras filiaciones—, nos contó distintas historias sobre la noche de San Juan que a mí me apasionaron, y decidí entonces autorizar la celebración de algunos de

los rituales relacionados con el agua de esta noche mágica. Y así, en medio del silencio conventual, cantamos rodeando la fuente, depositamos en el agua del barreño las flores para que por el sortilegio de la noche de San Juan la impregnen de sus mejores esencias. Después la utilizamos como bálsamo para la cara.

Con dulces, malvasía e inocentes juegos, pasamos la noche en vela. Todo para llegar despiertas al amanecer y poder ver la «flor del agua».

Nunca lo hemos conseguido. Según la hermana doña Rosario, sólo es visible unos instantes, porque la flor, que no es tal, consiste en el efecto maravilloso que los primeros rayos de luz del alba producen al reflejarse en la quietud del agua de las fuentes. Dice la leyenda que su contemplación entraña felicidad.

Es posible que este amanecer tampoco logremos hacernos con la «flor». Doña Rosario opina que aquí, en el monasterio, resulta muy difícil, pues no contamos con el ambiente adecuado. Ella la vio un día, pero en su tierra de Asturias.

Fue en un bosque, un lugar umbrío, misterioso. Asegura que al filtrarse la luz del alba entre los árboles y alcanzar la fuente, se transforma todo; jamás olvidaré, nos dice, la forma y luminosidad de la «flor del agua», ni a la hermosa mujer rubia, una *xana*, que salió de las profundidades de la fuente para observarla también.

La hermana doña Rosario nos entusiasmaba con sus fabulosos relatos. A veces nos escandalizaba al contamos cómo hombres y mujeres, completamente desnudos, se tiraban al suelo y rodaban sobre sí mismos por los prados para empaparse del primer rocío de la noche de San Juan. La «rosada», como la llaman en Asturias, tenía, según doña Rosario, propiedades curativas, lo mismo que el humo y las cenizas de las hogueras encendidas esa noche.

¡Resultaban tan sugestivas todas sus historias! Tal vez la más bonita y enternecedora fuera la protagonizada por las *ayalgas*, seres mitológicos, mujeres encantadas, bajo la apariencia de pequeñas lucecitas móviles. Se las puede ver a lo largo de todo el año, especialmente en las noches oscuras y en parajes solitarios. Nada se puede hacer por ellas porque están estrechamente vigiladas por los

cuélebres, especie de dragones que las mantienen fuera del alcance de los humanos.

Sólo en la noche de San Juan pueden las *ayalgas* ser desencantadas; los *cuélebres*, sus carceleros, están como hechizados por la magia de la noche y no prestan atención a sus prisioneras.

Para que se rompa el embrujo de las *ayalgas* es necesario que algún joven se decida a tocar la lucecita. Entonces ésta se transformará en llama, y si el joven consigue atravesar la llama con una rama de sauce, se destruye el encantamiento y aparece una hermosa mujer que le ofrece su belleza y amor, haciéndole feliz para siempre.

¡Y pensar que hubo un tiempo en que yo me identifique con las *ayalgas*! Igual que ellas, esperaba que alguien me liberara y me devolviera al mundo real. Ese alguien apareció una mañana. Era la del día de San Juan de 1594, ¡hace veintisiete años! Como a las *ayalgas*, la felicidad me sonreía después de esa mágica noche, pero la mía era una felicidad pasajera. Mis guardianes no se dejaban «hechizar».

Recuerdo que en la primavera de 1594, como casi todas las primaveras, después de haber alcanzado la pubertad, me sentí mal. Eran tantas mis ansias de vivir, de amar y de ser amada, que creía volverme loca; el pulso se aceleraba, los sofocos se sucedían sin descanso, y una fuerte tenaza me oprimía el pecho ahogándome.

El médico, como siempre, diagnosticó mi enfermedad de «ardores juveniles» propios de la primavera, y recomendó el remedio que todo lo curaba: sangrías.

Sólo después de sangrarme varias veces se calmaba mi cuerpo. Quedaba tan débil que casi no podía ni moverme. Debía permanecer durante un tiempo en cama.

El día de San Juan todavía estaba convaleciente y por ello me autorizaron a incorporarme más tarde a los rezos. Cuando me dirigía al coro, pude ver a nuestro vicario, fray Miguel de los Santos, con un hombre de mediana edad, rubio y fuerte. Me llamó la atención. Sus ojos eran como imanes que me atraían sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo. Aquellos ojos se convirtieron desde

ese momento en mi único horizonte. Apenas podía escuchar a fray Miguel, que intentaba presentarme al desconocido.

—Excelencia, doña Ana, quiero que conozcáis al nuevo pastelero de Madrigal. Se llama Gabriel de Espinosa.

Nada en su comportamiento ni en su apariencia revelaba su baja condición, sino más bien todo lo contrario.

Inclinándose en una ligera reverencia y acercando mi mano a sus labios dijo:

—Señora, sois tan hermosa que sólo por príncipes debéis ser amada.

Ruborizada, no supe qué contestar y con la cabeza muy erguida me fui pasillo adelante, sintiéndome ¡viva! por primera vez, y con un único proyecto: volver a ver al pastelero, o quien quiera que fuese aquel hombre que con sólo mirarme había dado sentido a mi existencia.

Pero ¿cuándo volvería a verle? ¿Se había interesado por mí, como creí, o serían imaginaciones mías? ¿Qué podría idear para que volviera de nuevo al convento?

No conseguía concentrarme en la oración. Mi mente estaba ocupada en otro tema. Era como una obsesión de la que no podía liberarme. Deseaba encontrarme con el desconocido y mostrarme más simpática que la primera vez.

Pedí ayuda a Dios. Él conocía bien mi interior y sabía que mi lugar no se encontraba en el convento. Me mortifiqué durante más de una hora, en silencio.

Cuando abandoné la capilla fui en busca de doña Luisa de Grado, la hermana en quien tenía depositada toda mi confianza.

—Doña Luisa, ¡me he enamorado!

—Excelencia, ¿os ha subido la fiebre? ¿Deliráis?

—Jamás me he encontrado mejor. Esta mañana, camino de la capilla, he conocido al hombre de mi vida.

—¿Dónde lo habéis visto? ¿Qué hacía un hombre en el convento?

—Salía de las dependencias de los frailes. Iba con fray Miguel de los Santos, nuestro vicario.

—Y ese hombre, ¿es de Madrigal?

—No, es forastero, aunque trabaja en el pueblo. Fray Miguel me lo presentó como Gabriel de Espinosa.

—¿El pastelero?

—¿Acaso le conocéis?

—Sí. Hace unos días me regaló unos dulces. Me preguntó por vos y me dijo que había servido al lado de vuestro padre, don Juan de Austria.

—¿Cómo que él conoció a mi padre? Necesito hablarle inmediatamente.

—Calmaos, doña Ana. No estaría bien visto que os interesarais por un hombre de su condición. Ya se presentará la oportunidad. Debéis ser muy cuidadosa, señora, y controlar vuestros impulsos.

—Mi querida doña Luisa, tenéis razón. Necesito tranquilizarme. Paseemos un rato juntas.

—Pero, excelencia, aún estáis débil.

—Ya no. Nunca me he sentido más llena de vida.

Pasaron algunos días, siglos para mí, sin que sucediera nada. Una tarde, durante el recreo, una de las hermanas de la comunidad comentó que había oído que el nuevo pastelero de Madrigal poseía una receta muy eficaz para quitar o disimular las marcas de la viruela.

Instintivamente, me llevé la mano a la cara. Nunca hubiera podido imaginar que aquellas pequeñas señales, dejadas por la enfermedad, y que tanto me afeaban, me iban a proporcionar la felicidad. Sí, ellas serían la excusa perfecta para volver a estar con aquel extraño, del que me había enamorado.

Doña Luisa me miraba sonriente, y cuando nos quedamos solas, me dijo:

—Ni se os ocurra hacer lo que estabais pensando. No, doña Ana, no digáis nada. Lo he leído en vuestros ojos. Yo pediré la receta a Espinosa y os la entregaré. Excelencia, no debéis exponeros a las críticas. Sabéis que hay algunas hermanas que no os quieren bien, y no es conveniente facilitarles el trabajo. Además, señora, sois miembro de la Casa de Austria y sería muy grave que os

relacionarais con una persona de baja condición.

Como siempre, mi querida doña Luisa me aconsejaba bien. No le importaba contrariarme con sus opiniones, pues sabía que yo nunca dudaría de su cariño, y esta certeza le permitía ser totalmente sincera conmigo.

Varias veces sentí la tentación de preguntarle a fray Miguel por su amigo, pero me contuve. No sé si era fruto de mi imaginación o qué, lo cierto es que notaba que fray Miguel me miraba de una forma extraña, y sobre todo, lo que había cambiado era su aspecto, parecía haber rejuvenecido varios años.

Yo también había experimentado un cambio: me arreglaba y cuidaba con esmero. Deseaba estar guapa, presentía que muy pronto volvería a ver a mi amor.

Doña Luisa me trajo la receta para las marcas de viruela y un paquete que el pastelero le rogó me entregase personalmente.

Pedí a doña Luisa que se quedara. Me sentía nerviosa y quería compartir con ella la emoción de aquel momento.

El hombre, al que tan sólo había visto una vez y del que estaba enamorada, me enviaba una cruz de madera con relicarios. ¿Qué significaba? ¿Era normal que una persona de baja condición, como decía ser, realizara aquel tipo de presentes? ¿Habría pertenecido la cruz a mi padre? La abracé y besé amorosamente.

—Doña Luisa, ¿qué debo hacer? ¿No creéis que ha llegado el momento de recibir en la grada al pastelero?

—Sí, tal vez, aunque antes os aconsejo que se lo comentéis a fray Miguel, que parece ser muy buen amigo de Espinosa, según los comentarios que circulan por Madrigal, donde aseguran haberles visto juntos muchas veces.

Aquella noche, después de darle muchas vueltas, llegué a la conclusión de que la cruz encerraba un significado que a mí se me escapaba. Intentaría obtener información de fray Miguel. Él era mi amigo. Gracias a mi influencia, lo habían nombrado vicario del convento de Nuestra Señora de Gracia la Real, de Madrigal. Fray Miguel guardaba los documentos que por su consejo yo había escrito y en los que declaraba haber profesado como monja en contra de mi

voluntad. Él, fray Miguel, siempre me aseguró que aquella declaración sería suficiente para que yo pudiera abandonar los hábitos.

Cuando a la mañana siguiente le abordé por el pasillo, me condujo a uno de los bancos del jardín y allí, muy sonriente, dijo:

—Excelencia, ya sabéis cuánto os aprecio. No deseo más que vuestro bien y estoy dispuesto para todo lo que gustéis mandar.

—Padre, ¿hace mucho que conocéis al pastelero? ¿Qué puede significar esta cruz?

Fray Miguel tomó la cruz en sus manos. Su expresión se demudó, y mirándome emocionado, me dijo:

—Doña Ana, esta cruz constituye una prueba, la prueba definitiva sobre la identidad de Gabriel de Espinosa, que no se llama así ni su profesión es la de pastelero. Me preguntabais si le conozco desde hace tiempo. La respuesta es sí. Hace años, en Portugal, mantuvimos una relación muy estrecha, pero yo, señora, no puedo ni debo descubriros quién se esconde tras el nombre de Gabriel de Espinosa. Será él quien os revele su secreto. Si vos queréis, doña Ana, yo puedo avisarle para que venga a veros a la grada.

Estaba asustada y feliz. Si no se trataba de un hombre de baja condición, nuestra relación ya no era imposible, pero ¿quién era Gabriel de Espinosa?

Doña Luisa de Grado y doña María Nieto, mis íntimas amigas, que a pesar de llevar apellidos distintos eran hermanas, me acompañaron toda la tarde y, al igual que cuando descubrimos mi verdadera identidad, también ahora nos juntamos para damos fuerza, unir nuestras energías ante aquello que desconocíamos.

Doña María, más tranquila e introvertida que nosotras, decía sentirse un poco asustada y temía que pudiera sucederme algo malo.

Yo no sentía ningún miedo. Sólo deseaba estar con mi amor y con mi futuro marido, porque si era una persona importante, como todo parecía indicar, podría liberarme de mis votos.

Doña Luisa desconfiaba. No sabía exactamente de qué, mas existía algo que la inquietaba. Me obligó a prometerle prudencia y se comprometió a ayudarme en todo.

Por fin llegó el ansiado encuentro. Nos entrevistaríamos en la grada. Doña Luisa me acompañaría.

Nunca consentí que me cortaran el pelo. Lo llevaba recogido en un moño, debajo de la toca, y cuando estaba en mis habitaciones lo dejaba suelto. Desde hacía un tiempo pasaba mucho rato cepillándolo. Lo tenía muy rubio y brillante. ¡Qué pena tener que ocultarlo!, pero mientras fuera monja así debería ser. De todas formas, la toca no me sentaba mal.

Después de nuestra entrevista, mis sentimientos se reforzaron. No cabía duda de que el supuesto pastelero era persona principal. Me habló de mi padre, al que consideraba el hombre más valeroso del mundo. Lo había conocido en Flandes, pocos años antes de morir.

Le pregunté por la cruz y me dijo que dentro de poco podría revelármelo todo, aunque de momento debía confiar en él y esperar a conocer la verdad.

Fray Miguel de los Santos favoreció nuestros encuentros, ayudándonos a mantenerlos en secreto. Siempre nos veíamos en la grada. Unas veces me acompañaba doña Luisa, y otras su hermana doña María.

Una tarde, aquel desconocido a quien amaba me pidió, por favor, que doña María se alejara un poco de donde nos encontrábamos, y entonces, mirándome fijamente, hizo que le prometiera que jamás le traicionaría, que nunca revelaría a nadie lo que iba a decirme.

Consiguió, a través de la doble reja del locutorio, aprisionar mi mano, y así me reveló quién era.

No podía ser posible tan gran felicidad. Al fin alguien importante cuidaría de mí. Me sacaría del convento para siempre, se casaría conmigo, y, además, me convertiría en reina, sí, en reina, porque el hombre que me amaba y al que yo adoraba era mi primo, el rey don Sebastián de Portugal.

—Aunque, señor, ¿cómo vais a ser don Sebastián si éste murió en la batalla de Alcazarquivir, el mismo año en que falleció mi padre, don Juan de Austria?

—Soy el rey don Sebastián. Doña Ana, no dudéis de mí. En Alcazarquivir quedé malherido y nunca me perdoné no haber muerto allí como la mayoría de mis hombres. Aún hoy no puedo asimilar la gran derrota a la que conduje a mi pueblo. Por ello, no quiero que se sepa de mi existencia. Debo cumplir el castigo que me he impuesto. Dentro de poco llegará el momento de poner fin a mi peregrinaje y entonces, doña Ana, podremos pensar en nuestro matrimonio, pero antes es preciso me sincere por completo con vos. Señora, tengo dos hijos. Uno, Carlos, vive en Portugal, y aquí, en Madrigal, está conmigo y con un ama, mi otro hijo, bueno, hija. Se llama Clara Eugenia y aún no ha cumplido los dos años. Me gustaría que accedierais a conocerla. Doña Ana, no os he dicho que son hijos naturales.

Aquello me enterneció. Por supuesto que deseaba conocer a la niña. Ella sería mi hija. La verdad es que cuando recuerdo este episodio de mi vida me irrita comprobar las curiosas coincidencias que hoy, pienso, no fueron tales, sino que obedecían a una cuidada y meticulosa preparación previa, pero aunque entonces las observé, no les di importancia; estaba viviendo la etapa más dichosa de mi vida. Era una enamorada que ardía en deseos de besar y acariciar al hombre amado.

La doble reja de la grada no nos impedía tocamos y nos amábamos así, con la fuerza del deseo en nuestros ojos y la esperanza de que llegaría el momento en que nuestros cuerpos se fundirían para siempre.

Mi vida se había transformado. La comunidad asistía curiosa al cambio efectuado en mi persona. Doña Luisa me reprendía cariñosa, rogándome disimulara un poco mi felicidad. Mas era imposible. Confiaba en mi primo don Sebastián y sabía que me amaba. Además, todas las dudas que pudiera albergar sobre su identidad, me las había aclarado fray Miguel de los Santos.

Cuando el padre vicario supo que don Sebastián me había revelado su verdadera identidad, habló sin tapujos.

Él conocía muy bien al rey don Sebastián, pues había sido su confesor en Portugal, y aunque su físico actual era muy distinto al del joven rey que él recordaba, fray Miguel atribuía el cambio al tiempo transcurrido y a las penalidades a las que estuvo sometido en su peregrinaje por el mundo.

Fray Miguel sabía que era el rey porque le había hecho determinadas confidencias que sólo don Sebastián podía conocer.

—La cruz que os ha dado —me dijo fray Miguel—, perteneció a su madre, la princesa doña Juana de Austria, que en gloria esté. Lo sé porque doña Juana dejó una idéntica a su hermano el rey don Felipe II, y además, excelencia, ¿no recordáis aquellas experiencias místicas de las que fui objeto?

Claro que las recordaba, y habían influido decisivamente en mí. Fray Miguel continuó.

—Sucedió el año pasado, después de que vos me pidierais que os encomendase a Dios y os orientara da cara al futuro. Yo ya conocía que no sentíais vocación religiosa. Recuerdo que la primera exterioridad se produjo al celebrar la Santa Misa; oí una voz que decía: «Déjala estar, que ansí la quiero». Rogué a Dios, Nuestro Señor, me aclarase qué significaba aquello y Dios me habló: «Yo tengo guardada a su excelencia para grandes cosas a mi servicio». Otro día vi en el altar la imagen del Monte Calvario, y a Cristo crucificado, y a un lado el rey don Sebastián y al otro su excelencia vestidos de blanco, y las coronas puestas en el suelo, y Dios me comunicó que debería uniros en matrimonio. Posteriormente se sucedieron más visiones, hasta que en la última Dios me reveló que sería el propio rey don Sebastián quien me confirmaría sus palabras. ¿Qué más prueba queréis, doña Ana? Don Sebastián ha llegado a Madrigal para dar cumplimiento a los designios divinos.

Los días discurrían felices y toda la comunidad participaba de la alegría de aquella niña que creían emparentada conmigo y que en realidad era la hija de don Sebastián. Clara Eugenia pasaba la mayor parte del día en el convento. Yo había accedido a la sugerencia de mi

amado, y trataba a la pequeña como a una hija. Ella correspondía llamándome madre.

Los tres meses de verano más prometedores y hermosos de mi vida tocaban a su fin. Corría la última semana de setiembre. Don Sebastián me había comentado que se acercaba la hora, pero antes de dar a conocer a todos su identidad debería ausentarse durante un tiempo de Madrigal.

Aquella tarde fue la tornera, doña María San Vicente, quien me comunicó la inesperada visita.

Don Sebastián me esperaba en la grada. Se le notaba inquieto.

—Doña Ana, vengo a despedirme, partiré esta misma noche. Voy en busca de mi hijo Carlos y también os traeré a vuestro hermano.

—¿A mi hermano? ¿Quién es? ¿Le conocéis?

Y entonces recordé aquella historia sucedida a los pocos años de conocer mi verdadera identidad. Sí, fue en el año 1586… Hasta el convento llegaron rumores de una peregrina que preguntaba por el monasterio donde vivía doña Ana de Austria. Afirmaba ser portadora de interesantes noticias para mí. Aquellos días yo no me encontraba muy bien, y además sospechaba que lo de las noticias no era sino un pretexto para verme y solicítarme algún dinero o alimento para el viaje, ya que iba camino de Santiago, por ello rogué a la madre priora, doña María Gaytán, la atendiera en mi nombre.

Doña Luisa de Grado acompañó a la priora, y las dos recibieron a la peregrina en la grada, mientras yo escuchaba escondida.

La joven, que no quiso decir su nombre, tendría unos dos años menos que yo. Sólo intentaba ver a doña Ana, y como viese que aquello no era posible, entre sollozos manifestó que no deseaba pedirle nada. Lo único que pretendía era darle noticias de un hermano que había sido secuestrado siendo muy niño por los moriscos en Jerez. La peregrina aseguraba que aquel niño y yo éramos hijos de los mismos padres.

Al pedirle doña Luisa que se descubriera un poco el rostro, pues apenas podía verla, la joven se fue llorando.

En aquel momento empecé a sospechar. ¿Y si fuera ella mi

hermano?

Más tarde, doña Luisa me comentó que la peregrina «tenía algunos semblantes y andares de hombre». No precisaba más datos. Me convencí de la existencia de mi hermano, y así pasé mucho tiempo obsesionada, pensando en que un día volvería la peregrina a buscarme. ¡Tanto deseaba una familia! Estaba sedienta de cariño y sólo con que aludieran a una posibilidad, por muy débil que fuera, la creía.

Pero don Sebastián era real, existía, estaba a mi lado, y hablaba de mi hermano y decía que le conocía.

—Doña Ana, en mi peregrinar por distintos países he pasado una larga temporada en Jerusalén. Allí coincidí con vuestro hermano. Es un joven valeroso y noble, que después de una niñez muy difícil (fue secuestrado por los moriscos) ha sabido encontrar su lugar en la vida. Él me habló de vos, me dijo que nunca os había visto, aunque estuvo en este convento hace muchos años. Vuestro hermano es el causante de que yo esté aquí. Vine a Madrigal para veros y hablaros de él. Lo que yo no podía imaginar, señora, es que me enamoraría de vos. Jamás, doña Ana, quise a nadie de esta forma. Sois tan hermosa. Mi alma os pertenece para siempre.

¡Mi hermano existía! Don Sebastián se encargaría de traerlo a Madrigal, los dos vendrían a buscarme. Por fin iba a conocer el lado bueno de la vida. Me aguardaban años de felicidad. Antes de despedimos le di un medallón con mi imagen y un mechón de cabello. Ansiaba estar a su lado para siempre.

Besándome las manos, me miró a los ojos. Yo respondí a su mirada con la misma intensidad; necesitaba sus caricias, quería abrazar su cuerpo, yacer con él.

Nuestras manos se negaban a separarse. Don Sebastián dijo muy bajo, casi en un susurro:

—Doña Ana, no nos mortifiquemos más. Volveré muy pronto y entonces no habrá rejas entre nosotros.

La hermana doña María no conseguía hacerme abandonar la grada. Después de la marcha de don Sebastián, me había quedado petrificada. ¿Cómo podría vivir sin verle?

La presencia de la niña en el convento me ayudaba. Clara Eugenia me quería como a una madre, y lo mismo que yo, echaba de menos a su padre. No habían pasado tres días de la marcha de don Sebastián y ya le estaba escribiendo. Qué imprudente puede llegar a ser el amor. La única precaución que yo tomaba era la de no firmar las cartas, aunque, ¿a quién le iban a interesar aquellos escritos de amor en los que mi alma quedaba al descubierto?

> «Suya soy, señor, ya lo sabe, y esta fe que le di guardaré como la del bautismo a vida y a muerte». «Ay, señor, y qué mal se sufre tanta ausencia y tanto como ella se hace sentir». «Envidia tengo de la gente que gozan de lo que yo sola sé estimar, pero qué maravilla que envidie las gentes quien trocara su ser hasta llegar a veros por ser calle u cualquier cosa de esa ciudad».
>
> «Vida mía, y mi señor, mire si le obedezco en escribirle tierno como me manda: Estímelo en mucho que así haría yo seguro si viese lo que me cuesta de vergüenza y colores».

¿Había enrojecido por recordar aquellas frases o eran los efectos del sol los causantes de que mis mejillas ardiesen?

Abrí los ojos y me asusté al ver la cara de la hermana doña Rosario, que me miraba.

—Perdonadme, reverenda madre, pero temo que se haga tarde. Deseo dejarlo todo terminado antes de los rezos de las siete. Me gustaría que dieseis vuestra conformidad a uno de los juegos de esta noche, el llamado, «Si fuera…». No he venido primero porque la hermana doña Jacinta, que estuvo a veros, dijo que os habíais quedado dormida mientras leíais en el claustro. Yo ni me he enterado de que estabais aquí. Este año las guirnaldas nos han dado más trabajo del habitual y con el ruido del agua me aíslo de todo lo que sucede a mi alrededor.

La hermana doña Rosario hablaba con las manos, con los ojos. Su expresividad era total. Si se quedase muda no tendría ningún

problema para hacerse comprender.

—Tranquilizaos, doña Rosario, aún queda mucho tiempo. ¿Decís que ha venido la hermana doña Jacinta? ¿No os ha dicho qué quería?

—No, ya sabéis cómo es. Nos enteramos de que os buscaba porque doña María se cruzó con ella y no le quedó más remedio que saludamos.

¡Mi querida Jacinta! ¿Qué quedaba de aquella hermosa joven que conocí nada más llegar a Santa María la Real?

No había transcurrido mucho tiempo desde entonces, pero sí el suficiente para que se produjese en ella un cambio profundo y definitivo.

Llegué a temer por su vida.

Después de las exterioridades vinieron los ayunos. Pasaba días enteros sin comer. Nunca tomaba ni carne ni pescado.

Recuerdo que yo, a escondidas, le daba huevos, y para que comiese las claras debía convencerla de que en la yema estaba la carne del ave, pero que la clara era la pluma.

Me daba mucha pena verla así, aunque ella aseguraba ser muy feliz; deseaba sufrir, hacer penitencia, ser solidaria con los dolores de Cristo en la Cruz, convertirse en digna esposa de Jesucristo.

Nunca olvidaré la desagradable escena, que tuvo lugar en su celda, de la que sólo yo fui responsable. Confieso que perdí los nervios. Estábamos en la Semana Santa de 1619. Jacinta ya había ingresado como monja de la comunidad cisterciense. Ella profesó en mis manos, el 4 de febrero de 1618.

Recuerdo que no quiso se celebrasen fiestas en su honor como era lo habitual en aquellos casos, porque Jacinta rechazaba todo lo superfluo, intentaba llevar al límite la mística de su vocación.

Yo le había sugerido pidiese a Dios, Nuestro Señor, cesasen sus exterioridades; no me agradaba que durante la Santa Misa toda la comunidad estuviese pendiente de las levitaciones de la hermana doña Jacinta: aquello amenazaba con convertirse en un espectáculo y yo no estaba dispuesta a consentirlo.

Al poco tiempo, las recomendaciones fueron efectivas; las

exterioridades de Jacinta cesaron y la comunidad volvió a la normalidad. Pero al llegar la Cuaresma, Jacinta comenzó a sufrir todos los viernes unos dolores tan fuertes que debía permanecer acostada.

El día de Viernes Santo, a media mañana, acudieron dos hermanas a la abadía. Estaban asustadas.

—Reverenda madre, no sabemos qué le pasa a la hermana doña Jacinta. Tiene heridas en las manos y sangra por la cabeza.

¿Jacinta estigmatizada? ¿Y si el demonio tenía algo ver en todo aquello? ¿Se habría producido ella misma las heridas? Salí corriendo hacia su celda, y allí la encontré rodeada de varias hermanas que la contemplaban hipnotizadas.

Por sus palidísimas mejillas, como si de lágrimas se tratase, resbalaba la sangre, sólo que no brotaba de sus ojos sino de debajo de la toca.

—¡Tiene que ser real! —grité—. Habrá heridas en su cabeza.

Ordené que inmediatamente le quitaran la toca y le raparan el pelo. Al mismo tiempo, mandé registrar la celda para tratar de localizar el supuesto instrumento con el que pudiera haberse herido.

Rebuscaron por todas partes y no encontraron nada. Además, en la cabeza de Jacinta no había ninguna herida ni marca de nada que hiciese brotar la sangre.

¡Dios mío!, ¿qué sucedía? ¿Cuál era el origen de aquella sangre? ¿Habíamos presenciado un milagro?

Pedí a las hermanas lo ordenaran todo y se fueran.

Me quedé a solas con Jacinta. Su aspecto recobraba la normalidad; los estigmas de las manos habían desaparecido y ya no sangraba. Yo la miraba, avergonzada, sin saber qué decirle.

Ella, sonriendo, trató de consolarme.

—Doña Ana, no os aflijáis. Siguiendo vuestros consejos, porque vos sois muy comprensiva, me han cortado el pelo con gran tiento, y no he sufrido. Doña Ana, no debéis preocuparos por lo que ha sucedido. Hace unos días, en la oración, Dios Nuestro Señor me ha dado un mensaje para vos. Era éste; «Dile a tu prelada que soy yo el que obro en ti».

Abandoné la celda de Jacinta sumida en gran confusión. Mis sentimientos, enfrentados: envidiaba a Jacinta porque estaba enamorada de Dios y se sentía correspondida. La odiaba por haberme colocado muy lejos de su corazón, ¡a mí!, su prelada y, además, ¡una Austria!, y la quería, la quería mucho porque era buena, pura, y merecía que todos la amaran por su autenticidad.

Después de aquel Viernes Santo la dejé tranquila. Las manifestaciones externas de su supuesta santidad fueron desapareciendo. El ejemplar comportamiento de la hermana doña Jacinta Navarro y su profunda religiosidad nos asombraban a todas, y es que la mayoría de nosotras, sin sentir ninguna vocación, habíamos sido obligadas por distintas circunstancias a vivir encerradas en un monasterio. De ahí que cuando observábamos que alguna elegía libremente aquel tipo de vida, no podíamos evitar un sentimiento de admiración y extrañeza. Pero la verdad era, aunque nosotras no lo comprendiéramos, que muchas jóvenes deseaban entregarse a los demás, a los pobres y necesitados, por amor de Dios.

Decían que eso le había sucedido a nuestra amada reina, que en gloria esté, doña Margarita de Austria. Según parece, cuando le comunicaron que ella había sido la elegida para casarse con don Felipe III, y convertirse en reina de España, lloró desconsoladamente tratando de convencer a su madre para que la dejasen ingresar en un convento y así poder seguir realizando labores caritativas.

A ninguna de las nueve o diez hermanas que participaríamos en la fiesta de la noche de San Juan nos atraía la vida religiosa; pero aquí estábamos. Todas llevábamos más de treinta años encerradas. Nos habían robado la vida y todo lo que ella conlleva: un marido, unos hijos, una familia…

Como compensación, nos permitieron seguir existiendo, pero de una forma muy limitada.

¿Cómo llenábamos el vacío de amor, de afectos? ¿Cómo calmábamos nuestra sexualidad?

Los médicos recomendaban sangrías, los confesores cilicios, y mi abuela, Bárbara Blomberg, aquella perversa y hermosa mujer que tanto sabía de amores, que había llevado una vida sin limitaciones ni frenos, que nunca quiso conocerme ni se interesó por mí, se atrevió en una de sus cartas a darme consejos para calmar la ansiedad dentro de los muros conventuales:

> Ana, si algún día lees estas cartas, como espero así sea, será que te han permitido abandonar la prisión, porque me imagino que, si sigues mucho más tiempo encerrada, no reunirás recursos suficientes para seguir viviendo. Aunque tú, Ana, eres fuerte, te pareces a mí, ya te lo dije en otra ocasión, y también eres ardiente. Me apena que te consumas en la soledad de un claustro. No me interpretes mal. No quiero hacerte daño sino ayudarte.
>
> ¡Si supieras cómo he cambiado! Ahora soy una vieja a punto de morir, pero sigo amando la vida y todavía intento disfrutar de ella, con muchas limitaciones, claro, aunque también mis deseos han disminuido.
>
> ¿Sabes, Ana?, la mayoría de los hombres sufren al comprobar cómo los años van limitando su actividad sexual. Sin embargo, las mujeres somos distintas; nos gusta seguir atrayendo a los hombres, y no nos desesperamos ante la ausencia de «placer» porque sabemos encontrarlo de muchas formas. Una simple caricia, un beso o un apretón de manos pueden hacemos vibrar.
>
> Sí, querida, con el paso del tiempo me he convertido en una sentimental.
>
> Como comprenderás, yo nunca me he enamorado platónicamente; siempre fui muy resolutiva en todos mis asuntos amorosos, pero pienso que para ti, Ana, un amor platónico o espiritual podría ser una solución…

Mi abuela, además de no quererme, se burlaba de mí. ¿Qué sabría ella de amores espirituales y de la vida en un monasterio?

Por supuesto que este tipo de amor «podría ser una solución», aunque no todas las personas estaban capacitadas para sentirlo. Yo era una de ellas.

Siempre recordaré a la hermana doña Carmen de Bobadilla. Cuando la conocí, a mi llegada a las Huelgas, tenía casi cincuenta años, pero en sus ojos negros aún brillaba una luz juvenil. Su talante

conciliador la había convertido en una de las religiosas más apreciadas dentro de la comunidad; todas las hermanas valoraban su criterio y respetaban siempre sus opiniones.

En seguida simpatizamos y nos hicimos amigas. Doña Carmen asistía a las veladas que organizábamos en mis dependencias. Ella era la más divertida. Cada día se inventaba una historia graciosa que contamos. Cuando no venía, todas notábamos su ausencia.

Una mañana, después de las primeras oraciones, en la capilla, sin pretenderlo, me fijé en la cara de la hermana doña Carmen y me impresionó su melancólica expresión. Pensé que tal vez en su diálogo con Dios había recordado o sentido algún viejo pesar, pero no me ocupé más de ello.

Sí empecé a preocuparme cuando, al día siguiente, paseando por el claustro, la vi arreglando unos rosales en el jardín. Sus movimientos eran mecánicos, su mirada perdida y su expresión reflejaba la misma melancolía. Además, hacía dos noches que no acudía a nuestras veladas. En el recreo de la tarde buscaría un pretexto para hablar a solas con ella.

—Son males pasajeros que igual que vienen se van. No he acudido estas noches para que no notaseis mi estado. No me encontraba con fuerzas para disimular.

—Doña Carmen, ¿estáis enferma? ¿Os ha visto el médico?

—No —dijo sonriendo—, no preciso médico. Nada puede hacer, es cuestión de días y se me pasará. No os preocupéis por mí, porque aunque ahora me sienta desgraciada, soy feliz y no me cambiaría por nadie.

Mi curiosidad iba en aumento. No tenía gran experiencia, pero casi me atrevería a afirmar que presentaba todos los síntomas de una enamorada.

—Hermana, las penas compartidas son más llevaderas. Es conveniente desahogar. Podéis confiar en mí, pues soy vuestra amiga y prelada. Jamás os traicionaré.

—Os vais a reír, doña Ana, pero no me atrevo a contaros la causa de mi dolor.

Se estaba ruborizando como una jovencita, y levantando los ojos

hacia mí, dijo:

—Hace dos días la persona a quien amo pudo hablar un rato conmigo, y me ignoró. Ello me ha destrozado el corazón.

—¡Doña Carmen, estáis enamorada! ¿De quién?

—Disculpadme, no os lo voy a decir. Sólo Dios y yo lo sabemos.

—Pero ¿cómo? ¿La persona que amáis no lo sabe?

—No. Yo amo en secreto y en silencio, y aunque nunca diga a la persona amada que la quiero, siempre me quedará la esperanza de que ella sienta lo mismo que yo o por lo menos presienta mi amor.

—¿Os conformáis con tan poco?

—¡Ay!, reverenda madre, cómo se nota que no sabéis lo que es el amor. Para mí, una sonrisa, una mirada, un gesto del ser amado, es suficiente. Gracias a este sentimiento que me hace feliz y desgraciada mantengo la ilusión: ¡me siento viva! Pensará que estoy loca, pero hace muchos años que experimento esta pasión. He sufrido y sufro mucho, aunque no concibo la vida sin este amor, un amor que sólo existe en mi deseo y en mi fantasía. Mas es tan emocionante y puro como el primer día y así será por siempre, porque no puede morir lo que nunca ha nacido a la realidad.

—Vuestro amor, doña Carmen, se asemeja bastante al amor místico.

—En cierto sentido, sí. Tanto en éste como en aquél, uno solo es el que ama, aunque, en el fondo, yo espero ser correspondida.

—Dios responde al amor. Él es Amor.

—Doña Ana, el amor de Dios únicamente lo perciben los elegidos. Yo debo confesaros que también me siento un ser privilegiado, porque mi amor me proporciona, incluso en los momentos difíciles, una profunda vida interior.

Después de aquella conversación no volvimos a hablar del tema. Nunca supe quién era la persona amada por doña Carmen de Bobadilla. Reconozco que algunos días me dediqué a observarla. ¿Sería el confesor? ¿El médico? ¿Alguno de los frailes? ¿Una hermana? ¿Sería yo? ¿Llegaría a conocer la persona interesada el amor que por ella sentía la hermana doña Carmen?

Cuando doña Carmen murió, la reacción de dos hermanas me

hizo sospechar que una de ellas podría ser, pero ¿cuál? Tal vez ninguna. Es posible que a las dos les sucediera lo mismo que a doña Carmen, y que sintieran por ella idéntico amor al que ella albergaba hacia no sabemos quién.

No consigo comprender cómo se puede amar de esa forma. Existen muchas posibilidades para facilitar pistas a la persona que despierta tu amor.

El juego de esta noche, «Si fuera…», es una buena fórmula para insinuarlo. Consiste en que cada una de las participantes escriba en dos papeles tres definiciones de una de nosotras comparándola con un árbol, una flor y un animal. En uno de los papeles deben figurar los nombres de la hermana descrita, y el de la autora de las comparaciones. La ganadora es quien acierte mayor número de «si fuera…», y se le conceden tres deseos.

Ya habíamos jugado en varias ocasiones, y algunas hermanas realizaban definiciones perfectas, aunque otras aprovechaban para declarar, de forma más o menos encubierta, el afecto o la aversión entre nosotras.

Por ejemplo, si en uno de los papelitos figuraba «roble, urogallo y lila» yo sabía que la autora era doña Rosario Muñoz y la persona definida yo.

Acertaba porque la conocía muy bien. Doña Rosario prefería el roble porque lo identificaba con su tierra, Asturias, y significaba, para ella, fortaleza. Había idealizado al urogallo por su comportamiento a la hora de morir. La lila representaba la delicada y tenue belleza de lo evanescente. Y como me admiraba y quería, éramos muy amigas, deseaba lo mejor para mí. Doña Rosario no disimulaba su afecto y me distinguía en todo momento con sus atenciones. Nunca definiría como enamoramiento lo que la hermana doña Rosario sentía sino más bien como una amistad «posesiva».

Pienso que la amistad siempre conlleva la exigencia de una atención personal, y a veces aparecen los «celos». Celos inocentes al creer que esa preferencia, implícita en la amistad, se desplaza hacia otra persona.

Eramos casi ancianas y nos comportábamos como adolescentes

ansiosas de cariño. Necesitábamos manifestar, de alguna forma, nuestra afectividad.

> Ana, creo que nunca serás una buena monja. Es imposible —ya te lo he dicho en otras cartas— que llevando mi sangre te conformes con la vida monástica.
>
> La espiritualidad y el misticismo siempre te resultarán metas inalcanzables. No puedes vivir de fantásticas y maravillosas ilusiones, necesitas el contacto humano, el calor del cuerpo deseado.
>
> No pretendo recrearme en tu desgracia, intento enfurecerte para que trates de buscar una solución a tu vida.
>
> Estoy convencida de que me desprecias y no te falta razón. Me has escrito varias cartas y jamás te he contestado; necesitabas mi apoyo y te lo he negado. Sin embargo, en los últimos años de mi vida pienso en ti, sí, Ana. Por ello decidí escribirte, con la esperanza de que un día, cuando yo ya no exista, puedas leer todas estas cartas escritas sólo para ti.
>
> Es probable, Ana, que si tú hubieras ocupado una posición social destacada, y estuvieras cerca del poder, yo alardearía de ser tu abuela. Entonces sí que nos habríamos conocido.
>
> He sido y soy muy egoísta, la vida me ha ido moldeando poco a poco, únicamente me quiero a mí misma. Por ello, cuando enviaste a tu criado, Juan de Roderos, a mi casa de Colindres, pensé en las repercusiones que podría acarrearme su presencia, y decidí denunciarle a la justicia. Aquel asunto en que te habías metido era peligroso.
>
> Me gustaría, antes de morir, enterarme de la verdad de lo sucedido, pero ya sé que es imposible. ¿Quién era realmente el supuesto pastelero? Si fuera un hombre de condición humilde, tú lo habrías descubierto al observar su comportamiento. ¿Es cierto que deseabais la muerte del rey don Felipe II para ocupar el trono portugués? ¿De quién era hija la niña? ¿Amabas al pastelero? ¿Es verdad que le traicionaste? ¿Lo hiciste para salvarte tú, por despecho al saberte engañada, o por ayudarle a él?

Me conozco de memoria las cartas de mi abuela. Recuerdo que cuando leí ésta la odié más que nunca. La herida aún no había cicatrizado, y la verdad a veces resulta dolorosa. Porque yo traicioné al hombre de quien estaba enamorada, y lo hice por todo lo que apuntaba mi abuela.

Hace mucho tiempo que no pienso en lo sucedido en aquel terrible proceso.

Uno de los primeros favores que le pedí al rey don Felipe III, una vez nombrada abadesa de las Huelgas, fue que ordenase la localización de los papeles que sobre mí no habían sido incluidos en el expediente del juicio, y que se hallaban en poder de algunos de los personajes intervinientes en el proceso.

Aquellos documentos en los que se recogían muchas declaraciones, la mayor parte de ellas falsas, podrían hacemos mucho daño si llegaban a manos de personas sin escrúpulos.

¡Cuántas mentiras se vertieron en el juicio!

Sólo yo dije la verdad. Lo hice hasta que comprobé que ésta no interesaba a nadie.

No había transcurrido una semana desde que yo escribiera a don Sebastián aquellas cartas de amor («Ay, señor, y qué mal se sufre tanta ausencia y tanto como ella se hace sentir»), cuando llegó al convento el rumor de que Gabriel de Espinosa, el pastelero, había sido detenido en Valladolid.

Tenía que ser un error, entre otras razones porque don Sebastián estaba en Burgos. Ese era su destino al marcharse de Madrigal. Él me lo dijo, así que no debía dejarme influir por falsos rumores.

Esa misma tarde la hermana doña Leonor Frías llegó corriendo a mi celda. Venía muy nerviosa.

—Excelencia, un representante de la justicia solicita veros. Os espera en la grada.

Mientras me dirigía al locutorio, se agolpaban las preguntas en mi cabeza: ¿Sería cierto el rumor? ¿Qué podría haber hecho don Sebastián? ¿Por qué deseaban hablarme a mí?

—Señora, la noche pasada prendimos a un hombre que dice ser vuestro repostero, Gabriel de Espinosa, en cuyo poder se hallaron joyas que, según asegura, le fueron entregadas por vuestra excelencia.

—Sí, sí, es cierto. Espinosa está a mi servicio y yo le he dado esas joyas. Decidle al juez que libere al prisionero porque ha dicho la verdad.

¿Qué hacía don Sebastián en Valladolid? ¿Cómo se habían enterado de que llevaba las joyas? Pronto lo aclararía. Recuerdo que al irme de la grada acudí en busca de fray Miguel de los Santos, segura de que él podría aclararme lo sucedido. De todas formas, el asunto estaba zanjado. Don Sebastián abandonaría inmediatamente la cárcel. Eso es lo que yo creía.

De ahí mi asombro cuando don Rodrigo de Santillán, alcalde del Crimen de la Audiencia de Valladolid, se presentó a los pocos días en Madrigal, violando las normas que impedían la entrada en clausura con la pena de excomunión y, argumentando que en el monasterio se conspiraba contra el rey, registró mi celda.

—¡Orden del rey don Felipe II! —me gritó al tratar de impedírselo.

¿Qué estaba pasando? Me dejaron confinada en la capilla de mis aposentos y se llevaron detenido al padre vicario, fray Miguel de los Santos.

También la niña, Clara Eugenia, y el ama, fueron alejadas de Madrigal.

Cuando los alguaciles abandonaron el convento, en mi mente sólo se repetían las dos frases de Santillán: «En este monasterio se conspira contra el rey» y «¡Orden del rey don Felipe II!»…

¡Dios mío! Tenía miedo, un miedo sobrecogedor. El rey don Felipe era mi amo y señor. La vida daría por él, le consideraba mi padre; pero sus decisiones me atemorizaban.

¿Qué había sucedido para que el propio monarca interviniese en el proceso? Cómo iba a sospechar yo que el llamado «Proceso del pastelero de Madrigal» conmocionaría el reino. —El padre Goldáraz, provincial de la orden agustina, a la que pertenecíamos las monjas del convento de Nuestra Señora de Gracia, asumió la investigación de la jurisdicción eclesiástica en el juicio.

Fray Goldáraz tenía buenas intenciones, deseaba ayudarme. Él me contó con exactitud qué había pasado.

—Parece ser, doña Ana, que Gabriel de Espinosa estaba viviendo en una posada en Valladolid. Un día, al salir para acudir al teatro, la mujer de uno de los criados observó que Espinosa llevaba

una sortija con la efigie del rey don Felipe II y emocionada exclamó:

»—Conozco el rostro que aparece en vuestra sortija, es el rey.

»—Tu amo —le contestó Espinosa.

»—Vuestro también —respondió la criada.

»—¡Amo mío, no! —dijo Espinosa.

»La criada se quedó muy sorprendida y empezó a sospechar de Gabriel de Espinosa.

»Se preguntaba quién podía ser en realidad, porque no comprendía cómo un pastelero poseía una sortija como aquélla, y además se expresaba en términos semejantes acerca del rey.

»Después de contárselo a su marido, y aprovechando que Espinosa no estaba en la posada, registraron su habitación y encontraron joyas y objetos de mucho valor.

»Ya no lo dudan; Gabriel de Espinosa tiene que ser un ladrón, y lo denuncian a la Justicia, que inmediatamente lo prende.

»Cuando le toman declaración, Espinosa afirma que todas las joyas os pertenecen, doña Ana, y que él es vuestro repostero, que muchas de las alhajas eran para empeñar y otras para arreglar o aderezar.

»Con vuestra declaración, señora, el asunto parecía cerrado, y cuando ya le iban a poner en libertad, interceptan unas cartas dirigidas al tal Gabriel de Espinosa, que lo han complicado todo.

»Don Rodrigo de Santillán, el alcalde del Crimen de la Audiencia de Valladolid, sospecha de vos, cree que sois la autora de las cartas, aunque no se explica por qué una Austria, y además monja profesa, puede tener trato con un hombre como Espinosa y llamarle señor. Y en este punto, doña Ana, es cuando comienzan las dudas. Santillán y los otros jueces se preguntan si las cartas van dirigidas, en realidad, a Espinosa o si éste es un simple intermediario, y si es así, ¿quién es el auténtico destinatario de las cartas? También se baraja la hipótesis de que Espinosa sea un personaje encubierto.

»Otra de las cuestiones que les preocupa es la existencia de una niña llamada Clara Eugenia. Doña Ana, debo deciros todo para que podáis defenderos: se sospecha que esa niña pueda ser hija vuestra y

del caballero a quien van dirigidas las cartas. Esta conjetura no es tan clara leyendo las letras que se suponen de vuestra excelencia, pero sí se deduce de las escritas por fray Miguel de los Santos, que fueron interceptadas junto con las otras. Más o menos, doña Ana, fray Miguel dice: "Mi señora ha estado estos días con mucha melancolía. Todo lo hace la ausencia de vuestra majestad. La niña está, a Dios gracias, muy buena. Su madre la manda traer a su casa, cuasi cada día, y la tiene y la regala; al fin como tal madre a tal hija".

¡Habían descubierto las cartas! Nunca podrían probar que eran mías. No estaban firmadas. No debía preocuparme porque cuando se conociera la verdadera identidad de Gabriel de Espinosa, todo se solucionaría. Él era don Sebastián, sobrino de su majestad el rey. Yo permanecería callada. Cumpliría lo prometido a don Sebastián y no revelaría su secreto.

El padre Goldáraz me contó que don Rodrigo de Santillán, ante lo misterioso de las cartas, había decidido enviárselas al rey.

—Santillán cree —me dijo el padre Goldáraz— que Gabriel de Espinosa es un intermediario, y basa su afirmación en el tratamiento que fray Miguel de los Santos utiliza en sus cartas: «… todo lo hace la ausencia de vuestra majestad». ¿Cómo se va a dirigir al pastelero llamándole vuestra majestad? ¿Quién era el destinatario de las cartas? Debo aclararos, doña Ana, que la presencia del padre vicario, fray Miguel de los Santos, complica el asunto. Ya conocéis, excelencia, las implicaciones políticas de fray Miguel, hace unos años, en Portugal. El rey ha autorizado a don Rodrigo de Santillán a llegar al fondo de este embrollo. Su majestad está especialmente interesado en conocer la verdadera identidad de la niña y así nos lo ha dicho: «… conviene averiguar quién es la madre de la hija, y el padre, y esto se les escriba que procuren averiguar, y si no pudiere ser de otra manera será menester apretarlos». «Creo que se habrá de apretar al Espinosa quando esté para ello, y aunque es bien la brevedad, no tanta que por ello se deje de hacer lo que conviene… y tengo por de mucha importancia para todo averiguar cuya es la hija, que si se dan buena maña yo creo que lo averiguarán».

»Doña Ana, debéis declarar todo lo que sepáis, porque aunque el

rey ha pedido a Santillán que no se os haga daño, como sobrina suya que sois, presiento que no se detendrán hasta conseguir la verdad. Podéis sinceraros conmigo. Yo os ayudaré.

Al padre Goldáraz le dije verdades a medias; le conté que había entrado en contacto con Gabriel de Espinosa porque él conocía una receta para borrar las marcas dejadas por la viruela. Que lo había recibido en la grada, pero siempre acompañada por alguna hermana, y que nunca le había escrito cartas.

Mentí porque detestaba que aquellas personas pudieran tener la confirmación de que yo era la autora de las frases de amor reflejadas en las cartas. Esperaba que don Sebastián desvelara pronto su auténtica identidad para que cesara todo el cúmulo de malentendidos, y quedara muy claro que yo no me relacionaba con hombres de baja condición.

En cuanto a lo de la niña, dije la verdad que yo conocía. Clara Eugenia era hija de Gabriel de Espinosa, pero el nombre de la madre lo ignoraba.

El padre Goldáraz tomó declaración a todas las hermanas de la comunidad. Unas inventaron, otras exageraron y las más afines a mí se callaron algunas cosas.

En el pueblo decían que el pastelero Espinosa nos había embrujado «poniéndonos hechizos en los pasteles».

Al final de la investigación, el padre Goldáraz recomendaba olvidar el asunto por considerarlo de poca importancia, y sobre todo porque creía que la imaginación de las monjas jugaba un papel muy importante en toda la historia.

No debemos olvidar, y conviene tenerlo en cuenta, decía el padre Goldáraz, que todas estas mujeres viven desde hace mucho tiempo encerradas en un convento, sin ningún tipo de alicientes, y este asunto las ha trastornado un poco.

¡Y hasta qué punto! Muchas de las hermanas, cuando conocieron las intenciones del padre superior, Goldáraz, escribieron a otros conventos pidiendo que continuara la investigación hasta descubrir toda la verdad.

Don Rodrigo de Santillán, alcalde del Crimen, el hombre del

rey en el proceso, acudió a Madrigal para interrogarme.

Durante dos días, más de diez horas cada uno, me estuvo tomando declaración Santillán. Es verdad que fui yo quien se negó a realizar un descanso para comer, pues deseaba terminar cuanto antes.

Me sentía humillada, aun cuando don Rodrigo de Santillán se mostraba amable.

Le conté idéntica versión que al padre Goldáraz, pero no era lo mismo; mi superior quería ayudarme, y a Santillán yo no le importaba. Sólo buscaba verdades que le convencieran.

Su insistencia me estaba volviendo loca.

—¿Habéis escrito vos estas cartas? ¿Os confesáis su autora? ¿Quién es Gabriel de Espinosa para que le llaméis señor? ¿Quién es el verdadero destinatario de las cartas? ¡Confesad, doña Ana! ¿Es esta vuestra letra?

No podía soportar por más tiempo aquella presión y cometí un error.

—Don Rodrigo, dejadme ver las cartas.

En cuanto las tuve en mi mano, comencé a romperlas. Santillán, con una rapidez increíble, impidió que las destruyera.

Lo único que había conseguido con mi reacción incontrolada fue descubrirme. Don Rodrigo de Santillán ya no dudaba: yo era la autora de las cartas, aunque seguí negándolo.

El escándalo era imparable. Mi honra andaba de boca en boca, y yo debía permanecer en silencio porque así se lo había prometido a don Sebastián; «la fe que le di guardaré a vida y muerte». Estaba dispuesta a cumplir mi promesa, pero no me explicaba qué hacía don Sebastián en Valladolid habiéndome dicho que se iba a Burgos, y lo que no entendía era por qué no revelaba su identidad para poner fin a todos los rumores.

Cada día se complicaba más la situación. El padre Goldáraz fue retirado del caso y en su lugar designaron, como juez apostólico de la causa, al inquisidor Juan de Llano Valdés, que llegaba dispuesto a interrogar a toda la comunidad de nuevo y con poderes para utilizar ciertos métodos persuasivos.

La tensión a que estábamos sometidas era tremenda. Además, mi criado, Juan de Roderos, a quien había enviado a Colindres cuando se inició el proceso para esconderse en casa de mi abuela, se encontraba en poder de Santillán. Mi abuela no quiso complicarse la vida, actitud muy propia de ella, y denunció a Roderos al día siguiente de tenerlo en casa.

En sus declaraciones, Juan de Roderos contó la verdad: que yo había enviado, a través de él, ropa para Gabriel de Espinosa, y también dinero para el viaje que iba a realizar.

El escándalo crecía. Fue entonces cuando solicité autorización del rey don Felipe II para escribirle una carta y contarle toda la verdad sobre Gabriel de Espinosa.

> Yo, doña Ana de Austria, que he sido requerida por don Rodrigo de Santillán, alcalde de Valladolid y juez de su majestad, para que le diga lo que sé de un preso que tiene, que se hizo llamar Gabriel de Espinosa, digo, confieso y declaro ahora, por lo que debo a mi conciencia y al gusto de su majestad, que yo estimo en tanto, que dicho preso es el rey don Sebastián, y que de esto tuve muchas evidencias. Revelo esto por acallar el escándalo que en esta casa hay de pensar que yo trataba con un pastelero.

Con esta declaración traicionaba la palabra dada a don Sebastián, al que había asegurado que nunca desvelaría su secreto; pero era necesario. No debíamos prolongar más aquella situación.

Esto me lo decía para tranquilizarme porque no me sentía bien conmigo misma, y por ello rogué a don Rodrigo de Santillán me permitiese ver al prisionero, pues necesitaba explicar a don Sebastián el porqué de mi proceder, decirle que le amaba, que añoraba su presencia.

Nada conseguí de Santillán. El alcalde del Crimen siempre se negó a que yo pudiera ver al prisionero. Pregunté entonces al juez apostólico, Juan de Llano Valdés, si él podría entregar a don Sebastián una carta. Me aseguró que sí.

Era a finales de octubre de 1594. Aún no había transcurrido un mes desde que nos separamos. Recuerdo que don Sebastián me dijo: «La próxima vez que nos veamos, no habrá rejas entre nosotros». ¡Dios mío!, ¿cuándo volveríamos a estar juntos?

> Cosa clara es que no se muda la hoja del árbol sin la voluntad de Dios y es de creer, señor, que quien cuida tanto de todas las criaturas tendrá particular cuenta con las que son de más importancia. Así, creo que ha sido providencia suya todo lo que ha sucedido en estos negocios, aunque por camino áspero, para acabar aquí otros quizá mayores. Para este fin ha servido que sepa su majestad que vos sois, señor, el rey don Sebastián, su sobrino. Os suplico por un solo Dios que digáis a su majestad y a estos señores ministros que sois el rey don Sebastián, como a mí y al padre fray Miguel lo confesasteis, pues no tenéis otro remedio que éste bajo el cielo. Creed, señor, que su majestad, como gran cristiano que es, no sólo no se ofenderá, sino que tendrá esto en muy buena dicha. Y pues nunca tratasteis de ofenderle, no tratará sino de daros gusto, como es de razón. Y si el mundo, que no sabe quién sois, me levanta muchos testimonios de infamia por haberos hablado y deseado servir como a mi primo, que yo estimo en tanto, justo es que pueda con vos esto que os suplico y me es tanta necesidad.

Me quedé mucho más tranquila y esperanzada ante la reacción que esperaba de don Sebastián.

Sin embargo, la hermana doña Luisa de Grado, mi amiga, estaba nerviosa. Me decía que aquel asunto no iba a tener un final feliz. Presentía que a nosotras nos separarían para siempre.

—Doña Ana, Gabriel de Espinosa o, bueno, don Sebastián, no me gusta. Nunca me he fiado de él. ¿No os parece muy extraño que no aclare quién es?

—Sus razones tendrá, doña Luisa. Don Sebastián sabe muy bien lo que debe hacer.

—¿Estáis segura de lo que decís? Fray Miguel sigue en la cárcel. Vos continuáis confinada en la capilla. Ya conocen que sois los autores de las cartas, y se han aclarado las dudas sobre el destinatario. Ahora ya saben por qué utilizabais el tratamiento de vuestra majestad; se trataba del rey don Sebastián. ¿No os

preguntáis, doña Ana, por qué no os han dado la libertad? Estoy segura de que hay algo más que desconocemos y que no es nada bueno, lo sé.

Al quedarme sola, intenté consolarme con el recuerdo de don Sebastián. Le quería mucho, pero empezaba a dudar de él. ¿Por qué no había contestado a mi carta? Era intolerable que siguiera sin desvelar su identidad después de lo que le había escrito. ¿Y si no le entregaron mi carta? Aquella misma noche volví a escribirle:

> Por otra que os escribí por mano del Dr. Juan de Llano, que no sé si ha llegado a las vuestras, os signifiqué, señor, el trago que paso de vemos yo y tantos inocentes, en este estado, y más de ver así a vuestra persona, que es lo principal para mí, pues está de suerte que, si no es aprovechándoos de ésta, podéis perder la esperanza de vida, la cual debéis querer conservar para servicio de Dios, que entiendo que ha traído a este punto la situación para ablandar la dureza de vuestro corazón y deshacer este ensayo. Así, os suplico por cuanto puedo que os declaréis con don Rodrigo Santillán diciéndole quién sois, pues su majestad y sus ministros tendrán mucho contento de que vos seáis mi primo, el rey don Sebastián, y fío de la cristiandad de su majestad que, sin respeto humano, os recibirá con el mismo amor que si fuerais hijo suyo, pues vos nunca tratasteis de ofenderle ni habéis hecho cosa por la que su majestad deje de hacer lo que es justo.
>
> Vos, señor, lo debéis a mi honra, que es caso piadoso lo que de ella se dice sólo por haberos yo deseado servir y querido y estimado como mi primo; y siéndolo vos, esto bastará para que acudáis por ella, que sólo pende de aclarar quién sois vos con la prudencia que os conviene, haciendo ánimo contra esta fortuna, que quizá Dios la ordenó para que no parecieseis vos en ella.
>
> Y porque no estoy para más, ceso rogando a Nuestro Señor que haga como quien es y os guarde como deseo, desde esta casa, mi cárcel, a 23 de noviembre de 1594.

Las Navidades de aquel año iban a ser muy tristes. Yo las había imaginado como las más felices de mi vida. Don Sebastián me aseguró al despedirse que en el mes de diciembre vendría con mi hermano a buscarme, y juntos abandonaríamos el convento. Sin embargo, qué distinta era la realidad. Él se encontraba prisionero en

la cárcel de Medina y yo en el monasterio de Madrigal. Nuestra situación no solamente no había mejorado sino, incluso, empeorado.

La hermana doña Luisa de Grado no se equivocaba: «Algo raro sucedía».

Fray Miguel de los Santos, el padre vicario, había afirmado en sus declaraciones, como yo, que Gabriel de Espinosa era el rey de Portugal, don Sebastián.

Les dijo a los jueces lo mismo que a mí; «que el supuesto pastelero conocía detalles de la vida de don Sebastián que sólo el interesado y él, que había sido su confesor, podían saber».

Todo parecía aclarado pero seguíamos detenidos, y don Sebastián no contestaba a ninguna de mis cartas.

El inquisidor, Juan de Llano, volvió a tomarme declaración, y lo mismo hizo con el resto de hermanas. Se endurecieron las medidas: doña Luisa de Grado y doña María Nieto, mis íntimas amigas, fueron encerradas en el monasterio, igual que yo.

En tanto la justicia decidía qué hacer con nosotras, algunas monjas de la comunidad se ofrecieron a ser nuestras carceleras.

Fueron días terribles, llenos de incertidumbre. A veces me sorprendía con un sentimiento de odio hacia don Sebastián que me asustaba. Me había ilusionado, enamorado, para después condenarme al olvido. La ausencia de mis amigas me afectaba de forma especial en aquellos momentos. La soledad me dolía.

Una mañana, el doctor Juan de Llano vino a verme. Era afectuoso y se compadecía de mí. Le había observado cuando me interrogaba y lo hacía como pidiéndome perdón. Su actitud me llevó a extremar mi amabilidad, consiguiendo ponerle de mi lado.

Aquella mañana, su aspecto, aunque intentaba disimularlo, era de preocupación. Me permitió abandonar momentáneamente la capilla donde permanecía confinada, y nos fuimos a una pequeña habitación.

—Doña Ana, voy a pedir que nos sirvan café y unos dulces, el de membrillo que hacéis en el convento es delicioso. Quiero hablaros con calma. Ya sabéis que os apoyo. Sé que estáis sufriendo, y estoy convencido de vuestra inocencia. No sois más que una víctima de la

patraña urdida por fray Miguel de los Santos.

—¿De qué patraña habláis? Decís estar convencido de mi inocencia. ¿Qué pecado he podido cometer?

—Excelencia, el padre vicario, en quien vos tanto confiáis, os ha engañado haciéndoos creer que Gabriel de Espinosa es el rey de Portugal.

—Por favor, doctor de Llano, ¡cómo os atrevéis! Mi primo don Sebastián existe, él me ha revelado su verdadera identidad. ¿No le habéis entregado las cartas?

—Doña Ana, sosegaos. Después de muchos interrogatorios, Espinosa ha negado constantemente ser don Sebastián, y ha afirmado que vos y fray Miguel tanto se lo repetíais que llegó a creérselo, aunque debo expresaros mi sorpresa porque Gabriel de Espinosa no quiere decir quién es. Asegura que su verdadera identidad no la conoceremos nunca porque él no está dispuesto a revelarla.

—¡Dios mío!, decidme que no es verdad lo que acabo de oír. Él iba en busca de su hijo y de mi hermano.

—Gabriel de Espinosa, o quien sea, aseguró que nunca pensó en volver a Madrigal. Os engañó, doña Ana; no estaba en Burgos como vos creíais, sino divirtiéndose en Valladolid con el dinero que vos le habíais facilitado. No conoce a ningún hermano vuestro. Todo fueron argumentos falsos para convenceros.

—¡Para convencerme!, ¡¿de qué?!

—Primero, les interesaba conseguir vuestra confianza y ayuda económica, y después asegurarse un apoyo seguro para el futuro. ¿No sabéis, doña Ana, que desde la muerte de don Sebastián han aparecido en distintos lugares muchachos que afirmaron ser el desgraciado rey portugués? Cuando la verdad es que don Sebastián falleció hace casi diecisiete años…

Hacía verdaderos esfuerzos para no llorar. Me negaba a creer lo que el doctor Juan de Llano me decía. ¡Don Sebastián me amaba! Siempre me amaría. Lo que pasaba era que tenía miedo, sí, eso era, no quería descubrir su identidad por temor a su tío, el rey don Felipe II, y por ello mentía.

Me costaba articular unas cuantas palabras seguidas.

—Doctor, si don Sebastián está muerto, y además Espinosa ha dicho que él no es, ¿por qué prosiguen con el juicio? ¿Por qué no nos dejan en libertad?

—El asunto, doña Ana, es políticamente peligroso. Debéis tener en cuenta que muchos portugueses estarían dispuestos a dar crédito a un impostor con tal de liberarse del dominio español. Es normal que el rey, don Felipe II, se ocupe personalmente de este tema y que haya ordenado una investigación exhaustiva. El hecho de que nunca haya sido localizado el cuerpo de don Sebastián hace prosperar la leyenda. ¿Conocéis la historia de don Sebastián?

—Algo sé. El padre vicario me habló de ella.

—Sí, pero fray Miguel de los Santos en este tema es poco fiable. Yo os la contaré. Es verdad que si don Sebastián viviera ahora tendría cuarenta años, más o menos la edad de Gabriel de Espinosa; pero no puede ser él porque existen algunos aspectos de la personalidad de Espinosa que no concuerdan con la de don Sebastián.

»Como bien sabéis, doña Ana, don Sebastián fue el único hijo del príncipe portugués, don Juan Manuel, y de la infanta castellana, doña Juana de Austria. Creció bajo la atenta mirada de su abuela, la reina Catalina, debido a que su madre fue requerida por el emperador para hacerse cargo del gobierno de Castilla, mientras su hermano, don Felipe, viajaba a Londres para casarse con María Tudor.

»Es curioso el paralelismo existente entre la vida del rey don Sebastián y la de su primo el príncipe don Carlos. Los dos se vieron privados del afecto materno —la madre de don Carlos, la princesa María, murió a consecuencia del parto—; los dos presentaron problemas mentales importantes, los dos murieron jóvenes. Uno se suicidó, con la presumible intención de que su padre, don Felipe II, apareciera como responsable de aquella decisión, y el otro arrastró a su pueblo a una batalla desesperada, en un intento de emular las grandes hazañas bélicas de la historia. Deseaba demostrar al mundo su valor y hombría.

»Los dos eran hijos de primos, y nietos de hermanos, es decir, su abuelo, Carlos V, era hermano de su abuela, la reina Catalina, y su abuela, la emperatriz Isabel, era hermana de su abuelo, el rey Juan III. Sus padres, por tanto, compartían los mismos abuelos, de modo que ellos, en vez de tener ocho bisabuelos, como sucede normalmente, sólo contaban con cuatro. Mezclar la misma sangre tantas veces puede resultar peligroso, y estos dos desgraciados príncipes heredaron lo peor de su familia.

»Antes os decía que existen razones que me inducen a pensar que Gabriel de Espinosa no puede ser don Sebastián. La más destacada de todas ellas es la referida a su paternidad. Doña Ana, don Sebastián padecía una enfermedad que le hacía impotente, no podía mantener relaciones sexuales. Recuerdo que su madre envió a los mejores médicos de la corte a Lisboa para que examinasen al príncipe. El comentario generalizado era que no habían conseguido nada, y que el problema de don Sebastián, según la opinión de algunos doctores, respondía más a causas mentales que a irregularidades físicas.

La narración del doctor Juan de Llano me estaba interesando. Nunca me había detenido a pensar en el alto grado de parentesco que une a la mayoría de matrimonios pertenecientes a la realeza. Tenía razón mi abuela cuando me escribía: «los hijos naturales, Ana, siempre son más saludables y sanos; se mezcla sangre nueva». Pero volviendo al doctor De Llano, lo que de verdad me interesaba de su relato era que, según su exposición, había evaluado la posibilidad de que Espinosa fuera don Sebastián, y me imagino que como él lo harían la mayoría de los jueces. Aquel dato me reforzaba interiormente: don Sebastián había negado ser él porque aún no era llegado el momento, ¡eso era!, no me había engañado. El tema de la posible impotencia no constituía ninguna prueba definitiva, ya que con el tiempo podría haberse solucionado.

—De Llano, por favor, os pido sinceridad. ¿Cómo es posible que, si todos estáis seguros de que don Sebastián ha muerto, analicéis la personalidad de Espinosa para ver sí se asemeja a la del desaparecido rey portugués?

—Doña Ana, don Sebastián desapareció en la batalla de Alcazarquivir. Es cierto que su cadáver nunca pudo ser identificado y que los restos rescatados por orden del rey don Felipe II, que hoy reposan en la iglesia de Belén, en Lisboa, estaban calcinados y por ello irreconocibles. Pero también es cierto que muchos portugueses, ante la imposibilidad de verificar la muerte de su rey, y descontentos con el futuro político que se les auguraba sin don Sebastián, dejaron volar su imaginación inventando diversas historias referidas todas al desaparecido monarca. En ellas se afirmaba que don Sebastián no había muerto, que lo vieron huir después de la batalla, que había sido curado de las graves heridas sufridas en la contienda y que vivía bajo distintas personalidades para no ser descubierto.

»Algunos de esos portugueses criticaron la rapidez con que don Felipe II había dado la orden de localizar los supuestos restos de don Sebastián, y la tardanza en enviarlos a Lisboa. Los restos permanecieron en poder del monarca castellano hasta la fecha en que consiguió ser proclamado rey de Portugal. Sólo entonces, en 1580, don Felipe mandó llevar las cenizas de aquellos restos calcinados a la iglesia de Belén.

»Yo creo, doña Ana, que los portugueses fueron injustos con don Felipe II, al que acusaban de moverse exclusivamente por el interés de proclamarse rey. Es bien sabido, sin embargo, que el soberano castellano quería a su sobrino, al que había intentado persuadir para que no acudiera a Alcazarquivir; pero, indudablemente, lo que don Felipe no iba a hacer era renunciar a sus derechos legítimos al trono portugués. La desaparición del joven rey originaba un problema dinástico en Portugal. La corona la heredaba su tío-abuelo, el cardenal don Enrique.

»Don Enrique había sido regente junto a su cuñada, la reina doña Catalina, en la minoría de edad de don Sebastián. Como sacerdote y célibe, don Enrique no tenía descendencia ni posibilidades de conseguirla porque, aunque obtuviera dispensa papal para casarse (algún caso se había dado en la historia), su avanzada edad y precaria salud no lo aconsejaban. Urgía, pues, solucionar el tema sucesorio, pero don Enrique murió a los dos años

escasos de ocupar el trono sin que hubieran encontrado sucesor. El monarca castellano aparecía, pues, como el más firme y seguro candidato.

»Don Felipe II consiguió mediante hábiles maniobras negociadoras eliminar a dos de los aspirantes: a la hija de Alejandro Farnesio y la princesa doña María, y al hijo de doña Catalina de Braganza, el duque de Barcelos, aunque con este pretendiente el acuerdo fue más difícil de conseguir, porque la princesa de Éboli, doña Ana de Mendoza, vuestra lejana pariente, mujer ambiciosa e inteligente, decidió poner toda la información de que disponía, que era mucha, al servicio de la Casa de Braganza. Quería el trono portugués para el duque de Barcelos, al que casaría con una de sus hijas.

»La Éboli, que en gloria esté, arriesgó mucho en el asunto portugués y al final perdió. Don Felipe le hizo pagar muy cara su postura, que sin duda podía ser considerada como de alta traición. Aunque oficialmente no se sabe por qué fue condenada. El tercer aspirante a la corona portuguesa no se avino a ningún trato ni acuerdo. El hijo bastardo del infante don Luis y de la judía, doña Violante Gómez, llamada "la Pelicana", don Antonio, prior de Crato, fue proclamado rey de Portugal en Santarem, y no hubo más negociación que el empleo de las armas.

»Unos meses de lucha bastaron para derrotar al bastardo de los Braganza, pero nunca la justicia del rey don Felipe II consiguió localizarle, por el apoyo que siempre le brindaron los monasterios, en los que se resguardó de los castellanos, y siguió intrigando, aun después de que don Felipe fuera proclamado rey de Portugal, en 1580.

»Todavía hoy, casi quince años después, don Antonio Prior de Crato, cuyo paradero se desconoce, sigue significando una amenaza para la estabilidad del reino luso. No debe sorprenderos, doña Ana, la preocupación que este proceso, en el que estáis involucrada, ha despertado en don Felipe II, porque él mejor que nadie conoce las ambiciones del prior de Crato, y al igual que su majestad, somos muchos los que pensamos que la presencia en este asunto del padre

vicario, fray Miguel de los Santos, resulta un poco sospechosa y puede ser reveladora de la intervención, en la sombra, de don Antonio, prior de Crato. No debemos olvidar, doña Ana, que fray Miguel de los Santos fue expulsado de Portugal por manifestar su oposición a la presencia castellana y que él, como la mayoría de los frailes agustinos, apoyan a don Antonio. Doña Ana, perdonadme, pero creo que habéis pecado de ingenua y que se han aprovechado de vuestra buena intención.

—De Llano, conseguidme autorización para que pueda entrevistarme con don Sebastián. Sólo así confesará la verdad. Delante de mí, y pidiéndoselo yo, no podrá negarse.

—Excelencia, no creo poder conseguirlo pero lo intentaré. ¿Por qué estáis tan segura de que confesará delante de vos?

A punto estuve de gritar: «¡Porque me ama! Y lo que no está dispuesto a hacer por él, por mí y por nuestro amor sí lo hará». En voz alta me limité a decir:

—Es un señor y estando a su lado no se atreverá a dejarme en evidencia. Él sabe que digo la verdad cuando afirmo que es don Sebastián. Ese era nuestro secreto. Un secreto que yo he revelado para poder ayudarle. Además, don Sebastián nunca me engañaría.

—Doña Ana, estoy de acuerdo con vos en que Espinosa no es hombre de baja condición, y aunque os disguste, debo deciros que sí os ha mentido. Según vuestra declaración, la niña Clara Eugenia es hija de Gabriel de Espinosa y de una importante señora portuguesa.

—No, no, yo siempre dije que la identidad de la madre la desconocía.

—Y sin embargo, sí que la conocíais, doña Ana. La madre de la pequeña es el ama, Inés Cid, que está de nuevo embarazada de Espinosa.

Apenas podía disimular mi dolor. Mientras me comprometía por palabras de futuro con don Sebastián, él yacía con el ama y la preñaba. ¡Qué asco! Y yo había creído en su palabra…

—Estoy pensando, doctor de Llano, que tal vez tengáis razón y lo que más me interese sea escribir una carta a su majestad desligándome de este asunto y del personaje al que yo considero mi

primo, el rey don Sebastián.

—Hacedlo, doña Ana. Yo me encargaré de que salga inmediatamente. Tened la carta preparada para mañana, a esta hora, en que volveré a visitaros.

Me acompañó a la capilla de mi celda, convertida en prisión desde hacía varios meses. Cuando se cerró la puerta trás de mí creí que los sollozos me ahogarían, pero no fue así; mis ojos permanecían serenos y una dulce indiferencia dominaba mi espíritu. ¿Por qué iba a insistir en la verdad? Lo mejor era contar aquello que todos deseaban escuchar:

> Señor, ese hombre, Gabriel de Espinosa, es engañador que por orden del demonio vino a turbar mi honra ya destruirme quitándome de la gracia de vuestra majestad, a quien humildemente suplico, por Jesucristo crucificado, que se compadezca de mí, y mire que esta honra que los ministros de vuestra majestad despedazan, es de su sobrina, hija de aquel desdichado padre, y que mi yerro fue simpleza. Si ese hombre es malo o bueno, hayánlo con él, y no permita vuestra majestad que lo pague esta desdichada… Perdone los yerros, no de malicia sino de ignorancia y mocedad mal gobernada. No me castigue, sino como padre piadoso deme lugar que ejercite mi religión y sirva al Señor. De vuestra majestad soy y a sus reales pies me pongo.

Aunque yo seguía creyendo que el prisionero era mi primo, el rey don Sebastián, deseaba vengarme, hacerle daño, y por ello escribí la carta; por despecho al saber traicionado mi amor, y también, por miedo. Temía a la justicia de mi señor, el rey don Felipe II. Conocía sus decisiones inflexibles, y aquel proceso le preocupaba de forma especial.

Añoraba a mis amigas, doña Luisa y doña María. Deseaba comentar con ellas las últimas incidencias, pero la comunicación entre nosotras era imposible. Nos mantenían completamente aisladas, a pesar de estar en el mismo convento. Llevábamos más de ocho meses encerradas, con tal rigor que ni a la misa nos permitían asistir.

Pronto se cumpliría un año de la llegada de don Sebastián a

Madrigal. ¿Por qué me había engañado? ¿Era todo mentira?

Pasaba los días sola y pensando siempre en lo mismo. Algunas noches creía volverme loca. Tanto es el poder de la noche y sus fantasmas.

De tanto recordar el rostro de don Sebastián, sus rasgos se difuminaban en mi memoria, y me desesperaba al no poder verle.

El 17 de julio, el doctor De Llano me dijo que muy pronto se dictarían las sentencias, y me informó de los cargos que se me imputaban: me acusaban de creer que Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastián, de tratar de casamiento siendo monja profesa, y de no haber comunicado a su majestad el rey tanto la presencia de don Sebastián como mis proyectos de matrimonio.

Recuerdo que pedí al doctor Juan de Llano un letrado que me defendiera y en el que yo pudiera poner mi confianza, dándole la versión exacta de todo lo sucedido. De Llano se negó. Mis protestas no sirvieron de nada. Me trataban peor que a cualquier criminal.

Volví a escribir a su majestad, defendiéndome de los cargos que se me hacían y pidiéndole clemencia.

Mientras tanto, fray Miguel de los Santos reconoció, en una nueva confesión, haber escrito a varios personajes portugueses informándoles de que don Sebastián estaba en Madrigal y se iba a casar conmigo. Aseguró que una de las cartas iba dirigida a don Antonio, prior de Crato.

El doctor De Llano, que era quien me informaba, no entendía por qué fray Miguel se autoinculpaba, descubriendo su relación con el principal enemigo de don Felipe II, en el tema de Portugal. Pero es que, además, fray Miguel dijo que don Antonio había estado en Madrigal y que no pudo evitar la risa al contemplar al supuesto don Sebastián. Aunque decidió seguir con el plan que fray Miguel y él tenían trazado, y que consistía en convencer a los portugueses de que don Sebastián vivía y que estaba casado con una Austria, con la hija del héroe de Lepanto. Según la declaración de fray Miguel, don Sebastián y yo seríamos proclamados reyes de Portugal, para luego librarse de nosotros, y entregarle el trono a don Antonio, prior de Crato.

Aquello tenía que ser una invención. Nunca, en las muchas conversaciones que mantuvimos fray Miguel y yo hablamos del prior de Crato.

Es verdad que pensábamos desvelar la verdadera identidad de don Sebastián, y que éste, como auténtico heredero al trono portugués, lo ocupase, pero sólo después de la desaparición de don Felipe II.

Pensé mucho en la desconcertante reacción de fray Miguel de los Santos. Resultaba evidente que el padre vicario se autoinculpaba para beneficiamos a nosotros.

Nunca supe si quería ayudamos a los dos o a mí especialmente, porque tampoco llegué a conocer si fray Miguel creía que Espinosa era don Sebastián o, simplemente, él había decidido que lo fuera para dar consistencia a sus ilusiones políticas. Claro que si de verdad pensaba que lo era, su autoinculpación se explicaba: fray Miguel siempre había manifestado su cariño y lealtad por el desaparecido monarca.

Ésta era, sin duda, la explicación más lógica ante la postura del padre vicario, porque aunque sé que fray Miguel se interesó por mí, no creo que mi persona le moviera a tamaño sacrificio.

Fue él quien escribió en el libro de entradas del convento de Nuestra Señora de Gracia la Real de Madrigal, que yo era la hija de don Juan de Austria, y esto me lleva a la conclusión de que fray Miguel, ya en aquel tiempo, se interesaba por mí. Tal vez entonces empezó a pergeñar suplan, en el que me aseguró el papel de marioneta. Pero ¿quién era aquel hombre del que me había enamorado creyéndole don Sebastián?

Ni la fuerza empleada en los interrogatorios ni el miedo a la muerte fueron capaces de doblegar su voluntad; el prisionero mantuvo en todo momento la misma declaración: «No soy el rey don Sebastián y Gabriel de Espinosa no es mi nombre».

Jamás habló de sus padres. Tampoco desveló el lugar donde había nacido. Sí aseguró no ser hombre de baja condición, y lo demostró con sus conocimientos y su forma de comportarse.

Muchos de los jueces, incluido el apostólico doctor Juan de

Llano, comentaban sorprendidos la personalidad del prisionero. Les extrañaba que conociese cuatro idiomas y, sobre todo, destacaban su firmeza de ánimo y su atractivo.

Algunos, según me contó De Llano, incluso contemplaron la posibilidad de que fuera don Sebastián, y aunque esto llegó a conocimiento del rey, don Felipe II, éste nunca accedió a que personas capacitadas para identificar al desaparecido monarca visitaran al prisionero Gabriel de Espinosa.

El soberano español estaba seguro de que los restos calcinados e irreconocibles, localizados en el norte de África, pertenecían a su sobrino.

El 21 de julio de 1595 conocí la sentencia: me condenaban a vivir encerrada e incomunicada, en una celda del convento de Nuestra Señora de Gracia, en Ávila. Sólo podría asistir a misa los domingos y festivos.

Me inhabilitaban para ostentar cargos de confianza, nunca sería prelada, y me negaban los derechos de voz y voto. Asimismo perdía el título de excelencia, me suprimían las rentas, y también me obligaban a prescindir para siempre de las criadas.

Cuando recuerdo aquellos momentos, un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Aún hoy no sé cómo pude mantener la calma.

La sentencia era injusta, y yo no sabía cómo detener el escándalo que se avecinaba.

Mi señor, el rey don Felipe, no era bueno conmigo. Él me había obligado a profesar como monja, y ahora me condenaba sin piedad. Confieso, avergonzada, que deseaba su muerte, pero volví a suplicarle:

> Señor: ayer, 21 de julio, me notificaron la sentencia que vuestra majestad fue servido de pronunciar contra mí. Atrévome a postrarme de nuevo a los pies de vuestra majestad y a suplicar humildemente se compadezca vuestra majestad de mi honra. Yo soy una hormiga y una astilla seca. Qué gana vuestra majestad en mi perdición y en mi deshonra. ¿No obligará vuestra majestad más a Dios para cuando de aquí a muchos años se vea en sus manos, desamparado de todo lo de esta vida, en haberme perdonado por su amor?

Parézcase vuestra majestad a Dios en perdonar a una pecadora, tan arrepentida, y si no basta que mis ojos estén casi ciegos de llorar, baste, señor, que soy nieta de su padre e hija del más leal esclavo que nunca nadie ha tenido. Considere vuestra majestad mi orfandad, que no tengo a nadie más que a vos mismo, que al ser de su sangre me ha de defender de su justa cólera.

También escribí a mi prima, la infanta, doña Isabel Clara Eugenia. Sabía que su padre la adoraba, y pensé que, tal vez, si intercedía por mí ante el rey éste se apiadaría. Pero no hubo perdón. Jamás don Felipe II se dignó reaccionar ante mis súplicas. Mis queridas amigas, las hermanas doña Luisa y doña María, fueron condenadas y les aplicaron la misma pena que a mí.

Nos separaron para siempre. Nunca volvimos a vemos. A mi pobre criado, Juan de Roderos, aquel que se fue a esconder a casa de mi abuela, lo mandaron a galeras, aunque hubieron de cambiar la pena por el destierro, pues lo habían dejado manco en los interrogatorios, y por tanto inhábil para remar.

Fray Miguel de los Santos fue condenado a muerte, y don Sebastián —porque para mí siempre será esa la personalidad del hombre de quien me enamoré— murió en la horca. Después, y dando cumplimiento a la sentencia, su cuerpo sería descuartizado:

… sea ahorcado hasta que naturalmente muera, y quitado de la dicha horca sea descuartizado y puesto en cuatro cuartos por los caminos que por mí fueren señalados, y la cabeza sea puesta en una jaula de hierro y en un palo. Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor, y don Rodrigo de Santillán en su nombre, a este hombre por traidor a su majestad y haberse fingido persona real siendo hombre de baja cuna y embustero.

¡Qué crueldad tan innecesaria! Odié a la humanidad. Llegué a implorar a Dios me llevara de este mundo.

En mi prisión de Ávila, los minutos se convertían en horas, y los días en meses…

Al principio, el dolor y el odio me hacían sentir viva, pero llegó un momento en que mis lágrimas se secaron, mi corazón se agotó de

tanto sufrimiento y mi espíritu sólo anhelaba el descanso. ¡Habían dado muerte a la única persona que me quiso!

No podía soportar más. El frío y la soledad me llevaban a pensar en darme muerte.

Si hoy estoy viva, es gracias a las atenciones de una de mis carceleras. La hermana doña Margarita Cifuentes se convirtió en mi ángel salvador. Era joven, alegre, muy buena y compasiva. Me facilitaba libros y labores para que pudiera distraerme. Contraviniendo las normas, y cuando nadie la veía, acudía a mi celda para alegrarme con su conversación. Incluso había conseguido autorización de la priora para sacarme algunas tardes soleadas al jardín.

La falta de aire libre me estaba consumiendo, pero la luz del día me molestaba. Sentía vergüenza por la deshonra a que me habían sometido y lo único que deseaba era permanecer oculta.

Una mañana me sobresaltaron las campanas. No sólo sonaban las de la iglesia del convento, se escuchaban también otras más lejanas; era el toque de difuntos.

Alguien importante había muerto. Pensé en mi tío, el rey don Felipe II.

Después de haber deseado durante mucho tiempo la desaparición de don Felipe, ahora me dejaba indiferente.

Llevaba cuatro años totalmente aislada. Mi debilidad no sólo era física.

En todas las iglesias y catedrales se celebraron funerales y misas por el eterno descanso de su majestad. A mí me permitieron asistir, dado mi parentesco con el difunto monarca, a los oficiados en el convento.

También mi abuela, Bárbara Blomberg, falleció aquel año de 1598.

Es curioso, con la desaparición de don Felipe II, mi prisión se suavizó. Muchas hermanas, hasta entonces desconocidas, empezaron a relacionarse conmigo; trataban de animarme para que escribiera al nuevo rey, don Felipe III, pidiéndole clemencia. Decían de él que era tan religioso como su padre, aunque a diferencia de

éste, se interesaba poco por los temas de gobierno y permitía que personas de su confianza tomasen decisiones importantes, que sólo al rey competían.

Yo mantuve una buena relación con don Francisco de Sandoval y Rojas, duque de Lerma, el consejero que mayor influencia ejerció sobre don Felipe III.

Acudió varias veces a las Huelgas y tuve oportunidad de conocerle. Era un hombre poco atractivo e incapaz de ocultar su ambición.

Recuerdo que don Francisco de Sandoval se interesó por una de las propiedades del monasterio de Santa María, en Zilleruelo. No significaba ningún problema vendérsela. Además, ¿quién se atrevía a oponerse a los deseos del valido? De todas formas, se lo comuniqué al rey, aunque ya conocía la respuesta.

> Doña Ana de Austria, mi prima, abadesa perpetua de las Huelgas. He visto vuestra carta del 10 del pasado, cómo el duque de Lerma desea comprar a esa casa el lugar de Zilleruelo, por ser paso de Lerma a Ventosilla y tener intento de hacer allí una casa. Y pues decís que no es lugar vinculado ni obligado a sustentarse y que sólo se vende al vasallaje, quedándose esa casa con la renta, tengo por bien que tenga efecto la venta.

Era muy conveniente llevarse bien con el duque de Lerma, pues don Felipe III no hacía nada sin su aprobación.

Decían que el duque dominaba totalmente la voluntad del monarca desde la época en que fue su caballerizo mayor.

La decisión del duque de Lerma de trasladar la corte de Madrid a Valladolid fue interpretada como el esfuerzo supremo para evitar la influencia de doña María de Austria, tía del rey, que desaprobaba el excesivo poder de Lerma.

Doña María vivía retirada en el monasterio de las Descalzas Reales, en Madrid, y a su fallecimiento, el duque retomó con la corte a Madrid.

Hoy, el todopoderoso duque de Lerma vive desterrado en Tordesillas. Fue víctima de una conjura palaciega, en la que

participó su propio hijo, el duque de Uceda, quien además le sustituyó en el cargo.

El análisis de aquella etapa demuestra sin lugar a dudas que don Felipe III era menos inteligente que su predecesor, aunque más bueno. A mí me trató como a una hermana. Gracias a él, soy una de la mujeres con más poder dentro de la Iglesia.

En cuanto tuvo conocimiento de mi situación, don Felipe ordenó me pusieran en libertad y dispuso mi regreso al convento de Nuestra Señora de Gracia la Real, en Madrigal.

Más tarde, igual que había hecho con mi hermana Juana, se ocupó de buscarme un futuro, y así decidió nombrarme abadesa del monasterio de Santa María la Real, de las Huelgas, en Burgos; el cargo más importante al que podía aspirar una religiosa.

No resultó tarea fácil, pero don Felipe III consiguió autorización del papa para que pudiera cambiarme de orden religiosa. Debía abandonar mis hábitos de agustina por los del Císter. Asimismo, el rey logró que el Santo Padre derogara las disposiciones, dictadas por Sixto V en 1590, por las que se modificaban las normas del real monasterio impidiendo que las abadesas fueran perpetuas. Desde esa fecha, 1590, hasta mi llegada, 1611, las abadesas desempeñaron el cargo durante tres años. Cuando yo desaparezca, volverán a ser trienales.

Hasta el claustro llegaban, amplificados en el silencio de siglos, los cantos litúrgicos; en el coro, las hermanas ensayaban el *Rex virginum amatar*, el Kyrie más hermoso y emocionante que conozco.

Como algo consustancial al estado religioso, la mayoría de las hermanas poseían una voz espléndida. Yo siempre fui una excepción y por ello nunca asistía a los ensayos; pero aquella tarde decidí pasar por el coro, antes de arreglarme para los rezos.

Por el pasillo me encontré con la hermana doña Jacinta. Venía a buscarme.

—Doña Ana, esta tarde fui a veros, pero estabais adormilada y no quise despertaros. Necesitaba hablaros de un asunto que me preocupa. Creo que la novicia, Encamación Rodrigo, está demasiado pendiente del nuevo confesor. Claro que él favorece con

su comportamiento esta atracción. Es demasiado abierto y simpático con las postulantes. Algunos días viene al recreo y pasa mucho tiempo con ellas.

Ya estábamos de nuevo con la misma historia. El problema de los confesores venía de antiguo. Después de la experiencia vivida en una de las filiaciones, aún seguíamos esperando una solución del general de los cistercienses, el padre Tassis, que intentaba imponer su voluntad y decidir libremente en éste como en otros temas. Algo que yo no iba a consentir en asuntos relacionados con Santa María La Real y sus filiaciones, sobre los cuales yo decía la última palabra. Como abadesa, tenía la facultad de aprobar o rechazar a los confesores que nos enviasen.

Hacía unos meses que le había comunicado al nuncio de Su Santidad nuestra situación, porque el padre Tassis y yo nunca lograríamos ponemos de acuerdo.

—Doña Jacinta, no os preocupéis, yo hablaré con el confesor, y si no cambia de conducta, prescindiremos de él.

Hacía unos meses que la hermana doña Jacinta ayudaba a la maestra de novicias. Yo tenía confianza en ella, y estaba segura de que un día llegaría a ser abadesa de las Huelgas.

Su vida, después de aquellas experiencias místicas, discurría con normalidad. Participaba de la actividad del convento como una más, pero siempre dándonos ejemplo con su modestia y espiritualidad.

Nunca volvió a mis reuniones y veladas musicales, tiempo que ella dedicaba a rezar o a descansar para rendir bien al día siguiente en sus tareas. Además, nuestras «fiestas» le resultaban mundanas y consideraba que la alejaban de su verdadero camino.

Yo continuaba añorando su presencia, aunque respetaba su decisión.

—Querida Jacinta, ¿no os animáis a venir a la celebración de la noche de San Juan? ¿No queréis acompañamos?

—Me gustaría, mas debo retirarme. Ya sabéis, reverenda madre, que si no reposo lo suficiente, luego me quedo dormida en los rezos. Por otra parte, el exceso de trabajo de estos días me ha llevado a descuidar un poco la meditación que tanto necesito. Doña Ana,

¿eran buenas las noticias que el caballero italiano os trajo de vuestra hermana?

Sólo doña Jacinta estaba autorizada a preguntarme por cuestiones personales. Durante mucho tiempo había compartido con ella confidencias y preocupaciones. El matrimonio de mi sobrina, Margarita, la única hija de mi hermana, doña Juana, fue un tema recurrente en nuestras conversaciones.

—Agradezco, querida Jacinta, vuestro interés por mi familia. Parece que todo les sonríe. Mi hermana, doña Juana, es en opinión del señor Marchesi una mujer vital, feliz en su matrimonio y muy generosa. Los pobres de Palermo, según Marchesi, conocen bien su bondad. En cuanto al matrimonio de Margarita, a punto está de consolidarse. Mi sobrina se casará con Federico Colonna, duque de Paliano. Es una pena que nuestro amado rey, don Felipe III, fallecido hace unos meses, no pueda ver ultimado el proyecto matrimonial de Margarita, por el que tanto se interesó. Don Felipe III fue para mi hermana y para mí un ángel protector, nuestra verdadera familia.

—Me han comentado, reverenda madre, que el señor Marchesi se ha quedado en Burgos y que casi todos los días acude al monasterio.

—Sí. Se hallaba muy cansado del viaje y necesitaba reponerse unos días. Además, le interesa mucho el arte: la catedral de Burgos le ha entusiasmado, pues es un entendido en arquitectura. Precisamente, ayer me solicitó permiso para visitar los claustros de nuestro monasterio y prometió entregarme un estudio sobre el estilo de Santa María. El señor Marchesi quiere peregrinar a Santiago, y después viajar al sur para conocer las construcciones árabes.

—Doña Ana, se nota vuestra simpatía hacia el señor Marchesi.

—Sí, es verdad que me resulta agradable. Su conversación es muy interesante, y es amigo de mi hermana y de mi cuñado, el duque de Petrabona. Escuchando el relato de su estancia en Catania, en el castillo que mi hermana posee en Militello, he sentido envidia. Creo que la vida en una isla encierra un encanto especial. El aislamiento no es tal, porque el horizonte es infinito, y

la mar siempre guarda caminos. Jacinta, ¿nunca habéis deseado ver el mar?

—No siento especial interés. Jamás he pensado en ello.

—Tal vez porque nadie os habló de los atardeceres junto al mar.

—¿Os habló de ellos el señor Marchesi?

—Sí, aunque antes me los describió mi abuela. Desde que leí aquella carta, he deseado acercarme al mar y poder contemplar cómo el sol se sumerge en las aguas.

—Perdonadme, excelencia, vos sois mi prelada y no debería atreverme a daros consejos, pero como sé que poseéis un alma bella, me atrevo a deciros que tengáis mucho cuidado con el señor Marchesi, pues su influencia mundana puede haceros daño. Pensad, reverenda madre, que el demonio siempre está al acecho.

—Mi querida Jacinta, sigo sin sentir vocación. Estoy en un convento porque así lo han decidido, pero mi corazón permanece alejado de este lugar. No os asustéis, Jacinta. Dios nuestro señor conoce bien mis sentimientos.

Mientras charlábamos, nos habíamos sentado en uno de los bancos del pasillo. En mi regazo descansaban las rosas que había recogido en el jardín. La hermana doña Jacinta las miraba insistentemente, y sin poder reprimirse dijo:

—¡Qué extraño, doña Ana! Siempre creí que a vos no os agradaba cortar flores, ni tenerlas en un jarrón. ¿Cómo es que hoy lleváis un ramo? ¿Habéis cambiado?

—No las he cortado yo. Son las que sobraron de las preparadas para la ceremonia de esta noche.

Doña Jacinta, levantándose, y con un tono malicioso impropio de ella, me preguntó si quería que llevara las rosas a alguna de mis criadas.

—No os molestéis, aún no sé muy bien qué haré con ellas. Esta noche nos veremos en el refectorio, porque hoy cenaré con toda la comunidad.

—Entonces, doña Ana, elegiré una de las lecturas que más os agradan.

La estuve contemplando mientras se alejaba. Seguía moviéndose

con gracia, como sólo saben hacerlo las personas dotadas para la danza.

¿Qué habría querido insinuar con su puntualización sobre las flores? Seguramente nada. Tan sólo le sorprendió mi actitud. Lo que sucede cuando tratamos de ocultar algo es que creemos a todos pendientes de ello, y principalmente a quienes nos conocen bien, y yo había recogido las rosas por si reunía el valor suficiente para regalárselas a don Piero Marchesi.

En realidad, no había ido a mis aposentos porque estaba esperando su visita. No tenía ninguna seguridad de que viniese, pero confiaba en que lo haría.

Desde su llegada, hacía una semana, ni un solo día dejó de pasar por el monasterio. Alguna tarde le convidamos a merendar.

Me gustaban el aspecto tranquilo del señor Marchesi y sus ademanes refinados. En la tediosa vida conventual, su presencia constituía todo un acontecimiento. De repente volví a experimentar sensaciones ya olvidadas. La mirada de Marchesi obró el milagro.

Era un hombre mayor, más o menos de mi edad, sobrepasaba los cincuenta. Nacido en Italia, en la Toscana, había vendido todas sus posesiones para instalarse en la isla de Sicilia, donde se dedicaba al cultivo de la vid.

Como hombre culto, vibraba ante las diversas manifestaciones del arte: amaba la arquitectura, la música, la pintura, la literatura…

Después de los encuentros con Marchesi, no podía dejar de pensar en la inutilidad de mi vida, siempre encerrada entre cuatro paredes, sin enterarme de nada. Mi ignorancia me enfurecía; no podía distinguir un cuadro de la escuela flamenca de uno de la florentina; un soneto de un romance o un capitel jónico de uno corintio.

Ya había enviado a Madrid la lista de libros recomendados por Marchesi. Sentía necesidad de saber, me hubiera gustado estar capacitada para contrastar mis opiniones con las de don Piero Marchesi. Demostrarle que no era una inculta.

Quería obsequiarle con aquellas rosas para demostrarle que le distinguía con mi afecto, y también en correspondencia a su

atención al regalarme un ejemplar de los *Sonetos y Canciones* de Petrarca.

Me había hablado de este escritor, de las vicisitudes de su vida un tanto peculiar, y de los versos inspirados en su amor por una mujer, a quien llama Laura pero que nadie pudo nunca identificar.

Yo sabía lo que suponía para Marchesi desprenderse del libro, un recuerdo de su hermano, Renato, fallecido en plena juventud. Un muchacho romántico que soñaba con escribir poemas como los de Petrarca. Por ello intenté rechazarlo, pero don Piero se negó a escucharme, y yo, entusiasmada, lo acepté, con todo mi amor.

Esperaba atreverme a darle las flores. Deseaba encontrarme con él, y mientras caminaba hacia el coro intentaba recordar uno de los sonetos.

Fue el día en que del sol palidecieron
los rayos, de su autor compadecido,
cuando, hallándome yo desprevenido,
vuestros ojos, señora, me prendieron.

En tal tiempo, los míos no entendieron
defenderse de Amor: que protegido
me juzgaba; y mi pena y mi gemido
principio en el común dolor tuvieron.

Amor me halló del todo desarmado
y abierto al corazón encontró el paso
de mis ojos, del llanto puerta y barco,

pero, a mi parecer, no quedó honrado
hiriéndome de flecha en aquel caso
y a vos, armada, no mostrando el arco.

Iba tan ensimismada que no me di cuenta de que el ensayo había finalizado. El coro estaba vacío, y pude observar como la sillería, recién estrenada, lucía en todo su esplendor.

El coro aparecía ennoblecido y totalmente distinto a como yo lo conocí.

Tenía proyectado realizar otras muchas obras de reforma y mantenimiento dentro del monasterio. Pretendía adecuar algunas de las dependencias a las necesidades actuales. Ahora, después de diez años al frente de Santa María la Real, podíamos permitírnoslo, porque en este tiempo había conseguido sanear la situación económica.

Mirando los escudos que aparecen en la parte superior de la sillería, volví a pensar en don Sebastián. El recuerdo de la tarde fue tan intenso que no consigo alejarlo de mí.

¿Es posible que nunca se sepa quién era el supuesto Gabriel de Espinosa?

Existían muchos datos. Datos fiables y seguros para avalar la hipótesis de que era don Sebastián, pero nunca se quiso contemplar esta posibilidad. El rey de Portugal estaba muerto, aunque sus presuntos restos fueran irreconocibles, y nunca se hubiera localizado ninguna de sus pertenencias.

El tiempo todo lo suaviza, y yo ya puedo hablar de lo sucedido sin ningún apasionamiento: no creo que aquella historia fuera un montaje de fray Miguel de los Santos. No lo creo, sobre todo, al comprobar la reacción de Espinosa. ¿Por qué se negó a revelar su verdadera identidad? ¿Cuál puede ser la explicación para que un hombre de condición humilde se comporte, a la hora de morir, como el más grande de los reyes?

Y además, si Gabriel de Espinosa era, como yo creo, don Sebastián, ¿qué hubiera podido hacer para demostrarlo?

Tal vez en la otra vida consiga conocer la verdad…

No tenía ni idea de la hora que era. En seguida nos reuniríamos para los rezos.

Parecía que el señor Marchesi no acudiría al convento.

Con las flores abandoné el coro. Me acercaría un momento a mis dependencias. Yo vivía en una parte aislada del monasterio, que llamábamos «la abadía», y aunque tenía capilla privada, donde normalmente realizaba mis oraciones, hoy quería orar con toda la

comunidad.

Cuando caminaba por el Paso de las Conversas, oí unos pasos acelerados y que alguien me llamaba.

La hermana tornera, doña Rosario Quijada, venía sofocada.

—Reverenda madre, no sabía dónde buscaros. Hace rato que el señor don Piero Marchesi espera para veros.

—Está bien. Decidle que ahora voy. Conducidle hasta el Locutorio Alto. Allí le recibiré.

—¿En el Locutorio Alto, doña Ana?

—Sí.

Era totalmente inhabitual recibir en aquel lugar, pero deseaba mostrarle a Marchesi el escenario en el que yo, como abadesa, tomaba la profesión a los frailes que trabajaban en el hospital. Deseaba darme importancia.

Llegué con las flores, y antes de que pudiera decir nada se las di.

—Habéis venido muy tarde, sólo podré estar con vos unos minutos. Quiero que aceptéis estas rosas. Es una forma de agradeceros la gentileza que habéis tenido conmigo al obsequiarme con el libro de Francesco Petrarca. Jamás olvidaré vuestra amabilidad.

—Doña Ana, me abrumáis, ¡son muy bellas! ¿Cómo habéis adivinado que mis rosas preferidas son las blancas? No sabéis cuán agradecido estoy a que me hayáis recibido. Pensaba venir a la misma hora de otros días, pero me han entretenido con los preparativos del viaje a Santiago. Quiero irme dentro de tres días. Tal vez, por ser tan tarde, no debería haber venido, pero como no tenía forma de avisaros, me sentía incómodo. Perdonadme. Mañana volveré, si os parece bien, sobre las cuatro y media de la tarde.

—Es decir, que ya partís para Santiago. Mañana os entregaré unas cartas, y unos obsequios para que se los llevéis a mi hermana.

—No, no es necesario. Antes de regresar a Sicilia, pasaré por aquí varias veces. Burgos es la ciudad que he elegido como mi residencia, y si vos no tenéis inconveniente, me gustaría, doña Ana, seguir disfrutando de vuestra compañía. ¿Es en este locutorio donde ejercéis parte de vuestro poder como abadesa y decidís sobre el

destino de muchos hombres y mujeres?

—¡¿Cómo lo sabéis?!

—La hermana tornera me lo ha contado por el camino, y me ha dicho que gracias a vos, doña Ana, el monasterio ha recuperado su antiguo esplendor.

—Algunas cosas he hecho. Espero poder realizar muchas más. Lo siento, don Piero, debo dejaros.

Mientras me levantaba de la silla, le observé sin que se diera cuenta; tenía el ramo de flores en una mano y se lo acercaba a la cara como si quisiese impregnarse del aroma de las rosas. De forma disimulada, don Piero posó sus labios en una de ellas e inmediatamente la separó de las demás.

—Mañana, doña Ana, os hablaré de mi pintor preferido. Se llama, como yo, Piero, Piero Della Francesca. Nunca he contemplado rostros más serenos que los pintados por él, aunque su plenitud creadora la alcanzara, Della Francesca, en sus magníficos murales.

—Me encantará escucharos. Hasta mañana, señor Marchesi.

—Doña Ana, por favor, quisiera que conservaseis esta rosa como testimonio de nuestra amistad. Entre las páginas de un libro se conservará todo el tiempo que queráis, igual que nuestra amistad. Amistad, doña Ana, que espero y deseo dure tanto como nosotros.

La acepté con mano temblorosa, y me fui.

Sentía deseos de correr por el pasillo. Era como si mi cuerpo tuviese alas. La felicidad me embargaba. Sin darme cuenta había acercado la rosa a mis labios. Pero ¿qué estoy haciendo? Tengo más de cincuenta años, soy monja y abadesa perpetua de las Huelgas.

Aquella rosa sería mi tesoro. La guardaría entre los versos de amor escritos por Petrarca.

Me crucé con algunas hermanas que se dirigían al coro.

—Ahora me reuniré con vosotras. Sólo me retrasaré unos minutos —les dije.

La vida me parecía prometedora, y estaba casi segura de que recordaríamos aquella noche siempre, porque presentía que al amanecer veríamos la «flor del agua».

OTOÑO DE 1629

26 de noviembre, nueve de la mañana

«Pedid y se os dará, buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá».

Señor, yo os he implorado. He rezado mucho, primero para que me ayudaseis a escapar del convento, y después porque quería me hicierais sentir un amor místico, una auténtica vocación de entrega a Vos.

Esperaba que se cumpliera el texto evangélico «porque quien pide recibe, quien busca halla y a quien llama se le abre».

Pero, Dios mío, yo he pedido, buscado y llamado, y Vos, Señor, no me habéis ayudado. Nadie me ha respondido. Mi oración no sirve.

Tal vez mi corazón sea impuro, mi fe tambaleante y mi orgullo profundo, mas ¿qué culpa tengo si he nacido así?

Es posible, como me dice doña Jacinta, que no oiga, porque lo que yo deseo escuchar no es lo que Vos, Señor, deseáis para mí, y que la respuesta a mis súplicas haya sido la de convertirme en abadesa de Santa María la Real. Es posible…

Aún puedo volver a sentir la emoción del día de mi llegada a las Huelgas. En la puerta principal de la iglesia me esperaba el cabildo de capellanes. Habían colocado una alfombra y, sobre ella, una especie de almohada, donde me arrodillé.

El más antiguo de los capellanes, revestido de capa pluvial, me

dio a besar la Cruz. Después, mientras cantaban el *Te Deum*, nos dirigimos al interior del templo.

Por primera vez me sentí importante; caminaba por el pasillo central muy erguida —así intentaba disimular mi timidez—, destacados personajes eclesiásticos me acompañaban. A un lado y a otro se veían rostros expectantes; eran muchas las personas que deseaban darme la bienvenida. La música se elevaba hasta lo alto de las bóvedas y volvía impregnada de incienso. Era como estar en el cielo, en una nube, y yo me había convertido en el centro de atención. Aquel era el lugar que me correspondía por ser una Austria.

Cuando, después de cambiar mi hábito de san Agustín por el de san Bernardo, convirtiéndome de esa forma en religiosa cisterciense, fui elegida por unanimidad abadesa de Santa María y puse mis manos en el báculo, supe que iba a conseguirlo: yo devolvería al real monasterio su antiguo esplendor. Lo haría con sentido común y autoridad.

Me sentía invadida por una fuerza interior inexplicable; era como si la energía de mis antepasadas llegase a mí a través del báculo en el que ellas se habían apoyado.

Señor, yo sé que Vos sois el verdadero, el auténtico báculo y cayado para los que en Vos esperan. ¿Por qué no puedo experimentar esa confianza?

Aunque, después de todos estos años, he aprendido a amaros. Desde hace unos meses, os dedico más tiempo. Busco vuestra complicidad, Señor, y espero que no habréis de negármela y me daréis fuerza para llevar a efecto la decisión que largo tiempo he estado meditando.

Me daba la sensación de que el rostro de Jesús cobraba vida y que la expresión de sus ojos era distinta.

Llevaba más de dos horas contemplando la cara de Cristo crucificado, y la veía como en otra dimensión.

Me levanté del reclinatorio, y antes de abandonar la capilla, me volví para mirar de nuevo el Crucifijo. «No me falléis, Jesús, mañana es el día señalado».

Sólo las hermanas doña Jacinta y doña Rosario conocían mi proyecto. Eran las más cercanas a mi corazón, pero debo reconocer que, como buena madre, quería a todas mis hijas y ellas respondían a mi afecto.

Hacía años que habíamos superado las diferencias de los primeros tiempos.

Siempre estaré agradecida a doña Mana de Navarra y de la Cueva, pues ella fue quien insistió ante su majestad el rey, don Felipe III, para que me nombrase abadesa del real monasterio de las Huelgas.

Doña María había estado tres años al frente de Santa María, y conocía muy bien las interioridades del funcionamiento del monasterio. Creía que una persona de sangre real, emparentada con la monarquía, era la mejor garantía para intentar salvar la difícil situación por la que atravesaba aquella institución conventual.

De la misma opinión era doña Juana de Góngora que, con otras doce hermanas, envió una carta al rey para acelerar mi llegada.

Sin embargo, otras religiosas miraban con recelo mi presencia. Afortunadamente pronto superamos las desconfianzas y, en estos dieciocho años al frente de Santa María, hemos conseguido que la convivencia sea tranquila y armoniosa.

En prueba de agradecimiento, hace siete años, todas las monjas de Santa María decidieron fundar un aniversario perpetuo en sufragio de mi padre, don Juan de Austria, y compraron un juro de 37.400 maravedís de renta anual, que por Real Cédula de don Felipe IV se asentó en el libro de mercedes de los Contadores del Reino.

La comunidad conoce bien el amor que yo profeso a la memoria de mi padre, aquel ser maravilloso al que nunca pude conocer, y que al igual que yo fue hijo ilegítimo. Él, al menos, pudo ver a su padre, aunque sólo fuera una vez.

Según me contó Baltasar Porreño, el emperador quiso que Jeromín —así llamaban a mi padre— viviera cerca de él en Yuste, y que aquella decisión sorprendió e incomodó a don Luis Méndez de Quijada y de forma especial a su mujer, doña Magdalena de Ulloa, que hubo de trasladar su residencia a Cuacos, con la incomodidad

que ello representaba.

Doña Magdalena no sabía de quién era hijo aquel pequeño que un día le entregó su esposo para que se hiciera cargo de él. Sospechaba de su marido, pues eran muchos los años que don Luis Méndez de Quijada, mayordomo del emperador, llevaba fuera del hogar, pero no se atrevía a preguntarle de dónde procedía el niño, porque en el fondo temía escuchar la verdad.

Sin embargo, la orden de Carlos V para que la familia Méndez de Quijada se trasladase a vivir cerca de Yuste hacía sospechar a doña Magdalena que algo tenía que ver Jeromín en todo aquello.

Esta desconfianza se incrementó cuando el emperador manifestó sus deseos de saludarla, y pidió que la acompañara el pequeño que tenían recogido.

Más tarde, doña Magdalena volverá a sorprenderse al comprobar las atenciones que Carlos V le dispensa, enviándole diferentes presentes.

¡Cómo me hubiera gustado que mi padre se comportara así! Además, el emperador le reconoció como hijo. En su testamento, en un pliego cerrado que sólo podía abrir su heredero, había escrito:

> Demás de lo contenido en este mi testamento, digo y declaro que, por cuanto estando yo en Alemania, después que enviudé, tuve un hijo natural de una mujer soltera, el cual se llama Jerónimo… Si no tuviereis razón de donde esté este Jerónimo, lo podréis saber de Adrián, ayuda de mi cámara; o en caso de su muerte, de Oger, mi portero de cámara…

Yo ya conocía los nombres de estos servidores del emperador. Sabía que pertenecían al reducido grupo de personas que participaban de los secretos más íntimos de Carlos V. Mi abuela, Bárbara Blomberg, me había hablado de ellos. Los recordaba con odio y rencor.

> … Nunca olvidaré, Ana, ni los rostros ni los nombres de aquellos dos personajes que con su visita hicieron de mí la persona más desgraciada. No era la primera vez que les veía. En mis encuentros con el emperador había coincidido muchas veces con Adrián Du Bois, él siempre estuvo al

tanto de todo lo concerniente a su señor.

Du Bois era un hombre afable y muy educado, lo mismo que Oger Bodard. Seguro que si se pudiesen colocar en los platos de una balanza los aspectos positivos y negativos de sus personalidades, pesarían mucho más los buenos, pero conmigo les tocó interpretar un papel despreciable.

Ellos, Ana, arrancaron de mis brazos al hijo del emperador, aquel niño, ¡qué también era mío!, ya no me pertenecía. Eran las reglas del juego. Yo no sólo las había aceptado, sino que me parecían bien.

Sin duda, el recién nacido tendría más posibilidades de situarse en la vida al lado de su padre.

Para mí —una joven de diecinueve años—, un hijo natural significaba un problema, una deshonra.

Sin embargo, qué distinto resultaba todo después de tener entre tus brazos al ser diminuto al que has dado vida. Ana, no existe nada, nada, más maravilloso y profundo que la maternidad.

Por ello, cuando se llevaron a mi hijo perdí la cordura y busqué la muerte. De verdad, Ana, no quería seguir viviendo sin él.

Sabía que su padre no le abandonaría y que yo no volvería a ver su hermoso rostro. Era parte de mi ser, aún podía notar el vacío dejado en mi vientre…

Cuando leí por primera vez esta carta de mi abuela, me emocioné, aunque pensé que exageraba. No quería creer muchas de las cosas que me contaba; la odiaba, centraba en ella todo el rencor, la culpaba de mi situación en la vida, y en el momento que pude vengarme lo hice. Le pedí al licenciado Baltasar Porreño que no figurase en la biografía que escribió sobre mi padre el nombre de Bárbara Blomberg como madre de don Juan de Austria.

Hoy me arrepiento de aquella decisión. Mis sentimientos hacia mi abuela han ido cambiando. Tal vez el paso de los años, como ella decía, influye. Lo cierto es que me he convertido en una persona bastante comprensiva. He aprendido a no ser inflexible. Es muy fácil juzgar las acciones y el comportamiento de los demás sin tener en cuenta las razones que les movieron a actuar de esta y no de otra forma.

Yo nunca habría imaginado el dolor de mi abuela al desprenderse de su hijo. Siempre pensé que ella no quería a nadie y que, por tanto, estaba inmunizada al sufrimiento.

Adrián Du Bois, cumpliendo los deseos del emperador, entregó a Jerónimo, Jeromín, a un empleado de la corte, Francisco Massy, haciéndole creer que él, el señor Du Bois, era el padre del pequeño.

La entrega se hizo en Bruselas, según figura en el documento:

> Yo, Francisco Massy, violeur de su majestad, y Ana de Medina, mi mujer, conocemos y confesamos haber tomado y recibido un hijo del señor Adrián de Bues, ayuda de cámara de su majestad, el cual tomamos por su ruego, que nos ha rogado que le tomemos y tratemos y gobernemos, así como si fuese nuestro hijo propio, y no decir ni declarar a ninguna persona quién es dicho niño, porque el señor Adrián no quiere en ninguna manera que su mujer supiese ni oyese hablar de ello, ni ninguna otra persona. Para lo cual: yo, Francisco Massy y Ana de Medina, mi mujer, y nuestro hijo Diego de Medina, juramos y prometemos al dicho señor Adrián no decir ni declarar a persona que sea en esta vida de quién es el dicho niño, sino que yo diré que es mío, hasta que el señor Adrián me envíe una persona con esta misma carta o que el mismo venga en persona. Y porque el señor Adrián quiere tener este caso secreto, me ha rogado, por hacerle buena obra, tomar el dicho niño en cargo; lo cual hacemos de muy buena voluntad yo y mi mujer, y reconozco haber recibido del dicho señor Adrián para hacer este viaje de llevar a este niño, para caballo y dispensa de un año de tratamiento, cien escudos. De lo cual me tengo por contento y pagado de este año. En adelante me da el dicho señor Adrián cincuenta ducados cada año por el tratamiento del niño.

El viaje era a Castilla, aquí debía ser trasladado el hijo del emperador. Es probable que Carlos V lo decidiera así para evitar que mi abuela pudiese mantener contacto con su hijo, y también porque él pensaba regresar y deseaba verle, como más tarde se demostró.

La prueba de que el emperador se preocupaba de su último hijo la encontramos en la llegada —cuatro años más tarde de haber entregado al niño— de uno de sus sirvientes flamencos, Carlos Prevost, a la casa de Ana de Medina, que entonces vivía en las cercanías de Madrid. Venía en busca de Jeromín. Conocían que la educación que recibía el niño no era la adecuada, y por ello decidieron entregárselo a doña Magdalena de Ulloa, que sí se preocupó de su formación, como si de hijo de ella se tratase. Sin

embargo, conmigo se comportó como una extraña. Claro que yo no era hija del emperador, pero mi padre sí, y además ella le había querido como propio, pero, en fin, mejor es olvidar mi infancia.

Hoy soy una mujer fuerte. Una mujer que se ha hecho a si misma. Poseo una firme voluntad, una sexualidad inmadura, por insatisfecha, y aún conservo la ilusión de vivir.

El cargo de abadesa ha dado consistencia a mi personalidad, permitiéndome desarrollar mi capacidad para el mando.

Si algún día se escribe la historia del monasterio de Santa María la Real de las Huelgas, deberán figurar en ella los enfrentamientos que mantuve con los distintos poderes para hacer valer mi autoridad. Casi siempre lo conseguí. Por ejemplo, en el problema de los confesores fue decisiva mi petición al nuncio de Su Santidad para que se pronunciase sobre aquel conflicto. El general del Císter seguía sin enviamos sacerdotes a ninguna de nuestras filiaciones porque no quería reconocer la prerrogativa de la abadesa, para poner veto a los confesores que considerara inadecuados. Al poco tiempo el nuncio dio a conocer la opinión de la Iglesia, en un Breve dirigido al reverendo padre general del Císter. En este comunicado, después de reflejar mi solicitud, decía:

> Considerando pues que esta petición es justa y muy conforme a razón, os mandamos en virtud de Santa Obediencia y bajo pena de excomunión mayor Late Sententle, que asignéis al Real Monasterio y sus filiaciones los confesores de vuestra orden según la costumbre hasta ahora observada, esto es, al arbitrio, voluntad y elección de dicha abadesa y sin intervención de contratos y escrituras de ninguna clase.

Desde entonces no hemos tenido más problemas con los confesores, aunque en la vida de Santa María la Real no faltaban, de vez en cuando, algún que otro contratiempo que yo siempre traté de cortar de raíz. El último se produjo hace unos meses. Estaba protagonizado por los capellanes del Hospital Real.

Es curioso, pero casi todos los problemas a que hube de enfrentarme aparecían capitaneados por hombres. No sé si esta coincidencia se debía al predominio de éstos en los cargos sociales o encerraba una velada

protesta al tener que someterse a la voluntad de una mujer. Yo creo que en el caso de los capellanes fue ésa la verdadera razón, porque jamás reaccionarían como lo hicieron si la justicia estuviera impartida por un hombre y no por una mujer.

Cuando les condené a pagar 500 maravedís a cada uno por no haber asistido, como era la costumbre, a la procesión del Santísimo Sacramento que se celebraba en la octava del Corpus dentro del monasterio, no sólo se resistieron a pagar la multa sino que alguno de ellos, como Pedro Arroyo, se dedicaron a realizar comentarios totalmente inadecuados, que yo no podía consentir, y por ello ordené fuesen encarcelados.

Aquella medida resultó decisiva. Dentro de la cárcel comprendieron la inutilidad de su resistencia, y fue entonces cuando decidieron declarar y prometer ante escribano que deseaban mucho servir a la señora abadesa y darle gusto, y que ejecutarán puntualmente lo que manda por su decreto, por evitar pleitos y diferencias, y por temor que la dicha abadesa, como tan poderosa, no les moleste ni haga ninguna vejación.

Era muy importante, por el bien del monasterio, que la abadesa pudiese ejercitar la autoridad que conlleva el cargo. Nadie mejor que ella para velar por los intereses de la Real Casa. Yo lo estaba demostrando en mi mandato.

Es verdad que pudiera sorprender, e incluso molestar, el poder que poseíamos las abadesas, pero así lo habían querido los fundadores del monasterio. Cuando el rey don Alfonso VIII de Castilla y su esposa, la reina doña Leonor Plantagenet, entregaron Santa María a doña Misol, primera abadesa, dejaron muy clara su voluntad:

«… os lo damos a vos Misol, abadesa, y a todas vuestras hermanas presentes y futuras para que sea perpetuamente por vosotras disfrutado».

Quisieron los reyes fundadores darle a Santa María prioridad sobre el resto de los monasterios cistercienses que, desde entonces, hubieron de someterse a la autoridad y mandato de la abadesa de las Huelgas. A este poder se unía el civil, porque Santa María, al ser fundación real, cuenta con jurisdicción señorial sobre las villas de su dominio, incluidos los habitantes.

El rey don Alfonso VIII solicitó y consiguió del papa Clemente III la exención de diezmos para Santa María y la autonomía del monasterio en relación con el obispado.

En estos cuatro siglos de existencia, la jurisdicción eclesiástica de la abadesa de las Huelgas ha sido reconocida por los sucesivos pontífices. Igual lo ha hecho Urbano VIII, el actual papa.

Mi relación con Urbano VIII, a través del nuncio, es excelente. Ellos, como representantes de la Iglesia, aprueban mi gestión, y siempre he contado con su apoyo. Conmigo ha regresado el antiguo esplendor al monasterio, pero ¿y después? Muchas veces me he preguntado qué sucederá cuando yo deje las Huelgas. Las abadesas volverán a ocupar el cargo durante tres años, ante la inexistencia en el convento de religiosas de sangre real o emparentadas con la monarquía. Afortunadamente, cada día son menos las hijas naturales a las que encierran en los monasterios. No sé si será debido a que nacen menos bastardos o porque éstos son varones.

Dos hijas del rey Fernando el Católico fueron monjas, en el convento de Madrigal, por orden de la reina doña Isabel, sin que lo supiese su marido. Una de ellas llegó a ser abadesa aquí, en las Huelgas, y curiosamente le permitieron no cambiar el hábito de agustina, como yo tuve que hacer. Claro que a mí me daba lo mismo.

También una hija de mi abuelo, el emperador Carlos V, creo que se llamaba Juana, está enterrada en el convento de Madrigal, donde murió de niña.

Ninguna hija natural del rey don Felipe II, que yo sepa, ingresó en religión. Probablemente no las tuvo, o tal vez no las reconoció.

De quien me atrevo a afirmar que no tuvo hijos naturales es del rey, don Felipe III. Si todos los monarcas fuesen como él, no tendrían razón de existir estas instituciones reales; cárceles para hijas no deseadas, sepulcros de ilusiones y de amores no consumados, «vergel» donde inocentes criaturas expían el pecado de sus progenitores.

Pues bien, a pesar de que me alegraba de la crisis de realeza, en Santa María me preocupaba su futuro. Por ello decidí solicitar al

papa Urbano VIII confírmase en una bula las prerrogativas, gracias, libertades y privilegios que al real monasterio habían sido concedidos y de los que actualmente gozaba.

Rebusqué entre los papeles, encima de mi mesa. Sabía que la bula estaba aquí. Ayer me la había traído la hermana doña Rosario Muñoz, para copiar su texto del que tan orgullosa me sentía. No podía evitar cierta emoción cuando leía el encabezamiento del escrito pontificio:

> *Dilecte in Christo Filia Anne ab Austria Abbatisse Monasterii Monialium de las Huelgas prope et extra muros Civitatis Burgerisis NULLIUS DIOECESIS, Ordinis Cisterciensis…*

Su Santidad, Urbano VIII, confirmaba en esta bula, de forma solemne, la jurisdicción eclesiástica de la abadesa del Real Monasterio de las Huelgas y, por primera vez en la historia, se refería a ambos como *NULLIUS DIOECESIS*. La Santa Sede reconocía nuestra independencia.

Urbano VIII, además, nos concedía a mí y a todas mis sucesoras, en la abadía de las Huelgas, la autoridad para formar estatutos, capítulos y elaborar decretos para la buena marcha del monasterio. Estos decretos deberían contar, antes de aplicarlos, con el visto bueno del obispo de Osma.

Me sentía orgullosa y satisfecha de mis años como abadesa.

Mandé a una de las criadas en busca de la hermana doña Rosario, con la que necesitaba despachar algunos temas. Doña Rosario y otras seis hermanas formaban un eficaz equipo de gobierno. A mediodía me reuniría con ellas. Las había convidado a almorzar con el deseo de agradecerles su apoyo y colaboración.

Miré el paquete de cartas de mi abuela. El papel se había ido oscureciendo, llevaban casi treinta años en mi poder y siempre las mantuve muy cerca de mí. En ellas se muestra la realidad de una existencia. La existencia de una mujer que quiso ser fuerte y lo

consiguió, aunque para ello hubiera de sepultar, junto al amor por su hijo, su propio corazón.

Ana, tardé mucho en reponerme de aquel desgarro, pero al final lo hice, mas nunca volví a ser la misma persona. Sólo mi aspecto físico me recordaba lo que había sido. En mi interior nada concordaba con la joven que fui; una muchacha soñadora que esperaba lo mejor de la vida, que ansiaba enamorarse y entregar su corazón y que jamás había pensado en conocer al hombre más importante del mundo.

La primera vez que recuerdo haber oído hablar del emperador fue a comienzos de la primavera de 1541. Tenía yo, entonces, catorce años. Esa edad difícil en que te domina la inseguridad: sufres porque no encuentras nada en ti que te satisfaga; rechazas tu cuerpo y odias las imperfecciones de tu cara. Es en esa edad cuando empiezas a descubrir a los hombres. A esa edad, era normal, si vivías en Ratisbona y tu familia poseía medios, te enviasen a casa de la señora Roth para aprender a comportarse en sociedad; te enseñaban canto, pintura, danza y cómo agradar a los hombres. Todas esperábamos conquistar al mejor de los maridos.

Alma Roth era una mujer mayor. En su rostro aún se podía observar la belleza de sus rasgos. Su porte de gran señora nos dejaba extasiadas y, sin duda, constituía la mejor garantía de su magisterio.

La señora Roth mantenía muy buenas relaciones con las cortes de diferentes países. Ella había viajado mucho y vivido en Francia e Italia. No faltaban quienes atribuían su influencia a viejos romances, aunque, en realidad, nadie sabía nada de su pasado. Incluso se ignoraba su estado civil. Pero lo cierto es que, en Ratisbona, gozaba de cierto prestigio; cuando querían organizar fiestas en honor de ilustres visitantes, Alma Roth recibía el encargo de dirigirlo todo. A veces invitaba a alguna de sus alumnas a participar en aquellos actos.

Y así fue como la señora Roth aceptó la propuesta de idear las celebraciones festivas de la visita del emperador a Ratisbona.

Carlos V tenía prevista su llegada a comienzos de abril de 1541.

Yo viví los preparativos en casa de Alma Roth y en toda la ciudad, que se engalanó para recibir a su emperador.

Un mes permaneció Carlos V en Ratisbona. No pudo conseguir los objetivos que se había propuesto al convocar la Dieta porque la mayoría de príncipes luteranos permanecieron inflexibles y fieles a su nueva fe.

Se decía que el emperador, a pesar de los desacuerdos, había disfrutado de su estancia en Ratisbona. Yo escuchaba los comentarios de

alguna de las muchachas que le habían conocido, historias que a mí ni me interesaban.

Después de la partida del séquito imperial, la ciudad volvió a la normalidad y la actividad en casa de la señora Roth también.

El emperador regresaría cinco años más tarde.

Mi futuro, Ana, como el de cualquier joven de la burguesía alemana, estaba decidido: me casaría con alguien de mi misma clase social, es decir, un comerciante, un empleado o un pequeño propietario del que, con un poco de suerte, me enamoraría y tendríamos varios hijos.

Aceptaba mi destino, aunque me hubiera gustado destacar en alguna faceta artística y poder dedicarme a aquello para lo que estuviera dotada. Pero siempre fui una nulidad, excepto en el canto; no carecía de oído musical y mi voz no era mala, cantaba bastante bien y, eso fue, Ana, lo que Alma Roth me iba a encomendar en la fiesta del emperador: cantar.

En 1546 me había convertido en una hermosa mujer. No faltaban pretendientes a mi mano, aunque, de acuerdo con mi familia, habíamos decidido esperar.

Mi vida discurría feliz. Seguía frecuentando la escuela de la señora Roth, pero con menos asiduidad, pues había terminado mi etapa de aprendizaje, aunque los lazos de amistad establecidos con mi maestra me llevaban a visitarla alguna tarde.

Un día mandó llamarme. Acababa de comenzar el mes de abril de 1546.

—Mi querida Barbarita, os sienta estupendamente el pelo recogido, estáis bellísima, mas es una pena que nos privéis de contemplar vuestra espectacular melena. Siempre os he dicho que poseéis el cabello más maravilloso de toda Alemania.

Sabía que Alma Roth deseaba pedirme algo, no por los halagos, habituales en ella, sino por llamarme Barbarita. Siempre que lo hacía era porque deseaba algo de mí.

—Señora Roth, me abrumáis con vuestros piropos. Estoy encantada de veros. Nada más recibir vuestro mensaje he venido. Decidme qué deseáis.

—Tan directa como es costumbre en vos, me parece, Barbarita, que habéis olvidado alguno de los consejos que os di. Ya sabéis el cariño que os profeso y cuánto me alegraría vuestro éxito personal. Sé que sois muy exigente, y hacéis muy bien. He pensado que, tal vez, os agradaría participar en una de las fiestas que voy a organizar en honor del emperador, que llegará dentro de unos días a Ratisbona. Para mí sería muy importante que aceptaseis, pues sois la joven más hermosa de toda la ciudad y además sabéis cantar. Al emperador, Barbarita, le gusta la

música, y estoy segura de que vería con sumo agrado vuestra presencia.

—Señora Roth, sabéis muy bien que no soy cantante. Sólo me atrevo a entonar alguna canción cuando me encuentro entre amigos, pero ¡¿ante el emperador?!

—No seáis modesta, Bárbara. No lo hacéis mal. Vuestra voz es muy bonita, y vos ¡bellísima!

Ana, mi querida Ana, sucedió como te lo estoy contando. Debo decirte que yo no deseaba acudir a la fiesta. No era tonta y quería casarme como una mujer honrada.

Asistir era como colocarse al borde de un precipicio, pero Alma Roth me convenció, y en ese momento unió su destino al mío, porque diez meses más tarde dejaría todo para estar conmigo.

El día 10 de abril el emperador llegó a Ratisbona. El recibimiento fue totalmente distinto del que yo recordaba de 1541, y es que la ciudad había adoptado la Reforma en 1542, y la Liga de Schmalkalden, integrada por los príncipes luteranos, va a ignorar esta nueva convocatoria de la Dieta, realizada por Carlos V.

La Liga de Schmalkalden era cada día más fuerte y poco a poco extendía sus dominios, ocupando fortalezas imperiales.

Esta complicada situación hacía presagiar lo peor, porque todos sabían que los ánimos imperiales no eran, tampoco, los mismos que en 1541.

En aquel tiempo, Carlos V se conformó con seguir siendo emperador, aunque hubiera de admitir en el seno de su imperio la división religiosa; pero ahora, en 1546, estaba fortalecido por el inicio del Concilio de Trento y parecía cierto que el emperador intentaría devolver la unidad religiosa a Alemania.

Yo, impaciente y nerviosa, esperaba el aviso de la señora Roth para acudir a la fiesta.

A los tres días de la llegada del emperador, Alma Roth acudió a mi casa.

—Bárbara, mañana conocerás al emperador. Seguro que dispones de trajes bonitos, pero he pensado que éste puede hacerte ilusión. Es muy especial y creo te sentará bien.

Era un vestido verde, elegante por su sencillez y con unos hilos dorados que lo hacían resplandecer. Me pareció magnífico.

—Muchísimas gracias, señora Roth, sois muy amable, pero ¿estáis segura de que debo asistir?

—Sí, querida. Además, presiento que el emperador se fijará en ti.

—¿Y qué debo hacer?

—Nada. Mostraos amable, sonreíd. Sonreíd todo el tiempo.

—¿Y si quiere acostarse conmigo?

—Entonces habréis triunfado.

—Pero yo no tengo ninguna experiencia.

—No os preocupéis, eso aumenta vuestro encanto.

—¿Quién querrá casarse conmigo después?

—No te inquietes, Bárbara, yo me ocuparé siempre de ti.

Ya te he comentado, Ana, que no deseaba ir, aunque en el fondo me sentía halagada y, en cierta forma, no acudir me hubiera decepcionado. En definitiva, asistí a la fiesta del emperador porque quise, y lo hice asumiendo todos los riesgos, esperando algún favor, y sobre todo por el gran honor que se me hacía.

Y allí estaba. Me encontraba en plena fiesta. Afortunadamente, no tuve que cantar.

No había mucha gente; pero sí señoras muy guapas y nobles caballeros. Había cuadros, tapices, luces, jarrones, alfombras, flores, esculturas, relojes… ¡Todo contribuía a realzar la belleza! Siempre he encontrado reconfortante la ausencia de fealdad, de miseria y pobreza. Aquella noche nada desentonaba, resultaba fascinante.

Nunca he hablado con nadie del emperador, Ana, pero contigo sí lo haré. Tú llevas su sangre, y como no leerás las cartas hasta después de mi muerte, ya no me importa.

No sé si debido a la gente que le rodeaba y que, sin duda, contribuía a que te fijaras en él o porque de verdad poseía una fuerza especial, lo cierto es que era distinto. Yo le veía como algo irreal envuelto en un halo luminoso.

Era un hombre mayor, contaba entonces cuarenta y seis años, y estaba enfermo. Hacía mucho tiempo que le asediaba la dolencia que suelen padecer los grandes comedores y bebedores; los síntomas de gota ya se le habían manifestado en su juventud.

Era de estatura mediana y su rostro aparecía desfigurado por la prominencia de la barbilla. Sólo sus ojos podían calificarse de hermosos. Y yo los miré, los miré con insistencia, consiguiendo que los fijara en los míos. Desde aquel momento, Ana, el emperador estuvo pendiente de mi presencia, aunque nada sucedió.

Carlos V no se dignó pedir que me presentaran.

En ese sentido se podía considerar fracasada mi asistencia a la fiesta. Pensé que tal vez fuera mejor así. Estaba convencida de que no volvería a encontrarme con él.

De ahí mi sorpresa y alegría cuando, a los pocos días, me comunicaron que el emperador solicitaba mi presencia.

Volví a ponerme el mismo vestido verde, pero en esta ocasión hice

que me recogieran el cabello en una hermosa trenza.

Cuando llegamos a la entrada de la residencia del emperador me sorprendió la ausencia de carruajes. No se veía a nadie. ¿Se habrían equivocado de día? No era posible, pues habían enviado a recogerme.

El hombre que me acompañaba no decía ni una sola palabra. Me guiaba, en silencio, a través de pasillos y salones. Por fin me dejó en una pequeña habitación, muy íntima y acogedora. En aquel mismo momento me di cuenta, Ana, de que no estaba previsto celebrar ninguna fiesta, y me horroricé.

De verdad sentí miedo, un miedo especial, como una especie de regocijo que recorría todo mi cuerpo. El hombre más importante del mundo deseaba conocerme, iba a estar a solas con él.

Al doblar la rodilla, en señal de respeto, noté que una firme presión en mis brazos levantaba mi cuerpo, impidiéndome así llegar a realizar completa la reverencia, que tanto había ensayado.

Después de ver como el criado que me acompañaba se alejaba de mi casa, me fui en dirección al río. No me importaba lo avanzado de la noche —había estado con el emperador más de tres horas—, deseaba expresar mi euforia, quería que los lugares más íntimos de mi ciudad me contemplaran aquella noche y pudieran sentirse satisfechos de mí, por ser la elegida del hombre más importante del mundo.

¡Ay!, qué tonta, sentimental y romántica era. Recuerdo que, cuando estaba en el puente de piedra sobre el Danubio, lloré de felicidad. No te imaginas, Ana, el placer que se puede experimentar al sentirse deseada, al convertirse en lo más importante —aunque sólo sea durante un rato— para un personaje como el emperador.

Miré las torres góticas de la catedral y, henchida de orgullo, pensé que yo también podría formar parte, un día, de la historia de Ratisbona. Esperaba que Carlos V hubiera encontrado, en mi juventud y belleza, estímulo suficiente para superar la melancolía que tan frecuentemente le embargaba, y volviese a solicitar mi presencia.

Y así sucedió. Yo fui, Ana, la pasión última de Carlos V. Mi presencia le resultó beneficiosa en aquellos tiempos, difíciles tiempos para la corona imperial.

Conmigo recobraba fuerzas ya olvidadas, mientras se preparaba para la guerra.

Nadie podía sospechar, observando la actividad del emperador en Ratisbona, que estuviera organizando un ejército para acallar la voz y terminar con el poder —cada día mayor— de los luteranos en el imperio.

Incluso decidió que parte de su familia se reuniera con él. De esta forma Carlos V pretendía cerrar pactos matrimoniales y despistar aún más a los príncipes luteranos de la Liga Schmalkalden, haciéndoles ver que él no se preocupaba de la guerra.

En Ratisbona se celebraron, en medio de grandes festejos, las bodas de dos sobrinas del emperador, las hijas mayores de su hermano Fernando, rey de Romanos.

La archiduquesa María se casó con el duque Guillermo de Cléves, y la archiduquesa Ana con el duque Guillermo de Baviera.

Llegué a conocer muy bien a tu abuelo, del que nunca estuve enamorada, y por ello me comporté como la amante perfecta.

Muchos días, me quedaba a pasar la noche en el Goldene Kreuz. Así me lo había pedido el emperador, pues le gustaba verme cuando regresaba a sus aposentos después de una reunión de gobierno o de una fiesta.

A mediados del mes de julio supe que estaba embarazada. No me atreví a decírselo al emperador. Pensaba que el momento no era el adecuado.

Carlos V había dado por finalizada la Dieta, de la que nada consiguió, y ya no dudaba del empleo de las armas. Elaboró un decreto contra los dos máximos dirigentes de la Liga de Schmalkalden, el príncipe elector de Sajonia y Felipe Landgrave de Hesse, declarándoles fuera de la ley.

Alma Roth se brindó para comunicarle al emperador mi embarazo, pero no acepté. Sabía que debía ser yo quien lo hiciese, aunque me resultase muy difícil.

Te preguntarás, Ana, cuál fue mi reacción al conocer mi nuevo estado. Debo confesarte que fui bastante inconsciente; no acababa de creerme lo que me estaba sucediendo. No experimentaba ningún sentimiento maternal, y la idea de tener un hijo, a pesar de ser del emperador, no me hacía sentir dichosa.

A tu abuelo le quería, no le amaba, como ya te dije. Le quería porque era amable y tierno conmigo, ¡le admiraba tanto!

Cuando me miraba, me convertía en la mujer más importante y maravillosa del mundo. Ana, me gustaba mucho hacerle feliz. Tal vez por ello rehuía darle la noticia.

Sin embargo, Carlos reaccionó bien. Tuve que prometerle que me cuidaría. El emperador pensaba en el ser que ya vivía dentro de mí. Deseaba que llegase sano y fuerte a este mundo. Él se encargaría, a través de sus servidores de confianza, del recién nacido, pero hasta que ellos lo recogieran, yo debía ocuparme de la criatura. También me pidió que

fuera discreta.

Nos despedimos, no sin cierta emoción. Carlos V aparecía cansado. Su enorme responsabilidad no le concedía treguas. Unas veces los problemas surgían en Italia, otras en España, Flandes o Alemania. El emperador no sólo se dedicaba a planificar la estrategia de la inminente guerra para recuperar todo el poder en el imperio, sino que seguía decidiendo los destinos de sus reinos. Recuerdo que aquella mañana había enviado despachos a Castilla. En uno de ellos nombraba a Valdés Salas inquisidor general. Era el 31 de julio de 1546. Tres días más tarde el emperador abandonaría Ratisbona para dirigirse a Landshut. Se disponía a ponerse al frente de los ejércitos.

A veces me despertaba creyendo que mi relación con el emperador había sido un sueño, mas cuando pasaba la mano por mi vientre comprobaba que era real.

Vivía totalmente retirada, alejada de las miradas curiosas. Alma Roth cuidaba de mí. Abandonó su vida, olvidándose de sí misma por ayudarme.

Residíamos en una de las zonas más discretas de la ciudad. La casa resultaba confortable y no carecíamos de nada, excepto de libertad para salir a la calle.

Pasé casi cinco meses encerrada. En este tiempo, la señora Roth, que era un pozo de ciencia, me enseñó a bordar y a hacer encaje.

Algunos días se apiadaba de mí y, juntas, abandonábamos la casa al anochecer, sin que nadie nos viera.

Eramos conscientes del riesgo de aquellas escapadas, pues incluso mis amigas creían que me había ido de Ratisbona siguiendo al emperador, pero necesitábamos respirar aire puro.

En febrero nació mi hijo, un niño muy hermoso. Me alegré de que fuera varón. La vida sería más fácil para él.

A pesar de que la primavera estaba próxima, seguía nevando. Recuerdo que pasaba muchas horas contemplando como los blancos copos cubrían la ciudad.

Me sentaba detrás de la ventana, con mi bebé en brazos, infundiéndole mi calor y recibiendo su tibieza, agradecida.

La vida, Ana, empezó a cambiar para mí con la presencia de aquel ser diminuto que dormía en mi regazo. Mi hijo se convirtió en lo más importante del mundo.

Cada día rogaba a Dios no llegase nunca el momento en que me obligaran a separarme de él.

Una tarde vi acercarse un carruaje y empecé a temblar. ¿Y si venían por él? Instintivamente le cogí y salí corriendo a esconderme. Alma Roth

me observaba.

—Bárbara, ese momento llegará y deberéis afrontarlo con valentía. Tenéis toda la vida por delante. Es posible que reanudéis vuestra relación con el emperador o que os caséis.

—Señora Roth, únicamente quiero a mi hijo. ¿Por qué no nos ayudáis a desaparecer?

—Estáis loca, Bárbara, ¡es hijo del emperador!

—¡Y mío! Yo le he dado el ser.

Habían pasado varios meses desde el nacimiento del pequeño y, afortunadamente, seguíamos sin noticias de la corte.

Deseaba que los triunfos obtenidos por el emperador en el campo de batalla le hicieran olvidarse de nosotros; Carlos V consiguió asestar un duro golpe a la Liga de Schmalkalden. Sus líderes, Felipe de Hesse y el príncipe elector de Sajonia, fueron hechos prisioneros.

Después de la victoria de Mülhberg, el emperador recuperó el control del poder en Alemania.

Aquel año de 1547 resultó bueno para los intereses del imperio.

Tu padre, Ana, crecía fuerte y sano.

Tenía quince meses cuando se lo llevaron. No volví a verlo hasta veintisiete años más tarde.

Tal vez si se hubieran hecho cargo de él al poco tiempo de nacer, mi sufrimiento había sido menor. Además, nadie podría arrebatarme nunca el año vivido junto a mi hijo, pero ¿cómo seguir haciéndolo sin su presencia?

Ana, juré que no volvería a permitir que me hicieran daño. Sin duda, lo mejor para conseguirlo era quererme sólo a mí, sólo a mí y a nadie más.

Pasaba los minutos, las horas y los días repitiéndome esta misma frase: «quererme sólo a mí, sólo a mí».

Alma Roth se ocupó de todo y organizó nuestra marcha de Ratisbona. Trataba de encauzarme de nuevo en la vida. Yo estaba dispuesta a ser feliz, como una mujer nueva: el pasado no me interesaba, había dejado de existir para mí. Se quedaba oculto entre las piedras de mi ciudad.

Sólo me permití una pequeña concesión al pasado; en mi equipaje llevaba el vestido verde que me había regalado la señora Roth, el vestido con el que seduje al emperador.

Ana, esta decisión no respondía a un sentimiento romántico o nostálgico. Era más bien un acto simbólico, envuelto en una cruda y real ironía, ya que en mis planes de futuro la seducción iba a jugar un papel definitivo.

¡El vestido verde! Ese era el traje que me había regalado mi prima Bárbara. Recuerdo que cuando leí este texto de mi abuela me vino a la memoria lo que mi prima me había dicho: «Ana, estoy segura de que a la abuela le gustaría que tú poseyeras este vestido». Y lo mismo que entonces pensé en el sentido que podría encerrar aquella frase.

Dejé el paquete de cartas de la abuela y me dirigí hacia uno de los arcones donde guardaba la ropa. Acababa de ocurrírseme una idea: si el traje verde aún me servía, ello significaría que la decisión que pensaba tomar era la correcta, y si no la descartaría.

Cuando le expliqué a la hermana doña Rosario la prueba a que me había sometido, sonrió.

—No me sorprende en vos, excelencia, porque muchas de vuestras reacciones siguen siendo las de una niña —me dijo.

—Hermana doña Rosario, ¡cuánto os quiero para no enfadarme con vos por lo que me habéis dicho, y cómo me debéis de querer vos para atreveros a decírmelo!

—Ya sabéis, reverenda madre, que, si fuera necesario, daría con gusto mi vida por la vuestra.

—¿Habéis pasado al Martirologio la nota que os di?

—Sí, excelencia. Vuestra decisión de que la comunidad rece perpetuamente el último día de julio por san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, ya ha quedado establecida como norma en este monasterio de las Huelgas. El tema del Ayuntamiento de Burgos también se ha solucionado. Todo está en orden. ¿Cuándo deseáis que celebremos la misa por vuestra hermana, la duquesa de Petrabona? ¿Esta tarde o preferís mañana?

—Esta tarde. Mañana, doña Rosario, es difícil que pueda asistir.

Mi querida Juana. Nunca pudimos vemos, ni abrazarnos, aunque sí, a pesar de la distancia, conseguimos consolamos mutuamente y reforzar nuestra relación de auténticas hermanas. Después de su muerte, ocurrida este mismo año de 1629, ofrecemos todos los meses una misa en sufragio de su alma.

Juana tuvo la suerte de crear una familia y la alegría de disfrutar de ella. También pudo conocer a su nieto. No fue tan desgraciada

como yo.

Aquel niño la había llenado de gozo. Pensaba en lo orgulloso que se sentiría nuestro padre si pudiera verle. Era el primer descendiente varón.

Es curioso que, aun habiéndonos abandonado, tanto Juana como yo adorásemos la memoria de nuestro progenitor. Bien es verdad que todo el mundo le admiraba. Recuerdo que cuando leí, en la biografía que encargué al licenciado Porreño, las virtudes del Señor don Juan de Austria, y el vacío que produjo su muerte, me emocioné.

> Heroicas virtudes ilustraron su vida, porque tuvo libertad, gravedad, fe, verdad y fidelidad, venciendo con clemencia y gobernando con benignidad. Anduvo con los suyos muchos tiempos en campaña rasa, sujeto al frío y a la helada y al granizo, sin desmayar un punto ni faltar a sus obligaciones, porque siendo en todo mayor, era en el trabajo igual; en el amor, hermano, y en la solicitud y compasión, padre.
>
> Lastimábale el corazón no poder socorrer a muchos de sus soldados en tiempos de graves necesidades, y puesto en esta agonía pedía a Dios misericordia para sí y para los suyos.
>
> Lloráronle, y con razón, los esforzados capitanes, que vieron quebrada, con su muerte, una firme columna de la fortaleza; lloráronle los prudentes republicanos, pues perdieron en él un rico depósito de la prudencia civil; lloráronle los gobernadores y jueces, pues, les faltó un vivo retrato de la justicia; lloráronle, finalmente, todos los buenos, pues con su falta les faltó un raro ejemplo de modestia, recato, fidelidad y bondad.
>
> Él fue el retrato de un verdadero gobernador y capitán general, y será su fama perpetua, pues lo son sus empresas, victorias y hazañas: que así medra quien bien sirve.

Me sentía satisfecha por el resultado del encargo hecho a Porreño. La biografía de mi padre era espléndida; en ella se reflejaba la personalidad y la obra de don Juan de Austria de forma fidedigna.

Cuando mi hermana Juana la leyó, le sucedió lo mismo que a mí. Recuerdo que me escribió dándome las gracias por difundir la memoria de nuestro progenitor. Juana se mostraba ilusionada al saber que yo estaba tratando de localizar objetos, recuerdos de

nuestro padre y de las batallas en que había participado. Me hizo llegar dinero, quería colaborar conmigo, en lo que, sin duda, constituía una forma de recuperar el pasado, de enriquecer nuestro legado histórico.

Después de muchos esfuerzos, conseguí algunos trofeos de la batalla de Lepanto; varias colgaduras, gallardetes y un dosel.

Todo ello lo he donado a esta Real Casa, para que pase a formar parte del tesoro artístico que posee.

Cuando pienso en mi querida hermana Juana, me doy cuenta de que he sido injusta al afirmar que nadie me quiso, porque ella, desde el momento en que supo que yo existía, se preocupó por mí.

También yo lo hice, aunque para mí era más fácil; yo no tenía a nadie, pero ella sí, y sin embargo me quiso.

Juana me ayudó siempre con su afecto, y ahora, en su testamento, volvía a acordarse de mí. Me dejaba una renta anual de 300 ducados y me rogaba protegiera a su hija.

Juana podía descansar tranquila, yo siempre cuidaría de mi única sobrina, aunque ella no necesitaba ayuda. Margarita, felizmente casada con Federico Colonna, duque de Paliano, disfrutaba de una vida tranquila y segura junto a su marido y su hijo. Aquel niño que había alegrado los últimos años de la vida de mi hermana.

¿Qué habría sido de mi prima Bárbara? Nunca olvidaré que ella, con su presencia en el convento de Madrigal, me proporcionó el primer calor familiar. Bárbara se preocupó de cumplir el deseo de la abuela y acudió a verme a mi salida de la cárcel.

Sólo una vez, en todos estos años, tuve noticias suyas. Me escribía desde Ratisbona, la ciudad de nuestra abuela.

Bárbara, según me contaba, se había propuesto conocer diversos países. En principio pensó dirigirse a Italia para visitar a Juana, pero cambió de idea y se encaminó hacia Alemania.

Más de cinco años tardó en llegar a Ratisbona, porque Bárbara se detenía en el camino para trabajar cuando se le terminaba el dinero. Llevaba una vida de aventura, probablemente divertida, mas a mí me parecía extremadamente peligrosa. Ella decía ser feliz y quería convertirse en una buena pintora.

Bárbara, sin duda influenciada por la abuela, soñaba con ocupar un puesto en la Corte de alguna reina, amante de la cultura, que apoyase la presencia de mujeres en trabajos casi siempre exclusivos de los hombres.

El ejemplo que la abuela le habría dado era el de la pintora Caterina van Hemessen, que permaneció en la corte de la reina doña María —la hermana del emperador—, y que incluso había venido a Castilla con doña María, regresando a los Países Bajos a la muerte de ésta. A la abuela, me lo decía en muchas de sus cartas, le hubiera gustado tener una profesión artística. Envidiaba la posición de Caterina, porque en el fondo, aunque no lo reconociera, deseaba disponer de una independencia que sólo con el trabajo podía conseguir, pero era muy difícil.

Caterina van Hemessen poseía una sólida formación recibida en su propia casa, donde su padre, importante pintor manierista, flamenco, trabajaba.

Casi todas las mujeres pintoras procedían de familias que se dedicaban a este trabajo, como Artemisia Gentileschi y otras. Aunque sí existían excepciones, recuerdo que el señor Marchesi me habló de una pintora en la corte del rey don Felipe II, Sofonisba de Anguisola, que estudió pintura en los talleres de los más famosos pintores italianos de la época. Sofonisba fue llamada a Madrid para convertirse en dama de honor y profesora de pintura de la reina doña Isabel de Valois.

Don Piero Marchesi conoció a Sofonisba de Anguisola en Palermo. La pintora era, entonces, una anciana ciega. En Palermo se conocía y valoraba mucho su pintura, pues Sofonisba había trabajado varios años para la corte virreinal.

Me imagino que la abuela le habría dicho a Bárbara lo complicado que era introducirse en aquel mundo. Bárbara me aseguraba que ella se estaba preparando y que había aprovechado su estancia en distintas ciudades para recibir lecciones de reputados pintores, y que todos la animaban a seguir, pues veían en ella talento para la pintura.

A punto estuvo, me decía, de establecerse definitivamente en

Amberes, ciudad en la que había nacido Caterina van Hemessen, pero un impulso que no consiguió dominar la llevó a Ratisbona.

La carta estaba escrita en enero de 1611. Llevaba casi dos años viviendo en la ciudad de nuestra abuela. Había localizado algunos familiares y pensaba, de momento, asentarse allí. Aunque ella misma se reconocía bastante voluble en sus gustos y decisiones. Bárbara afirmaba que Ratisbona la enamoraba.

Situada en la margen derecha del Danubio, Ratisbona era para Bárbara una ciudad misteriosa por lo intrincado de sus estrechas y laberínticas calles. Decía sentirse atraída por el pasado de aquella ciudad.

> Es imposible, Ana, no pensar en las personas que vivieron en estas hermosas casas; ¿cómo habrá sido su existencia? Es tan sugerente la huella del pasado de Ratisbona, son tan hieráticas sus iglesias y edificios que sientes la necesidad de conocer su historia, ¡y pensar que nuestra abuela formó parte de ella! Estuve visitando, la casa donde nació. Ya no pertenece a los Blomberg.
>
> Muchos días al atardecer voy al centenario y hermosísimo puente de piedra y veo cómo el sol se oculta detrás de las innumerables torres de la ciudad.
>
> Algún día, Ana, inmortalizaré Ratisbona desde este lugar…

Nunca más volví a tener noticias de mi prima Bárbara. ¿Qué habrá sido de ella? No pude responder a su carta, pues no me facilitaba ninguna dirección.

Cuando don Piero Marchesi viajó a Ratisbona, le pedí buscara a mi prima Bárbara por si aún vivía allí, pero no consiguió dar con ella.

Gracias a la carta que Bárbara me había escrito, pude descubrir al señor Marchesi los encantos de Ratisbona. Le hablé del arte de los celtas que se conserva en la ciudad, de la muralla, puerta y fortificaciones, pertenecientes a la época romana, de las plazas medievales, de la sala imperial, donde se reunía y reúne la Dieta imperial, de la catedral gótica, de sus torres y palacios renacentistas, de su puente de piedra, construido en el siglo XI.

Don Piero me miraba sorprendido por la vehemencia con que me expresaba sobre algo que no conocía.

—Doña Ana, nadie diría escuchándoos que no habéis estado nunca en Ratisbona. Fijaos si ponéis pasión en vuestras palabras que me habéis convencido; antes de regresar a Palermo visitaré Alemania. Ya os contaré si Ratisbona resulta tan interesante como la descripción que de ella hacéis.

Al recordar a don Piero Marchesi se me ilumina el rostro. Su existencia fue un estímulo para mí. Nada más conocerle me gustó; amable, simpático, guapo y culto. Era una verdadera delicia hablar con él. Piero Marchesi despertó en mí el deseo de superarme, de aprender. En los últimos siete años había leído más libros que en toda mi vida. Algo cambiaba en mi interior, ya no me sentía tan insegura. Es posible que sin su influencia nunca me atreviera ni siquiera a pensar en una decisión como la que tomaría dentro de unas horas.

Él me ayudó a comprender muchas cosas.

Permaneció casi tres años en España. Nos vimos con frecuencia, pues el señor Marchesi regresaba a Burgos después de sus desplazamientos por la Península.

Recuerdo que a la vuelta de su peregrinaje a Santiago, don Piero me habló del importante intercambio cultural que suponía aquel trasiego de gente por los distintos caminos que conducían a Compostela. Muchos de los peregrinos, procedentes de diferentes culturas, empleaban años en llegar a Santiago y regresar a sus países. Viajaban haciendo altos en el camino. De ahí que en las rutas compostelanas fuera quedando la influencia de sus conocimientos, a la vez que ellos se llevaban a sus tierras algunas manifestaciones de las culturas existentes en los lugares visitados.

Yo conocía bastante bien el tema, pues Burgos se encontraba en uno de los itinerarios a Santiago, y nuestro Hospital Real había sido creado, precisamente, para atender, entre otros, a los peregrinos necesitados.

Los encuentros con don Piero Marchesi se podían calificar como docentes —era la lección que el maestro impartía a su alumna

preferida—, pero en el fondo significaban, los dos lo sabíamos, algo más, aunque nunca nos lo dijéramos.

Don Piero me enseñó a distinguir los diferentes estilos arquitectónicos, a diferenciar un arco de herradura de uno de medio punto, a saber que, según el tipo de arte, se utiliza uno u otro. El monasterio de Santa María constituye un buen escenario para estudiar arte. Aquí se representan distintas corrientes: románico, con arcos de medio punto en las «Claustrillas»; gótico, en la capilla de San Martín; almohade, en la de la Asunción, estilo algo insólito en un convento católico, y que se atribuía a la presencia de arquitectos andaluces llegados de Sevilla durante el reinado del rey Fernando III.

Tal vez por serle más desconocido, a Marchesi le entusiasmaba el arte de la España musulmana, pero sobre todo le interesaban el mudéjar y el mozárabe. Éstos, me explicaba, eran exclusivamente españoles: el mudéjar, realizado por musulmanes en tierras reconquistadas por los cristianos, y el mozárabe, arte de los cristianos en tierras conquistadas por el islam.

También en Santa María se podían observar y analizar estas dos manifestaciones tan distintas y tan iguales. Distintas en su expresión, personalidad y cultura. Iguales en su raíz, sentido y finalidad. Las dos representan la voz de un pueblo sometido.

Marchesi me había entregado el trabajo prometido sobre los dos claustros de Santa María. Él me enseñó a mirar con ojos nuevos las yeserías mudéjares del claustro de San Fernando.

Don Piero decía que la especificidad del mudéjar pertenecía al campo decorativo, de ahí que pudiera combinarse con facilidad en los edificios cristianos.

Tenía razón cuando calificaba el arte mudéjar como risueño y alegre.

Sin embargo, yo me identificaba más con el mozárabe. No disponía de muchos ejemplos en Santa María para estudiarlo, pero la cúpula de la capilla del Salvador me parecía espléndida.

Es posible que yo no fuera objetiva al elegir el mozárabe, y me dejara llevar por el sentimiento, pero mi postura se reforzó cuando

don Piero Marchesi me regaló un dibujo de la iglesia de San Cebrián de Mazote, el pueblo de Valladolid donde mi abuela había vivido en un convento.

El aspecto externo de aquella iglesia era una mezcla perfecta entre la sobriedad castellana y la armónica belleza de la arquitectura califal.

A don Piero Marchesi, como persona sensible, amante del arte y de la historia, le había encantado Ratisbona. Decía que siempre me estaría agradecido por haberle sugerido con mis comentarios la visita a la ciudad imperial alemana.

Sentía muchísimo no haber podido localizar a mi prima Bárbara, y prometía enviarme un dibujo de Ratisbona desde el puente, el mismo que Bárbara pretendía realizar.

¿Qué atractivo encerraría ese lugar para atraer a todos los visitantes?

Nunca sabré si Bárbara consiguió convertirse en pintora, ni si está viva o muerta.

Tampoco sé nada, desde hace dos años, de mi amigo don Piero Marchesi. La última carta estaba escrita desde Palermo. Por fin había regresado a casa después de cinco años de viaje. Veía frecuentemente a mi hermana. Decía echar de menos nuestros encuentros y se disculpaba, pero no iba a enviarme el dibujo de Ratisbona desde el puente, porque lo había pensado mejor y no deseaba privarme de la emoción si algún día tenía la fortuna de estar allí. ¿Se habría vuelto loco? ¿Cómo iba a viajar yo a Ratisbona?

Durante mucho tiempo pensé en lo que habría querido decir don Piero con aquella, para mí, desconcertante decisión.

Esperaba que, después de la muerte de mi hermana, me escribiese; pero, por el momento, ni él ni mi sobrina lo habían hecho.

Al finalizar la misa en recuerdo de mi hermana, la duquesa de

Petrabona, todas las hermanas asistentes me saludaron de forma muy cariñosa y se fueron a realizar sus respectivas labores. Yo tenía bastantes temas de que ocuparme, pero no me apetecía hacer nada antes del almuerzo. Además, a pesar de estar en noviembre, el sol calentaba de forma anormal para aquellas fechas, y en Burgos.

Me fui a las «Claustrillas».

Después de tantos años, aquel claustro era uno de mis lugares preferidos. Resultaba muy agradable sentir el calor del sol. Dentro de la abadía ya estaba encendida la chimenea. Nunca pude soportar el frío.

Este otoño se presentaba distinto o yo quería que lo fuera, porque por primera vez en mi vida estaba decidida a cambiar mis sentimientos y a no dejarme influir por las vivencias de la niñez.

—Reverenda madre, el almuerzo ha sido delicioso. Sois muy amable agasajándonos de esta forma. Si no os importa voy a tomar otro trocito de empanada de manzana. Está buenísima. Hoy nadie me libra del pecado de gula. Hermana doña Rosario, ¿queréis que os sirva un poquito?

Quien así se expresaba era la hermana doña Purificación del Valle, experta en contabilidad, la encargada de las finanzas del monasterio.

Lo cierto es que el almuerzo había sido excepcional, pues la ocasión lo requería. Las hermanas doña Rosario y doña Jacinta, que conocían la auténtica razón, no se sorprendían. Mis criadas se esmeraron en la elaboración de un copioso menú; primero, uvas y orejones; después, capones, ternera rellena, pichones, cabrito y empanada de manzana. Como postre, pasteles de membrillo y hojaldrados.

Menos a doña Jacinta, a todas nos gustaba comer bien. Probablemente el placer de la buena mesa sustituía, en nosotras, otro tipo de placeres.

—Doña Ana, esta mañana he pasado por la capilla de San Juan y he visto el lugar que habéis elegido como tumba. Ya sé que la

muerte es una realidad, aunque no puedo evitar la tristeza que me produce pensar en ella. Perdonadme, reverenda madre, pero ¿por qué esta anticipación? No estáis enferma y aún os quedan muchos años de vida.

—Eso espero, hermana doña Pilar, aunque conviene tenerlo todo preparado. Es la única forma de evitar contratiempos o problemas. Ya conocéis la parábola de las diez vírgenes; las prudentes pudieron entrar, las otras no.

—Yo creo que las vírgenes prudentes faltaron a la caridad, que es mucho más importante que la prudencia. Las vírgenes necias cometieron un error, olvidaron el aceite, pero las prudentes se comportaron de una forma egoísta. El egoísmo es un pecado de mayor gravedad que la falta de previsión o necedad.

Sabía, cuando mencioné aquel pasaje evangélico, que la hermana doña Rosario no podría permanecer callada. Le gustaba llevar la contraria, aunque en este caso yo estaba de acuerdo con ella. No así la hermana doña Jacinta, quien dijo:

—No pueden interpretarse los Evangelios textualmente. Nuestro Señor Jesucristo hablaba mediante parábolas, es decir, que debemos deducir del relato el verdadero mensaje evangélico que, en este caso, es evidente: Jesús nos revela la conveniencia de estar siempre preparados y dispuestos a enfrentamos con la muerte; «velad, pues no sabéis ni el día ni la hora». El aceite y el comportamiento de las vírgenes prudentes es algo anecdótico, porque lo que necesitamos para estar dispuestos a la hora de morir nadie puede dárnoslo. Es necesario haberlo conseguido por nosotros mismos. Y ahora, reverenda madre, si me autorizáis, deseo retirarme.

—Sí, sí, todas nos vamos. Sin damos cuenta hemos alargado demasiado la sobremesa y nos espera mucho trabajo, pero antes de que se vayan, hermanas, quiero agradecerles su amistad y colaboración, sin las cuales no hubiera podido dirigir con tanto acierto este monasterio.

La hermana doña Margarita de Escalada, la más joven del grupo, era muy impulsiva y sincera, tal vez por ello exclamó:

—Ha sido exclusivamente obra vuestra, doña Ana. En la prudencia y autoridad con que nos habéis gobernado radica el éxito conseguido en Santa María. Reverenda madre, ¿pensáis marcharos de las Huelgas? Parece como si quisierais despediros.

—No, en absoluto. Entiendo que penséis así, doña Margarita, porque sólo se suelen dar las gracias al terminar una gestión; sin embargo, hace tiempo que yo deseaba mostraros mi gratitud. Considero que es de personas inteligentes ser agradecidas e, indudablemente, constituye un estímulo para seguir trabajando juntas por el buen funcionamiento del monasterio. Aún nos quedan muchas cosas por hacer.

Al quedarme sola, pedí a las criadas que atizaran la chimenea y encendieran el brasero. Muy pronto haría frío y deseaba organizar documentos y revisar algunas cuentas.

Llevaba trabajando casi dos horas. Me sentía cansada y debía hacer verdaderos esfuerzos para no dormirme. El ambiente caldeado de la habitación contribuía a sumirme en aquella especie de modorra que me dominaba, pero tenía que continuar, era imprescindible que terminase de ordenarlo todo.

No tardaría mucho. Mis pertenencias personales eran escasas: unas cuantas joyas, el dibujo de *Eva*, algunos libros, el vestido de la abuela y las cartas.

No concibo mi vida sin ellas. Las cartas fueron el lazo que me unió con el exterior, con la vida. Las de la abuela me ayudaron a entenderla, tal vez las escribió con esa intención.

> Ana, mi querida nieta. Nunca te he llamado así, hoy lo hago porque después de tantos días desahogándome contigo, te siento cercana a mi corazón. Esta será la última carta que te escriba.
>
> Sé que cuando las hayas leído todas me comprenderás.
>
> En la vida no todo es blanco o negro, existen los matices. La intransigencia es mala y, como tal, engendra odio y embrutece a las personas. Todo lo contrario de la comprensión, que ennoblece los espíritus.

Ya te habrás dado cuenta de lo difícil que es vivir. Casi nunca se materializan los ideales de la juventud y cada uno se defiende como puede, aunque siempre lo más importante es obrar de acuerdo con uno mismo. Yo lo he hecho y por experiencia te puedo decir, Ana, que constituye la mejor forma de aceptar los propios errores.

He sido, y todavía soy, una mujer valiente. Sólo la soledad me ha dado miedo y por ello la rehuí con todas mis fuerzas. La soledad es mala compañera, engendra amargura. Entiéndeme bien, Ana, la soledad no elegida. Si buscas y deseas estar sola, entonces es perfecta, pero no era este mi caso.

Siempre he necesitado tener gente a mi lado y he utilizado todos los recursos para que así fuera. Incluso ahora, que mi compañía ya no resulta agradable, me las ingenio para que algunos vecinos de Ambroseros visiten mi casa algunas tardes. También escribiéndote ahuyento la soledad, ¿te parezco egoísta? Claro que lo soy, como casi todos, aunque no es este el verdadero objetivo de las cartas, tampoco lo es recordar mi pasado, como te decía en una de ellas.

Muchas veces, Ana, a pesar de que la evocación sea dolorosa, resulta beneficioso recordar. Cuando doña Magdalena de Ulloa se fue del convento de San Cebrián de Mazóte, después de haberme comunicado la muerte de mi hijo, me sentí destrozada. Conseguí disimular muy bien y todos creyeron que la noticia me dejaba indiferente; sin embargo, el dolor era tan intenso como cuando lo arrancaron de mis brazos. Ana, nunca dejé de querer a tu padre, ¡te lo juro!, pero seguí disimulando en público mis sentimientos, y al regreso de sus restos a España permanecí impasible.

Lo enterraron junto a su padre, el emperador, en el monasterio de San Lorenzo.

Nadie que no haya sido madre puede comprender lo que significa la muerte de un hijo. Yo sufrí la desaparición de los tres que tuve. Dos de ellos supieron que les quería, el mayor no. Ese es mi dolor, Ana, no haberle dicho la verdad cuando pude hacerlo.

Después de pensar mucho en ello, y ante la proximidad de la muerte, deseo tranquilizar mi alma y enmendar, en la medida de lo posible, mi pecado. Por ello te escribo, Ana, para decirte que quise a tu padre, para justificarme ante ti por mi comportamiento. Perdóname por no haberte querido, y discúlpame por elegirte como heredera de mi intimidad. Necesitaba sincerarme y pensé que tú eras la persona ideal. Además, es posible que mi actitud ante la vida te aporte algunos datos útiles; ten presente, Ana, que siempre se puede rectificar.

¡Qué fácil es pedir disculpas al final de la vida, cuando ya no queda tiempo para cambiar! Sólo unas palabras y todo arreglado, eso es lo que creía mi abuela. Pues ¡no! ¿Es posible que pensase que por justificar su conducta solucionaba mi carencia de amor? Si tanto amaba a su hijo, ¿por qué no rectificó su error queriéndome como a una nieta? Estaba a tiempo, pero no lo hizo. Nunca quiso conocerme.

Me parece que sólo el miedo a condenarse la movió a pedirme perdón. Aunque creo que, en el fondo, lo que perseguía con estas cartas era dejar constancia de su historia para la posteridad; que todo el mundo conociese su nombre y su relación con Carlos V.

Tal vez soy injusta al realizar este juicio sobre sus intenciones, pero estoy casi segura de que aun sin confesárselo, éste era su escondido deseo.

Además, no creo que le interesara conseguir mi comprensión y perdón, pues nada significaba yo para ella.

Y sin embargo, si soy sincera, debo confesar que gracias a sus escritos la comprendo. Entiendo la actitud de mi abuela ante la vida, y entiendo su comportamiento, aunque no lo comparta.

Es posible que me decida a cumplir lo que yo creo eran sus últimos deseos…

Ordené todas las cartas, y las coloqué junto con el resto de mis pertenencias. Allí estaba el libro de Petrarca que me había regalado el señor Marchesi, y dentro, intacta, ennoblecida por el paso del tiempo, la rosa blanca, símbolo de nuestra amistad.

¿Volvería, alguna vez, a ver al señor Marchesi? Probablemente, no. Corría el riesgo de entristecerme y no podía permitírmelo. Precisaba de toda mi energía.

Si algo me enseñaron las cartas de la abuela es que la fortaleza resulta decisiva y que nunca es demasiado tarde para rectificar.

Dentro de unas horas amanecería, debía descansar.

El 27 de noviembre de 1629, según la documentación

localizada en el Real Monasterio de Santa María de las Huelgas, murió doña Ana de Austria, última abadesa perpetua de este monasterio.

Sorprendentemente, la tumba de doña Ana, en la capilla de San Juan, estuvo siempre vacía.

Los restos de doña Ana de Austria nunca han sido localizados.



MARÍA TERESA ÁLVAREZ nació en Candás (Asturias) el 27 de octubre de 1945. Licenciada en Ciencias de la Información, fue la primera mujer cronista deportiva en la radio asturiana y la primera presentadora del programa regional de TVE en Asturias.

En 1987 se trasladó a Madrid para conducir la Subdirección de Cultura y Sociedad de los telediarios de TVE. Un año más tarde dejó la información diaria para realizar documentales histórico-divulgativos. En esta línea ha dirigido: *Viaje en el tiempo*, dedicado a desvelar los enigmas e incógnitas sobre Cristóbal Colón; *La pequeña española, Viena* 1791-1991, que recreaba la vinculación de Mozart con España; *Sefarad, la tierra más bella*, sobre el pasado y el presente de los judíos sefarditas; y *Mujeres en la Historia*, un tema que siempre le ha interesado y sobre el que, además de escribir, da cursos y conferencias.

En 1999 publicó su primer libro, *La pasión última de Carlos V*. A éste le han seguido: *Isabel II. Melodía de un recuerdo, El secreto de Maribárbola, Madre Sacramento, El enigma de Ana, Ellas mismas. Mujeres que han hecho historia contra viento y marea, La comunera de Castilla, Catalina de Lancaster y La infanta Paz de Borbón*, estos cuatro últimos publicados con gran éxito por La Esfera